



RINCONES

Paisajes del pensamiento

Juan F. Klimaitis

Berisso ● 2009

Juan F. Klimaitis

RINCONES

Paisajes del pensamiento

Ilustraciones:
Carolina Urrera
Osvaldo Tanzola
Rodolfo Mutek

Ediciones del hogar
Berisso

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

Ediciones del hogar
BERISSO
2009

Juan F. Klimaitis
Dirección postal
165 N° 1331
B1923HGW - Berisso
Provincia de Buenos Aires

Correo electrónico
lepidop@uolsinectis.com.ar

Diseño y diagramación
Ulises Delle Ville

Se autoriza la reproducción total o parcial
del contenido de esta publicación,
sin fines de lucro,
citando fuente de origen
y el nombre del autor.

DEDICATORIA

A Berisso y sus personas,
por saberse humildes a pesar
de toda su riqueza.

AGRADECIMIENTOS

A Carlitos Delle Ville, por tanto espacio
cedido para recrear mis sueños
su confianza de tantos años
y por esta obra que hoy desea volar.

A Walter Szumilo, por la amistad del
nexo electrónico y su personal creatividad.

A Stella Maris Borba, esposa y compañera,
quien siempre está a mi lado en este viaje mío
por los horizontes de la vida.

RINCONES

Paisajes del pensamiento

ILUSTRADORES

Carolina Urrera

Nacida en La Plata, está radicada actualmente en Berisso. Desde temprana edad comenzó su formación artístico-plástica en el Bachillerato de Bellas Artes de la UNLP. Continuó posteriormente la carrera de Pintura y Antropología en la misma casa de estudios. Fue becada por la Fundación Bernardo Houssay y participó en diversos concursos y exposiciones colectivas e individuales.

Actualmente se desempeña como docente de Plástica y ha desarrollado talleres para niños, vinculando el arte y las ciencias naturales.

Oswaldo Tanzola

Nacido en 9 de Julio y radicado en Berisso desde chico, es dibujante, pintor, ceramista, muralista, grabador, escenógrafo y vestuarista.

Cursó estudios de dibujo y pintura con su madre Marina Celia Amor. Cerámica y mayólica con el maestro Ricardo Sánchez; con Mariela Constans grabado y con Marcela Viglione pintura china.

Desde 1962 participa en salones colectivos e individuales. Varias de sus obras más importantes se encuentran en iglesias, museos y colecciones particulares del país y del exterior.

Participó como ilustrador en innumerables publicaciones de libros, diarios y revistas.

Ha intervenido como jurado en concursos organizados por la Dirección General de Escuelas y Cultura de la provincia de Buenos Aires.

Dirige su propio Instituto de Arte desde 1962 en Berisso, La Plata y Capital Federal.

Es docente titular de las cátedras de Escenografía, Vestuario, Historia del Traje y Escenoplástica en la Escuela de Teatro La Plata

Rodolfo Mutek

Ha nacido en Berisso en 1930. Tras una corta incursión en la Escuela de Arte de Berisso, en la década del 70' participó en talleres de pintura con los profesores Helena Khourian y Araceli Bescucci, volcándose de lleno a la naturaleza al representar paisajes al óleo.

Ha participado en exposiciones individuales y colectivas en la Casa de Cultura de Berisso, Casa de la Provincia de Buenos Aires en la Capital Federal, Pasaje Dardo Rocha y diversas instituciones de Berisso, Ensenada y La Plata. Además, por invitación, ha ilustrado poemas y libros de escritores amigos.

PRÓLOGO

Es domingo. "La semilla del sol explota madura y dorada. Casi es silencio si no fuera por la chicharra, impúdico micrófono abierto".

Sin moverme de casa voy a recorrer, de la mano de Klimaitis, RINCONES, Paisajes del pensamiento. "Sobre nosotros, las nubes". Sé que ellas son perpetuas trotamundos fugaces, mansas ovejas, seres fantásticos, caldas esperadas o temidas. Me importa la lluvia y me uno a la fiesta de los quitaguas mientras los charcos dibujan en mis piernas mil pardos arabescos. Otros zapatos arrastran en su caladura la soledad de un hombre en sus tribulaciones.

Ha dejado de llover y me voy a la playa que descansa. Las hortensias y los parrales dan la bienvenida al zorzal; las golondrinas, con el marco de conchillas, son puntos suspensivos sobre el río, anfitrión de filamentos ávidos de cosecha. Quiero rastrear fragancias extraviadas y hallo la de las alverjillas; el olor del tocino, mudado en "chicharrones", se une al de la tierra mojada que hospeda procesiones de hormigas. El aroma de los almacenes viejos me regala un vecindario de yerbas, detergentes, salamines y orégano. Juan me dice: -"Los rincones del recuerdo irán apareciendo como pinturas impresionistas"-.

Sigo un camino de glicinas, malvones y violetas, y las miradas esclavas me señalan el reposo de los perros que ignoran el laberinto de las moscas. Ya no está en el aire el tufo del guano y se ha ido la sombra del tranvía. Raúl Silveti hace presente sus crónicas de lata y Sixto Raúl Reyes, utopista, vislumbra a su costado colosales verdes albergando trinos en la plaza; es el "sembrador de sombras". Me abro paso entre innumerables volantes callejeros y llego al seibo de brazos encarrujados, generoso de flores, adorno y medicina que me recuerda las orillas de mi querido Paraná. Pasa una chinita aupando un carnoso zapallo y Santiago del Estero convida a un pródigo puchero.

Camino y quiero hallar las típicas casas de madera y cinc que me lleven a sus galerías de geranios, museos vivientes que el progreso va condenando. Pasa otro peatón en Berisso esquivando pedregullo, puestos de fruta y descanso de bicicletas. Su alma está en el "Clú". Villa Banco es un cofre de valiosos recuerdos en su ámbito de puchos y zumo de lúpulo, con su biblioteca alojando sueños de escritores amigos. Los duendes del ayer estarán siempre, allí en el "Clú" y en cada una de las casas olorosas de machimbre. Las bibliotecas populares, "llaves de la cultura", acunan numerosos testimonios y esperan, mientras que "las puertas de la sabiduría", los museos, aguardan el aporte sensible de autoridades y vecinos para seguir mostrando la historia.

Asoma la noche pletórica de recuerdos y Juan me invita a conocer las virtudes del silencio. Mañana será "la consagración de la primavera".

He dejado atrás la ronda de los sabaleros, el río de marquillas de cigarrillos, la alfombra de semillas y los colores del otoño y el invierno. Visité cincuenta estaciones con las "voces de la tinta" y me he enriquecido.

Una vez más, Juan Francisco Klimaitis ha dejado una fiesta en mi alma con la maestría de su consagrada pluma.

Con una alegría serena afianzo el libro en mi pecho y entreveo el gozo de los futuros lectores.

Cristina A. Knoll

INTRODUCCIÓN

He nacido en Berisso, cinco años después de la gran creciente del 40'. Tal vez, me escucharon berrear a la vera de la calle Ostende, en una habitación de partos del viejo Instituto Médico Argentino, según aseveró mi madre. Puede que haya sentido cantar muchos gallos en aquellas madrugadas de escarcha, porque aún me enamora el romance de su clarín, ahora solitario y menguante.

Estoy seguro de haber viajado en tranvía, remontado barriletes, cazado cachirlas con gomera en el Campo Castellano y pescado anguilas en el bañado de la otra cuadra, cerca de la escuela 88. Aún recuerdo a mis amigos del barrio y el griterío de los carnavales cuando nos perseguíamos a pomo y bombitas, para mojarnos sin nostalgias de adulto. O para jugar a las escondidas en las penumbras de un atardecer con escasas lamparitas y menos automóviles.

El tiempo ha transcurrido para mimetizarnos de arrugas, pero también para mirar otro futuro desde la experiencia del pasado, utilizando los recuerdos del presente. Una suerte de reciclado entre ambas aguas, la del sereno mar de la sabiduría y el torrentoso cauce de un joven río. Y es así que a partir de noviembre de 2004, decidí caminar las calles de este pueblo para buscar, mirar, atisbar, inquirir, sumergirme en los detalles de sus aconteceres diarios, su ajetreada movilidad de personas y actitudes, objetos y costumbres, pensamientos y obras. Voces y ausencias de un calendario social y silvestre con muchas facetas para analizar, describir y entre todos, degustar en profundidad.

Fue un sendero de suave primavera, con el aire oliendo a magnolias. Pero también, con la música ambulante de muchos ring-tons y la risa contagiosa del adolescente recreando su inmigración tecnológica, su aliento a novedad. Interesante rutina que corrobora que aún el añejo espíritu fundacional permanece en muchos rincones, sin impedir por ello que la modernidad confluya con renovadas esperanzas. ¡Curioso sincretismo el de Berisso, donde en cada poblador convive el ayer y el hoy, tan manifiesto en cada expresión suya por el suelo en que habita!.

Estos relatos -publicados en el semanario El Mundo de Berisso bajo el título genérico de CALENDARIO NATURAL DE BERISSO- que escribí como resultado de aquellas caminatas, no me pertenecen. Solo he hablado por boca y sentimiento de los que me lo dieron a préstamo a cambio de mi sinceridad y dosis de alegría por vivir en estas tierras pobladas de conchilla, uvas maduras y perfume amanecido de sauces.

En cada uno de ellos, también estoy yo.

Juan F. Klimaitis

Margarita de Bañado, la dama argentina

Aún las orillas de canales -calle Génova- y arroyos urbanos y periurbanos, se adornan con el mágico encanto de los ramilletes floridos de la Margarita de Bañado (*Senecio bonariensis*). Con sus simples corolas blancas con centro amarillo, llama la atención la cantidad de flores que rematan el largo tallo de hasta 2 m de altura, apoyado sobre una base de grandes hojas verde oscuras y embebido en el terreno lodoso y anegado de nuestros cursos de agua.

Estas plantas han suplido naturalmente a las exóticas Hortensias, de antiguo trasladadas desde Japón y China a nuestros pagos para beneplácito de culturas inmigrantes. ¿Quién no recuerda esos maravillosos ramos cargados de frescas sombras, recogidos en la isla Paulino, al término de una jornada de picnic...?.

La Margarita de Bañado, humilde en sus pretensiones, solo aspira a cubrir la angosta franja de los espejos de agua berissenses, festoneando de pulcra estampa los vergeles naturales de la ciudad. Bien se merece esta planta crecer como ornamental en estanques y jardines domiciliarios. Además, por ser oriunda del sur de Brasil, Uruguay, noreste y centro de la Argentina, hasta la provincia de Buenos Aires, será una muestra de nuestro respeto por la flora indígena, tantas veces usurpada por la gratuidad foránea de especies que luego se convirtieron en plagas: Madreselva, Lirio Amarillo, Paraíso, Ligustro, Ligustrina, etc., causantes de serios problemas en el ecosistema original, particularmente en reservas y parques nacionales.

En aquellos sitios donde la especie crece profusamente, tal el caso de los terrenos anegadizos próximos a los tanques de Repsol-YPF, contiguos al Tiro Federal, la majestuosidad de su floración cubre el verdor con un manto de blancos y oros dignos de ser contemplados. Paisajes gratuitos que la naturaleza nos ofrenda a cambio de recrear nuestros sentidos apurados por vivir.

Carnaval en Berisso

Un espacio para el recreo visual. Un momento de pausa en la atribulada avenida Montevideo. Tal es, el pequeño descanso para el caminante junto a la confluencia del puente 3 de abril y la calle Carlos Gardel, recientemente habilitado al transeúnte. Y allí, junto al encanto policromo del Mural al Trabajo, obra del artista Enrique Arrigoni -inaugurado en 1972-, sus farolas de moderno diseño y el patio de baldosones, la plazoleta albergará a cuatro ejemplares de un árbol llamado Carnaval (*Senna spectabilis*), leguminosa indígena de bellísima y enjundiosa floración dorada.

Propia del noroeste argentino, esta especie recibe su nombre por la coincidencia de su floración con la época de la chaya o carnaval norteno, ya adentrado el verano.

Una atractiva medida municipal, tanto por la arquitectura respetuosa del paisaje, como por la sugestiva armonización de un representante de la flora nativa con la muestra plástica de un artista de espíritu folclórico.

La alegría del campo

Poco a poco se han marchado las Margaritas de Bañado, pero despidiéndose hasta una nueva primavera... Sin embargo, la naturaleza no sabe de oscuridades ni pálidas escenografías. De pronto, todo se ha pintado de "rabioso" amarillo, de fulgor dorado en las orillas de canales, arroyitos, manchones de agua y campos anegadizos.

Ha hecho su aparición la Alegría del Campo, otra hermosa margarita paludícola (*Senecio*

brasilensis). Hierba perenne de hasta 1,5 m de altura con hojas delgadas y largas, presenta numerosas flores en capítulos. Es propia del sur de Brasil, Uruguay y el nordeste de Argentina, vegetando en toda la zona ribereña del Plata. Allí donde crece, adorna con su presencia hasta los más tristes rincones del paisaje berissense, cual es, por ejemplo, el canal lindero a la Avenida del Petróleo Argentino, el cual nos separa -o une, según la interpretación que quiera dársele-, de la destilería de Repsol-YPF. Podemos ver su porte elegante en el margen mismo del agua, formando tupidas matas de oro puro, contrastando sobre el sucio negro de las aguas dañadas por hidrocarburos. Y junto a esa "alegría" de la visión, los Seibos rematan con carmesí sus copas, mirándose -también-, en el espejo triste de los residuos humanos.

Dos plantas nativas dignas de cultivarse en el esquema de tanta rutina exótica...

¿Selva Virgen...?

Tiempo ha -años- que se habla de fomentar el turismo en Berisso. Y puede haber dignos motivos para ello, en tanto se tome conciencia de la necesidad de formular políticas serias y comprometerse ante distintos sectores para asumir el rol de sostener inversiones a largo plazo, con un plan regulador que satisfaga las partes. Lo demás es mera especulación. Todo es posible para el que cree... pero hace.

Sin embargo, cuando se habla del turismo sustentado en la naturaleza, suele pecarse de crasos errores imputables tanto a entidades particulares como al mismo municipio, habiéndose llegado a promocionar -incluso en publicaciones nacionales- la belleza de la "naturaleza virgen de Berisso, con su selva marginal..."

¡Ni virgen -intacta, tierra que no ha sido cultivada, natural, no hollada por el hombre, según las distintas acepciones halladas en enciclopedias-, ni selva marginal -como es el caso de la reserva de Punta Lara-, donde prolifera en pocos metros cuadrados un importante número de especies arbóreas y muchas otras de helechos, orquídeas, arbustos, hierbas, lianas, epífitas, etc.!

¡No!. La costa de nuestro partido es solo un vasto reservorio predominante de sauces y álamos -salicáceas de Asia-, monótono, uniforme y plagado de un sustrato de pajonales de Lirio Amarillo -exitosa invasora de Europa-. Todo un mundo de baja biodiversidad animal -en particular aves- y únicamente con vegetación residual de lo que alguna vez fuera -tal vez- un corredor pegado al río con árboles nativos -Mataojos, Murtas, Anacahuitas, Laureles de Monte, Chalchales, Bugres, Lecherones, Blanquillos, Amarillos, etc.- propios de la región y anteriores a la presencia humana. Un territorio explotado a ultranza, una y mil veces, por la industria maderera, denominado "bosque ribereño" o "saucedal costero" -no el monte blanco aborigen propio de los arroyos en el delta del Paraná-, donde se ha talado y vuelto a talar, intercalando con períodos de pausa para desarrollar nuevos troncos maderables. Solo esto y nada más, una industria apta para la obtención de madera blanda para cajones, pasta celulósica, embalajes, bordalesas, muebles económicos, tarimas livianas, "lana" de madera, etc.

En consecuencia, no digamos "selva virgen" -ni tan siquiera "selva"-, ya que no es ni lo uno ni lo otro, ateniéndonos tanto a su definición en el diccionario como a la interpretación ecológica o botánica que se otorga correctamente a esa comunidad vegetal, donde la hubiere.

No caer, entonces, en el ridículo de acentuar las virtudes de una región, mintiendo, usurpando bondades o expresando una supina ignorancia, propia de legos o peor aún, de corruptos en inteligencia.

Además, atraeríamos a turistas deseosos de conocer lo que erróneamente postulamos. Y esto es imperdonable.

Hallazgos en la costa

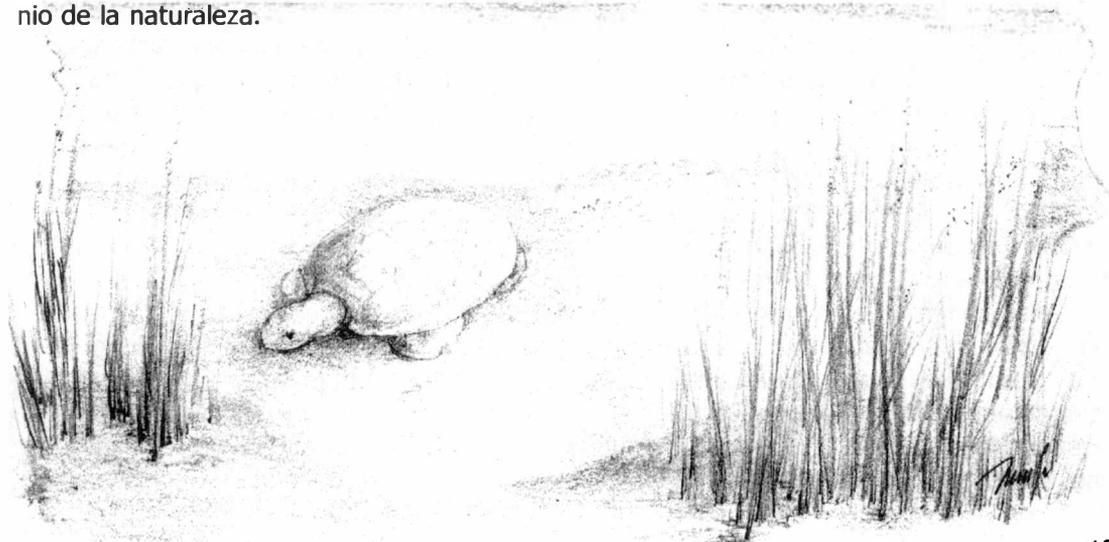
Tal como podemos observar a menudo en periódicos locales, comentarios radiales o indagando en publicaciones técnicas, nuestra región y en particular la larga costa rioplatense que nos baña, es testigo de esporádicos hallazgos de especies animales raras o de poca frecuencia, e incluso en peligro de extinción.

No es raro encontrar, mediante la ruta del agua, a formas tan disímiles como el Pingüino Patagónico, aves pelágicas -propias del océano- y focas -en invierno-, Cachalotes Enanos -Playa Bagliardi, 5 set 81- y últimamente un ejemplar de Tortuga Verde -Playa Bagliardi-, especie marina que habita el Mar Argentino en la temporada estival.

Todos estos descubrimientos nos predisponen a obrar con enorme responsabilidad, como habitantes ribereños que somos e hijos de una sociedad que se dice organizada y se menciona culta. En primera instancia, se aconseja, una vez localizado el ejemplar que consideramos "raro", "curioso" o "extraño" a la fauna local, NO RETENERLO como mascota mas allá de un tiempo prudencial, hasta ponernos en contacto con la institución y profesionales a cargo, cuya autoridad pondrá a salvo en correcto hábitat la especie en cuestión.

Así, por ejemplo, el Museo de Historia Natural de Berisso, dependiente de la Dirección de Cultura Municipal -Av. Montevideo entre 10 y 11- es el destino idóneo en cuanto a consultar sobre la identidad y destino de las formas animales que pudieran recalar en las costas del Partido.

Recuerde que su actitud con estos seres que han perdido el rumbo o se han desviado de su derrotero por causas naturales o inducidas -alguna desacertada conducta humana-, es fundamental para la preservación de las especies en regresión numérica. Además, expresar con los hechos nuestra solidaridad al ayudar a estos hermanos diferentes, pasajeros todos en el viaje del planeta por el cosmos, es un acto de fe que reivindica y da claridad a la hegemónica y declamatoria aspiración a considerarnos inteligentes. Proceder de otro modo nos colocaría en la vileza de un ancestral egoísmo, reservando para nosotros lo que es patrimonio de la naturaleza.



El mes de las flores

Diciembre se nos derrama en una paleta policroma de flores sobre calles, parques y plazas de Berisso. El Jacarandá o Tarco (*Jacaranda mimosifolia*), imita al cielo y lo pinta en las veredas... ¡para poca alegría de las barrenderas amas de casa!. Pero..., ¡qué maravilloso añil el de sus corolas, tantas veces cantado por los poetas!. Y allí, donde coincide su floración con el de las Tipas (*Tipuana tipu*) del oeste argentino -de una dorada pintura-, hallaremos una perfecta combinación de tonos formando "banderas" sobre la gramilla. Y todo en medio de una lluvia de pétalos desprendidos... ¡Sano disfrute del espíritu, capaz de comprender la elegancia de matices que nos depara la naturaleza!.

La Catalpa (*Catalpa bignonioides*) -originaria de sur de EUA- se cubre de breves cornetillos blancos, que iluminan la verde opacidad de sus amplias hojas. Y más tarde, los suelta al viento, buscando la tranquilidad del reposo, ya fecundados.

Son días de Roble Sedoso (*Grevillea robusta*) -oriundo del sudeste australiano-, varios de cuyos ejemplares han madurado por vez primera en la Avenida del Petróleo Argentino, sumiendo su densa vegetación con "cepillitos" naranja. Ellos reciben y despiden a los berissenses, proponiendo un hito de color en el grisáceo trayecto de la ruta.

El Seibo (*Erythrina cristagalli*) -no Ceibo- aún presume con la beatífica sangre de sus estandartes, muchas veces en disputa con las delicadas campanillas del Suspiros (*Ipomoea indica*), enredadera de vehemente azul-violeta, que trepa en estos días -sin pedir permiso- las distintas arboledas del Partido. Con un rosado en forma de pimpollos, la Acacia de Constantinopla (*Albizia julibrissin*) -propia de Irán, extiende sus amplias ramas para abrazar al transeúnte, salpicándolo de tenues estambres, delicia de las abejas.

Recuerdos de la vieja selva que supimos tener, Anacahuitas (*Blepharocalyx salicifolius*) y Murtas (*Myrceugenia glaucescens*) -ésta, muy escasa en Berisso-, exhuman el sabroso aroma de sus blancuzcas flores menudas, para embalsamar el barrio, ya envuelto en un anticipado verano.

¡Tantas flores para el placer de la simple mirada y apenas unos pocos ojos para agradecer tanta sabia gratuidad de la existencia!. Aprendamos a mirarlas, descubriéndolas.

Las visitas de siempre

A partir de setiembre algunos, otros más recientemente, todos han llegado de nuevo a Berisso. Desde los albores de las primitivas tierras que se formaron entre estertores geológicos. Eras remotas en las que empezaron a emigrar en busca de territorios menos inhóspitos, donde alimentarse, estar a salvo y procrear su raza.

Son las aves, criaturas emplumadas, que pese a su endebles aparente, cada año remontan quilómetros de cielo para llegar a nuestras costas, buscando el amparo de sus frondas y el respeto de los berissenses. Algunos desde el helado Artico, muchos más desde las densidades de las junglas amazónicas; otros, desde las fronteras de nuestro país.

Ha regresado el casi desconocido Fíofío (*Elaenia parvirostris*), para poblar las arboledas costeras. Si su breve píido pasa inadvertido para el viajante, no lo es para su especie, canto fundamental de contacto en el denso follaje del bosque higrófilo. El Benteveo Rayado (*Myiodynastes maculatus*), al contrario, no dejará de proclamar el "barullo" de su estridente voz, concitando la curiosidad del oportuno turista que guste oír los sonidos de la naturaleza. Uno de los primeros en arribar, el Chiví Común (*Vireo olivaceus*), no se dejará ver, encarado como estará, en el dosel superior del saucedal, repitiendo una y otra vez su chiví-chiví-chiví, con disfraz de verdes primaveras.

Aún más misterioso, con librea negro-pizarra y chorreado de blanco en sus alas, el Anambé Común (*Pachyrhamphus polychopterus*), esquivará la mirada escrutadora de los que pretenden rastrearlo, al callar su aliento tonal profundo y camuflarse con las sombras tenaces de la floresta. Su canto descenderá a nosotros en un juego tímbrico, dulce y adormilado, haciéndonos recordar la hora de la siesta ribereña. El homenaje a un tiempo de uvas y ciruelos.

Picaflores, cuculillos, golondrinas, churrinches, tijeretas y muchas otras aves, compartirán con nosotros varios meses de sana y maravillosa camaradería. Siempre ha sido así. No desoigamos su llamado y cercanía. Plantar árboles, mantener la forestación urbana, no talar indiscriminadamente, alentar la introducción de vegetación autóctona, es también, una manera de dar la bienvenida a las visitas de siempre. Además, su compañía es motivo de placer, contemplación y audición mediante.

Cuestión de gomas

Con un poco de inquietud, sabiendo hurgar en las "pequeñas" cosas que discurren en nuestro pasar por las veredas de la ciudad, podremos observar -a poco palmas de las baldosas-, un territorio de reducidas protuberancias que con el tiempo dan lugar a extravagantes cordilleras en miniatura... Sí, en efecto. Tales singularidades provienen de la capacidad humana en insultar el entorno con cuanto tengamos a mano: papeles, envases de PVC, bolsas de polietileno, "puchos", tapitas de botellas y toda una cofradía de integrantes a cual más peculiares en su composición, formato y tamaño. En este particular caso, los montículos en cuestión provienen del masticado, degustado y posterior arrojo -ya agotado su azucarado contenido- de lo que se ha dado en llamar: goma de mascar -el nunca bien ponderado antaño "chiclets Adams", hoy modernizado con variedad de nombres, sabores y procedencias-.

El chicle, palabra de origen nahua -antiguo pueblo precolombino que habitó Centroamérica, en particular México-, es técnicamente la gomorresina obtenida del látex del Zapote -árbol de unos 10 m de altura, de la familia de las sapotáceas-, mediante incisiones efectuadas a lo largo de su tronco. Tal cual es su traducción de aquella lengua -del verbo tzic, estar pegado, detenido-, dicha propiedad se da cita a la hora de su inutilidad gastronómica, confluyendo a las veredas de los frentes domiciliarios -cuando no a sitios más inverosímiles y molestos al comportamiento social- cual valor agregado al esquema de ciudad poco aseada, tal como se viene observando a diario -sin entrar en detalles...Y, curiosamente, su abundancia está en relación directa con la proximidad de escuelas, a su vez en estrecha ligazón con quioscos cercanos. Tanto más indagemos en la circunscripción de nuestros hogares, más notaremos su presencia en las molduras de las baldosas, pisoteados y conformando una suerte de "represas" donde el agua de las lluvias encuentra freno en su camino a la calle.

El número de tales "pegotes", puede superar la imaginación más fértil. Tan solo en una ocasión, contabilicé en mi propia vereda hasta ¡72! chicles distribuidos al azar por sus temporales comensales, niños y adolescentes que han disfrutado un placer netamente americano. Aún frescos, ellos acompañarán al transeúnte en su deriva por las calles del pueblo, "engomando" las aceras de los vecinos o quedando en la suela de zapatos y zapatillas, para

divertimento de aquellos que deban desprenderlos.

Un simple aspecto de un Berisso que también se recrea en la obviedad de llamarse a mirar los menudos mundos de nuestro transitar.

De tu balcón sus nidos colgarán...

Antigua y bella poesía, por obra y gracia de Gustavo Adolfo Bécquer, trasunta la realidad de un ave que ha echado hondas raíces en nuestra ciudad. Estamos hablando de la Golondrina Doméstica (*Progne chalybea*), la de elegante manto negro-azulado, vientre blanco y pecho ceniciento, especie de la categoría B, es decir, que nidifica en Argentina en primavera y verano, migrando en otoño hacia el norte. En este caso, nuestra dilecta visitante se traslada en la época fría hasta Centroamérica, donde transcurre su invernada y a la vez, período de reposo sexual.

Por setiembre de cada año llega a Berisso en importante número, comenzando a rondar con diestros y acrobáticos planeos, todos los rincones de la ciudad; procura así hallar huecos y resquicios donde anidar...a falta de balcones. Y con una lluvia de gorjeos -casi juegos musicales-, recrearán nuestros sentidos en forma incesante, mientras dure la luz o incluso incentivado cuando el atardecer, anticipando una tormenta subtropical, se llene de insectos voladores a los que dará caza para engullirlos con su amplia boca a modo de pala colectoras.

Elegido el lugar para nidificar, acarrearán plumas y briznas de pasto en cantidad, creando un mullido lecho de incubación para albergar de 3 a 5 huevos blancos. Los veremos entrar y salir en forma constante, aún más al nacer sus inermes crías, para llevarles entre ambos, infinidad de mosquitas, moscas y cuanto artrópodo menudo cruce el cielo. Su rápido crecimiento y el instante de asomar al borde del vientre nidificador, prestos a volar cuando sus mayores consideren el momento preciso, podrá ser observado y oído por el circunstancial transeúnte, ya que sus chillidos insistentes -con picos abiertos mostrando un paladar naranja- darán que hacer a ambos padres, motivándolos a llevarles más y más alimento.

Tal vez, nos "intimarán" con algún vuelo rasante sobre nuestras cabezas, conocedores de la capacidad de rapiña de la raza humana. Más, no debemos temer. Ellas son, sencillamente, grandes colaboradoras de la sanidad e higiene de los espacios urbanos, al consumir enorme cantidad de insectos, controlando su población en forma de eficaces "insecticidas" naturales.

Y otra nueva generación de golondrinas volará por América. Junto a sí, llevará implícito un mensaje, al mostrar en su paso por tierras extrañas, la proverbial hospitalidad del pueblo berissense.

Nos fuimos al tacho

Es interesante observar el empeño del municipio en "implantar" en la avenida Montevideo, sendos y utilitarios cestos para la recepción de residuos "al paso". El transeúnte-parte mismo del problema-, tenaz generador de cuanto desecho podamos imaginar y el cual inevitablemente debe pasar por sus manos, se constituye en emisor y a la vez en potencial solución al tema de la "pintura paisajística" de nuestras veredas y calles. De nuestro querido Berisso, según espetamos generosamente a terceros allende nuestras nostálgicas "fronteras" municipales.

Es de lamentar, empero, no ser conscientes de su correcto empleo -sólo tiene una utilidad-, cuando no sabemos acertar en colocar lo que es debido: boletos de colectivo, panfletos callejeros, botellitas de agua mineral, paquetes de cigarrillos, envoltorios de golosinas y toda

una variada sucesión de minucias que elaboramos en nuestro paso por la arteria más céntrica de la comunidad. Y digo solo una utilidad, pues hay quienes hallan otros: pegotear afiches partidarios, publicidad de boliches bailables, tal o cual acontecimiento social o arrojar colillas encendidas para provocar incendios. O quizás, abollarlos a puntapiés, émulos tragicómicos de arrogancia maradoniana.

Peor aún, hay quienes no saben utilizarlos, depositando allí desperdicios domiciliarios, en lugar de colocarlos -debidamente embolsados en polietileno-, en los recipientes porta residuos que también cada frentista debe poseer, a prudencial altura de las fauces de perros callejeros. Realidades de nuestra sociedad ribereña!

En fin. Un tema algo "aromado" para desarrollar más en profundidad en otra ocasión. Sin embargo, es menester siempre, una buena dosis de puntería para acertar en el interior de tales receptáculos de "uso múltiple". La basura, a su alrededor, no tiene premio alguno. Sí, en cambio, el llegar al centro profundo de su elegante envase metálico. Existe un ígracias! por dar en el blanco, un reconocimiento de la sociedad berissense que también quiere caminar en veredas limpias, sin andar pateando, pisoteando o sorteando lo que otros no desean en el piso de su casa, con seguridad...

Y de paso, no tendremos que añadir: ¿Viste, qué limpia es la ciudad de Mendoza...?, sintiendo vergüenza de nosotros mismos. Todo es posible. En Berisso también... Así que, es muy importante "irnos al tacho" para dejar lo que no usemos cuando caminemos por estas calles de Dios.

La bandera argentina

Así como existe en nuestro país un ave nacional -el Hornero- y una flor nacional -el Seibó, no ceibo, también es válido recordar que hay una mariposa que asume el criterio patrio. Se trata de una especie propia de selvas húmedas, marginales y talaras de Chaco, Corrientes, Entre Ríos y nordeste de la provincia de Buenos Aires, además del Uruguay, denominada científicamente *Morpho catenarius* y cuyo nombre vulgar es "Bandera Argentina". Es una pariente empobrecida -pero no menos esplendente- de aquellas robustas formas misioneras y de toda Suramérica, con brillo metálico azul, azul-violáceo a liláceo y otras variables de color, según la incidencia de la luz solar en los minúsculos prismas de sus escamas alares.

Nuestra mariposa, cuya hembra -algo mayor que el macho- alcanza los 110 mm de envergadura, posee una tonalidad celeste con irregulares manchas parduscas y ocelos u "ojos" dispuestos en hilera o "cadena" (=catenarius) en la parte inferior. Vuela en el interior de los talaras próximos al saucedal ribereño, con particulares aleteos bruscos, semejando "papelitos" que van cayendo. Sus orugas son de un rojo llamativo con hileras blancas y pelos no urticantes; son gregarias -viven agrupadas- y se desplazan de noche en "fila india", pasando el día en reposo colgadas en densos racimos. Se alimentan con las hojas del Coronillo (*Scutia buxifolia*), hermosa planta autóctona de follaje verde oscuro, denso y perenne, propia del bosque xeromórfico -talar- del área rural. La crisálida -fase posterior a la oruga o larva- es una "campanita" verde, suspendida con seda de una ramita.

Enero es el mes de la eclosión de los adultos, que alegrarán con su belleza de cielo los bosques húmedos de Los Talas, Isla Paulino y tantos otros sitios de nuestra costa platense.

Con tristeza, debemos reconocer que la gradual desaparición del Coronillo, por no ser de "origen pudiente", poseer espinas y considerárselo "yuyo" por crecer espontáneamente en los campos, atenta contra su desarrollo y permanencia, siendo cortado y extirpado de aquellos loteos en Los Talas, cuyos propietarios optan -por ignorancia o falso pudor- por especies exóticas, en detrimento de la estampa elegante de este arbolito, muy digno de ser forestado para asegurar su continuidad y la de su huésped, la atractiva Mariposa Bandera Argentina.

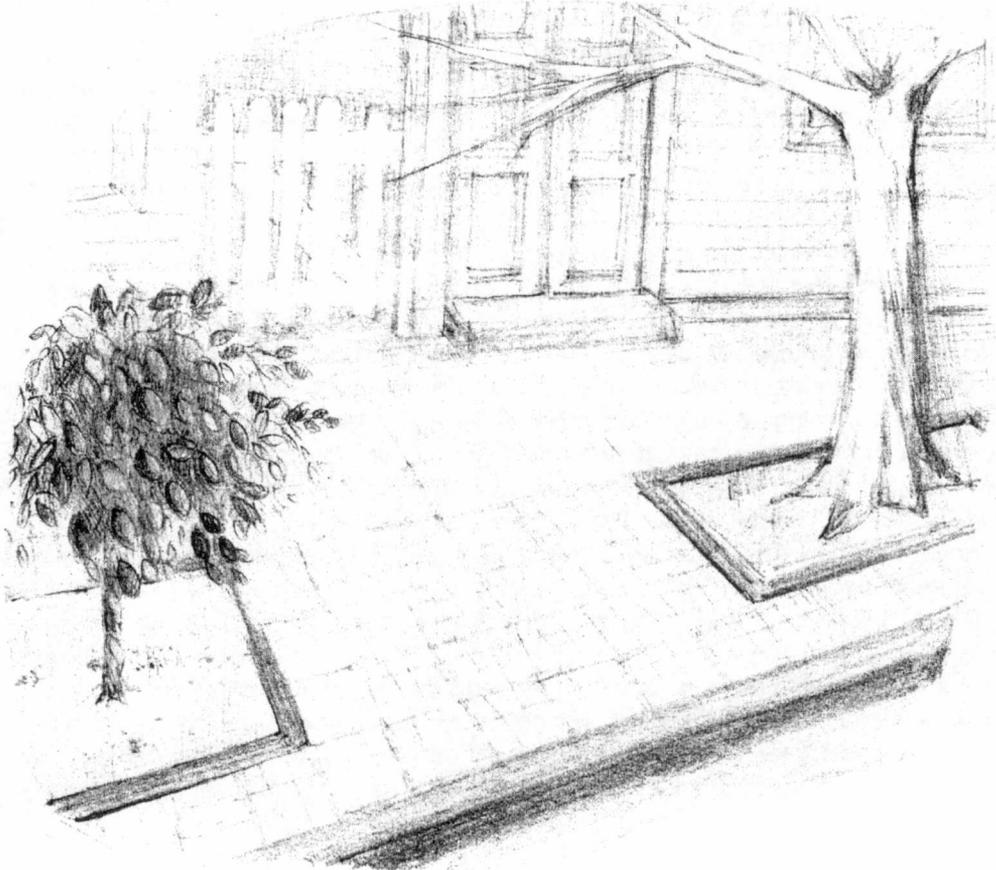
Dos valiosos testimonios del nutrido rosario de joyas que avalan el rico patrimonio natural berissense.

Veredas cochera

El automóvil, maravillosa creación humana, está alcanzando la cúspide de su creatividad tecnológica, comodidad y diseño práctico y ergonómico -adaptación hombre-máquina-. Poco tiempo más y observaremos en nuestras calles modelos totalmente automatizados y de concepción inteligente, capaces de conducirse a instancias de las necesidades de su dueño, quien previa información y digitalizado; será llevada a buen destino, esquivando personas y bultos.

Sin embargo -siempre hay un pero- la demanda parece superar la oferta de espacios, imprescindibles para contenerlos. El peatón -especie en vías de extinción-, debe competir a diario en su lucha por atravesar sus humildes vías de comunicación -las rotas y cada día más angostas veredas de Berisso-, con la máxima expresión material de felicidad antropológica: el automóvil, deidad excluyente en el olimpo del placer. Ya no bastan cocheras, ni baldíos -no existen-, playas de estacionamiento y aceras; todo parece haberse agotado en el esfuerzo por crear sectores aptos para "aparcar" -se dice estacionar. Y como es inevitable suponer, ¡qué mejor destino que una pobre y denigrada vereda para hacerlo...!. De ahí en más, las muchas variantes resultan un reto a la hora de proponérselo: de frente, horizontalmente, al sesgo, dos en hilera -la familia crece- y cuanta imaginación disponga el autor de tan enjundiosa propuesta.

¡Ahh...!, ¿y el transeúnte, aquel dilapidador de flojas baldosas?. ¡Bien, gracias!. Claro está que el valor de un vehículo amerita su cuidado. Son fortunas o poco menos -algunos, confesémoslo, son apenas remedos, tal su trágica condición rodante-, que deben tenerse en con-



sideración, casi tanto -o más, en muchos casos- que un simple mortal. Por lo tanto, los caminos para este último se ven reducidos -cuando no impedidos-, en su avance diario, pudiendo requerir del auxilio de la calle para eludir -o no despertar- el reposo del "guerrero de chapa".

Por reparación, lavado o descanso nocturno, el automóvil ha conquistado también nuestras veredas, en su rauda y exitosa marcha hacia la comodidad total del ser humano.

Acaso, ¿algún día existirán "zorros" para multar malos estacionamientos por baldosas prohibidas, por ejemplo...?.

Todo es posible en la dimensión conocida del Berisso nuestro de cada día.

La hija menor de Berisso

Cuando se efectuó el censado de árboles de las calles y espacios verdes de la ciudad y cuyos resultados fueron publicados en el libro *ÁRBOLES DE BERISSO -1997-*, sólo fueron hallados tres exponentes de Benjamina (*Ficus benjamina*), planta habitualmente cultivada para interiores. Uno de ellos, bastante desarrollado, se lo encontró en la calle 14 al 3600, mientras que los dos restantes estaban en la calle 20 al 100 de su numeración catastral. Sobre un total de 49023 ejemplares contabilizados en nuestro arbolado público, la Benjamina sólo representaba un 0,006% entre el total de los correspondientes a 239 especies vegetales.

En la actualidad, si bien no hay un número exacto, su cantidad en veredas se ha incrementado notablemente, como resultado de una curiosa "dispersión" antrópica, resultado de dos factores coadyuvantes: a) moda por observación o "simpatía" y b) distribución masiva en viveros privados, más allá de cuestiones estéticas inherentes a la propia especie.

Se trata de una morácea -pariente del Gomero y de la Higuera-, originaria de la India y Malasia, que en estado natural adquiere el desarrollo de un árbol con ramas algo péndulas. Es cultivada con asiduidad como forma de interiores, donde llega a medir hasta 2,5 m de altura, con un crecimiento anual de 40 cm, aproximadamente. Las hojas son simples y persistentes, de color verde intenso y brillantes, formando una copa densa. No florece ni fructifica en dichos espacios. Prospera en sitios bien iluminados.

Curiosamente y tal vez como resultado de una práctica tan común entre nosotros, cual es la de provocar cambios abruptos a lo que es admitido como "no modificable", la Benjamina está cubriendo, poco a poco, la línea de arbolado público de nuestra urbe, cada día -es de lamentarnos- más empobrecida por el desarraigo de árboles a causa de muchos vecinos que no comprenden la vital necesidad de poseerlos en gran cantidad. Para embellecer la ciudad, tener grata sombra y respirar un aire más oxigenado. Entre muchas otras virtudes, como por ejemplo servir de base de nidificación de aves silvestre -tal como ya se ha comprobado-, dada la densidad de su follaje.

La Benjamina parece llenar con su elegante diseño, un "hueco" en la comprensión humana, referida al necesario y renovador paisaje verde que debemos fomentar a diario. Para nuestra salud y la de nuestros hijos.

A yuyo del suburbio

Desde hace algunas semanas, los vecinos de Berisso venimos observando la presencia de varias personas portando sendas cortadoras de césped -impulsadas a combustible-, que recorren las veredas en procura de extirpar los yuyos que involuntariamente o por desidia, los frentistas han dejado de atender. Preguntados al respecto, aseguran ser partícipes del pro-

grama municipal que procura mantener limpia la ciudad.

Si atendemos el hecho puntual de asistir al "rasurado" del embaldosado público, se hace necesario reconocer que en muchos sitios, particularmente sobre viviendas abandonadas, sin ocupar y algunos pocos baldíos, pueden verse malezales de amplia extensión y profusa diversidad vegetal, a tal punto que impiden el transitar de los paseantes, siendo eventuales refugios para bolsas de desperdicios y otros objetos "non sanctos", que el facilismo de algunos contribuyentes deposita con maravillosa liviandad.

Es agradable contemplar toda una cuadra con el arbolado completo -ioh, vano sueño!- y sus cazuelas y macetones despejados de pasto. Se hace inevitable pensar, entonces, que a la estética propuesta por tal observación, se añade el concepto de gratitud implícita por el grado de limpieza, orden y respeto a la dignidad humana, derivados de una loable gestión comunitaria. Empero, a la novedad de esta idea, deberá sumarse continuidad en el tiempo, esperando -asimismo- que prenda este ejemplo en el ánimo de vecinos olvidadizos u "holgazanes" en sus deberes solidarios con el pueblo del que forma parte insoslayable.

No todo depende de los funcionarios municipales, pese a que muchas veces los criticamos con justificación.

...Y más allá de la inundación

Nuevamente hemos sido castigados con las aguas del río. Otra vez el fluido leonado superó los límites de su altura máxima y penetró con descaro los montes ribereños, avanzando a través de calles y avenidas para ingresar en las viviendas. Para desgracia de sus moradores y el consecuente auxilio de las fuerzas vivas.

Una vez más y van... Flujos y reflujos que dejan huellas en el dolor de los habitantes, sus pertenencias y el subsiguiente desconcierto por lo que pueda venir. Es la historia misma de Berisso, su locación costera y la dependencia al "estado de ánimo" de la sudestada, el tan temido viento fuerte con rachas huracanadas que azota con regularidad las costas del Río de La Plata.

Pero, ¿cómo podemos evitar la repetición de estos sucesos que marcan la memoria social de nuestro pueblo y dejan hitos indelebles por algunas famosas fechas -la "creciente del 40", por ejemplo-. Tarea ciclópea, por no decir técnicamente imposible o mejor aún, económicamente improbable, de acuerdo a las despobladas arcas del erario público.

Podremos esbozar los rudimentos de una valla contenedora, cual es la compuerta en el canal Génova, o suponer la construcción de un terraplén costero, de tal a cual punto de la ribera, o aún mejor, pensar en altos diques que rodeen por entero la urbe berissense, ejemplo onírico de cualidad holandesa. Sin embargo...¿se puede domeñar el agua, a tal punto de impedirle su "libre determinación", ajeno por completo a nuestras necesidades de habitabilidad?. Bien sabemos, a nivel familiar, cuanto cuesta controlar la simplicidad de la "humedad" que sube por las paredes y se infiltra en rajaduras, o la lluvia que campea en nuestro cielo-raso, atravesando clavaduras, sobrenadando canaletas, rebasando desagües, apareciendo en los lugares más ignotos e inesperados de nuestro hogar.

¿Y cómo saber con exactitud, donde cortar o frenar el desplazamiento natural del agua a través de arroyos, canales y sangradores, sin ocasionar daños ambientales de diversa índole, tan dispares como críticas a la salud poblacional y de la naturaleza silvestre aledaña, de la cual somos interdependientes?.

Es inevitable pensar en soluciones o paliativos. Ello es comprensible para quien sufre las consecuencias. Pero también, es viable razonar por otros senderos de conducta social o quizás seguir viviendo adaptados a los avatares de lo que en suerte nos ha tocado en materia de clima.

En última instancia, ante cualquier cambio que ejecutemos a espaldas de la naturaleza -y no ya por su flora y fauna, solamente-, debemos mensurar los pro y los contra de tal actitud. Los remedios pueden resultar más peligrosos que la enfermedad misma. Y tal vez de consecuencias irreversibles.

Pican sin disimulo

En esta habitual alternancia de temperaturas de nuestro verano y ya en los umbrales del otoño, calor, humedad y reiteradas lluvias de carácter intenso, han provocado la aparición de charcos y bajíos inundables con retención de agua lo suficientemente dilatados en el tiempo, como para que los mosquitos depositen allí sus huevos y comiencen un nuevo ciclo de vida. Y no solamente estos receptáculos de por sí naturales son ocupados, sino también distintos recipientes que las personas abandonan en sus hogares y pueden llenarse en los temporales: cubiertas, latas, envases de vidrio y diversidad de sitios donde el agua se acumule. Y allí van a dar las posturas flotantes, las cuales hacen eclosión al cabo de pocos días. Los recién nacidos o larvas, viven en tales depósitos estancados, alimentándose de microorganismos y materia orgánica. Poseen en el abdomen un tubo o placa dorsal que asoma para respirar.

La siguiente etapa es la denominada "pupa", que también es acuática, libre y activa, la cual tiene asimismo una prolongación respiratoria sobre el tórax. El ejemplar adulto, tras nacer de la pupa "madura", es el mosquito, de vida aérea. Los machos de todas las especies se alimentan exclusivamente de néctar o de agua, pero -lamentablemente-, la mayoría de las hembras necesitan sangre para comer, la cual es necesaria para procurar y mantener los mecanismos de reproducción.

El riguroso frío de los inviernos locales suele ser cruel con nuestros "zancudos con estilete". Pero, si bien los diezman a mansalva, muchos sobreviven en los montes costeros, al amparo del sotobosque y la humedad de la hojarasca -que modera la temperatura-, alimentándose de menudas flores silvestres que permanecen y en el caso de las hembras, haciendo presa sobre animales silvestres y aún domésticos.

Entre los géneros *Anopheles*, *Culex* y *Aedes*, con presencia temporal o permanente en la región, hay especies que transmiten enfermedades humanas: malaria, dengue, fiebre amarilla y la filariasis. Más allá de las molestias directas que tienen por su picadura masiva, pueden, incluso, tener un influjo económico al disminuir el valor de las propiedades en zonas particularmente infestadas por ellos. Sabemos que en tegumentos sensibles, su ataque suele producir placas urticarianas extendidas pero de evolución breve, aún cuando muchas veces molestas. Un solo mosquito, por ejemplo y en ocasiones, no nos dejará dormir hasta su eliminación por métodos químicos o bien utilizando...una pantufla.

La aplicación en nuestra zona ribereña de fumigaciones con bioinsecticidas de bacterias de *Bacillus thuringiensis* -microorganismos causantes de enfermedades letales a la plaga- resultan ser de gran efectividad. No obstante, no solo destruyen a los dípteros, sino también que resultan afectados otros grupos de insectos inocuos o beneficiosos, incluso, para el hombre. Popularmente podemos decir que "en la volteada, caen todos"...

Es más; día a día los mosquitos se vuelven resistentes al uso de tales insecticidas, tal su capacidad de adaptarse a los ambientes con gran rapidez en pocas generaciones, debido a su alto trámite de reproducción, lo que conlleva al desarrollo de sobrevida a la aplicación de tales tóxicos, tanto químicos como bacteriológicos.

Es necesario realizar previamente una evaluación real del daño ambiental o económico que podamos producir. Siempre es menester justipreciar la situación, estudiando la ecología de las especies y sus poblaciones, antes de efectuar el ataque en forma indiscriminada. Responsabilidad y posesión de un marco de manejo integrado, se hacen inevitables antes de prender el motor de la avioneta que tan alegremente nos bañará con sus millones de bacterias o sustancias químicas.

Mientras tanto, repelentes cutáneos y aún mejor, una "cachetada" bien puesta sobre el intruso picador de nuestra piel, pondrán las cosas en su debido lugar. Si bien suelen atacarnos sin previo aviso, a veces aquel zumbido típico de estos seres, nos dirá cuando una de ellas -un mosquito hembra- nos quiera "chupar" nuestros recursos sanguíneos. Sin alusiones personales de sexo..., por supuesto.

Otoño, el llamado del silencio

Los primeros fríos han golpeado la puerta de nuestros días. Berisso, paulatinamente, muda su piel de estación cálida para vestir la mudez del otoño, la tranquilidad de los colores ocres y el perfume acre-madero de las chimeneas hogareñas buscando un calor sustituto.

Sin querer, la soledad parece haberse metido, insidiosa, en los resquicios del ajeteo de la población. Y los convoca a reclusión, a querer las blancas paredes del hogar, a buscar el divertimento de las pantallas de TV, al rumor parlanchín de la radio, la gratuidad de una buena lectura o sencillamente, a recordar, mirando a través del papel vítreo de la ventana, el jolgorio de un enero en las playas del placer.

Otoño. País de voces calladas y zorzales sin trino. Asamblea de hojas en ostracismo por veredas mustias. Horizonte de árboles en letargo, casi desnudos en su pobre ropaje. Tiempo vacío de golondrinas, siesta de saltamontes y grillos apenas taciturnos, sobrevivientes de una era de soles.

Alguna que otra floración explota en retazos de tintura, como dándole regocijo a la paleta natural: la virginidad del oro en las corolas del Carnaval, a la vera del puente 3 de abril; el arrobador blanco-perfume de la Chilca de Olor en los predios ribereños; el Palo Borracho, dibujado de rosa o crema, en alguna calle de la ciudad; la más humilde hierba de las veredas, destilando pétalos de su argamasa vegetal, inocentes y desconocidas; rosáceos Floripones somnolientos, cayendo a la frialdad de las baldosas...

Esquemas efímeros que morirán en la crudeza por venir.

La naturaleza reposa, descansa de su fatiga por tanta primavera festiva, de tanto verano ubérrimo, cargado de frutos henchidos, jugosos. ¡Tanto bullicio, demasiada energía, poderosa vitalidad!. La sabia voz del almanaque, con su ritmo programado por siglos, frena la febril cadencia de su engranaje productivo y la llama a sosiego, buscando en la pausa, la holganza de los sentidos. Y pese a ello, ¡siempre regala un poco más: un tinte delicado, un aroma tenue, un cántico esbozado, dones del cielo a quien quiera gozarlo!.

En la paz de la tierra, duerme la química de la vida. Solo eso, un punto y coma en la escritura de las longevas estaciones, en la rueda empecinada de la evolución biológica. Muy adentro, en el alma de sus átomos, late apenas el germen del próximo verano, el reverdecer de otra boda en la biosfera, el lecho común donde todos los seres reproducen su imagen para eternizarla.

El follaje se desprende sin dolor, tapizando el sendero. Caminemos, entonces, sin culpas pero deseosos, un Berisso distinto y grato, buscando en sus rincones la dulzura del remanso otoñal. A pesar de su indumentaria ajada, quizás hallemos el espíritu cauto de su razón y entendimiento, pintoresco paisaje que también forma parte de la suma de nuestras horas.



Nieve en Los Talas

Como es natural para esta época, el descenso de temperatura ambiental provoca reacciones en la vegetación tanto urbana como la correspondiente a los espacios silvestres de Berisso. Ello se manifiesta en la caída de follaje de la mayoría de los árboles y arbustos, así como en el marchitamiento de la flora menuda de los campos, que pasa del verde feraz a uno envejecido, cuando no pajizo, que amortigua inesperadamente el vivo paisaje veraniego.

Y al agostarse las plantas, se tiene la impresión que toda forma de vida hubiese "fugado" buscando otros soles en la distancia del horizonte. Tal la soledad aparente a que nos somete la falta de colores, que nuestra imaginación nos juega una mala pasada, al asociar su paisaje mustio con la carencia absoluta de sus cotidianos habitantes.

Si bien -es cierto- algunos de ellos emigran en pos de territorios con mejores posibilidades de alimento y calor, importante número de seres de distinta índole permanece pese al frío y los escasos recursos disponibles. Y otros nuevos, también, aparecen en escena, tal la diversidad y creatividad evolutiva.

Es en el otoño cuando, en las áreas ganaderas de Los Talas y terrenos baldíos aledaños a los predios domiciliarios, florece un arbusto pequeño -no mayor a 40 cm-, de base leñosa y ramificaciones herbáceas, en diminutas y densas corolas formando estrechas y largas espigas blancas. La Chilca Plateada -tal es su nombre- (*Baccharis notoserigila*) vegeta en extendidos y solitarios manchones diseminados sobre la superficie abierta entre los talares o bosques xeromórficos del centro del Partido. Su particularidad es la de multiplicarse formando apretados ramilletes a modo de "alfombras" entre el tapiz dominante de gramíneas.

Observadas a la distancia, estas espesuras ofrecen un espectáculo interesante, ya que según el ángulo de incidencia de la luz, remedan campos parcialmente nevados. O también

y de acuerdo a la predisposición del ojo avizor y creativo, parecen algodonosas nubes flotando a ras del suelo, fantasmales bocanadas de humo plata que expele el ignoto duende de la tierra.

En la siesta, cuando el astro calienta y fluidifica la atmósfera, nuestra planta "atrapa" con suave fragancia a decenas de amarillas avispas, doradas moscas y otros insectos voladores, quienes se abastecen con el polen y el combustible de su rústico néctar, escaso pero suficiente para continuar la jornada. En el vaporoso interior de las matas, bullen otras formas de vida: gruesos y pesados escarabajos con caparazones garabateados en pardo y negro -cetónidos-, y otros esbeltos con enormes antenas superando la longitud del cuerpo -cerambícidos-, tan lustrosos como recién salidos de un mágico estanque. Huéspedes de un mundo diminuto, en parcelas temporales que dan refugio y propician encuentros de otra manera fortuitos para los errabundos del gigantesco herbazal.

A la manera de un farol, esta planta participa con su particular lumbre, de citas vitales y aún de goces visuales, toda vez que detengamos nuestra mirada en la humildad maravillosa de sus frondas efímeras. Llegado el invierno, apagará su luz para echar a dormir envuelta entre exangües hojas, tan parecidas a cualquier pasto, que costará reconocerla hasta un nuevo otoño, cuando produzca otra nueva tibia helada.

Museos: puertas de la sabiduría

Si una biblioteca es el compendio del quehacer humano, el museo es la expresión cabal de los elementos que utilizó el hombre para manifestarse. Ambos, son precisiones culturales de primera magnitud que potencian -con su solo nombre, incluso-, la existencia de todo un pueblo. Es el valor agregado a la estructura social de toda ciudad que se precie como comunidad organizada y dinámica. Para los países del primer mundo, poseer museos, cualquiera sea su especialidad, es atribuir un alto grado de mérito y honor al núcleo poblacional que los sustenta. Dicho de otro modo: tanto más vale un pueblo que atesora la riqueza intrínseca de sus propios recursos y la reminiscencia de sus experiencias, que aquel otro que no los comprende e incluso los niega, en un supino oscurantismo típico de algunas personas y conceptualizaciones políticas.

No obstante, no existe categoría urbana incapaz de recrear su propia historia. Esta es inherente al devenir de nuestro género; lo gesta con su crecimiento. Son los hombres que invocan el rumbo quienes prefieren no recordar, dado que la cultura no proporciona dividendos económicos. O eso creen.

¿Cuántos intentos de creación o moribundos proyectos de museos, claudicaron en aras de quienes no vieron más allá de sus narices?. O se dolieron por ser proyectos acuñados por seres probos o visionarios, no pertenecientes a su "gestión" o ser, sencillamente, conceptos tan modernos que escaparon a la realidad de su tiempo y a su capacidad interpretativa. Los hubo de toda índole, sin dudas.

Ya en la década de los 70, existió un Museo de Berisso y del Inmigrante que la desidia y la ingratitud de los cambios gubernamentales -pese a ser del mismo color-, llevó paulatinamente a su desaparición o cuando menos a un postrer archivo empolvado. También un Museo Histórico-vivencial reunió mejoras horas en el prado nutritivo de los pocos que coadyuvaron a su mantenimiento y desarrollo y que hoy ya no están para asegurar su continuidad. Solo yace del mismo un páramo innominado de atribuladas carpetas.

Y el Museo Ornitológico, creado en noviembre de 1986 bajo el mandato del Ing. Carlos Nazar, con sus casi diecinueve años de existencia -ial fin y al cabo el único que permanece incólume, pese a las tormentas y ráfagas de destinos contrapuestos!-, subyace en la monotonía de un silencio forzoso -¿o forzado?-, que puede corroerlo sin la diana sonora de un sus-

tento acorde.

También, otros proyectos privados fulgulan en la más cerrada oscuridad de la inopia cultural -icultura!, una perfecta mala palabra para algunos dirigentes-, como ser el museo de la palabra o el de los envases de vidrio, de neto cuño particular.

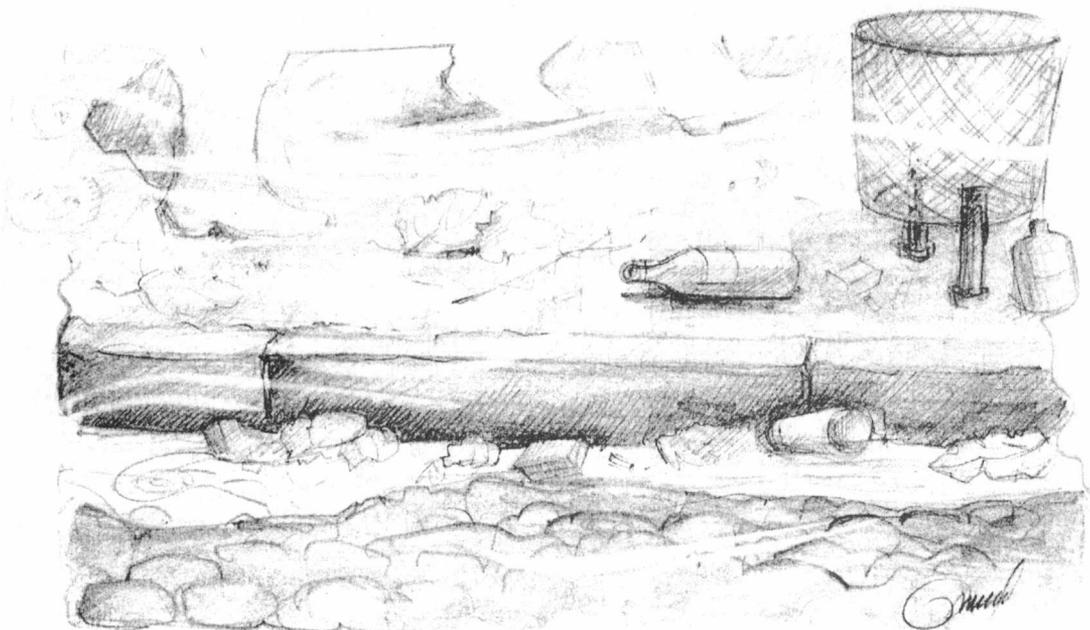
Lastima pensar en las contingencias por ser y perdurar del denominado inteligentemente "1871", justo homenaje a nuestros orígenes saladeriles. ¿De qué valen los esfuerzos por conservar el rico patrimonio vivencial de la concepción inmigrante, si la intransigencia de unos pocos, la suspicacia de otros más o la negligencia de algunos menos, se constituye en vallado artificial o inexpressivo vacío al cual confluye el tembladeral de la insuficiencia burocrática?.

Si a la valiente pasión de Luis Guruciaga por conmemorar la historia válida de nuestro Partido, no se le da el cauce necesario para hacerse impetuoso torrente -lo es él por propio talento- que lleve al estuario de la comprensión y reconocimiento a su épica coleccionista, tal vez no solo naufrague su emoción y sentimiento hacia el pasado, sino también se defraudará a todo un pueblo, partícipe incrédulo de los conflictos suscitados en su entorno.

Recordemos con un mínimo grado de solidaria sensibilidad -apenas un poco-, que no solo se tiene un "museo de los pajaritos" o se requiere un "museo de fotitos y antiguallas" -tan despectivamente como algunos profieren-. En el primero de ellos, es la propia memoria de los ambientes naturales y sus habitantes silvestres que desaparecerán -por destrucción e inevitable cambio del paisaje por el hombre-, que se preserva para el interrogatorio y claridad de nuestros hijos y nietos, que algún día -con seguridad-, inquirirán con crudeza ecológica. En el segundo, es la propia e ineludible conciencia por mantener la gesta heroica de nuestros padres y abuelos inmigrantes y provincianos, a través de sus imágenes, utensilios y herramientas culturales, para poder reflejarnos en sus actitudes y pensamientos, a fin de emularlos y proseguir con dignidad.

Tan solo por ellos se hace imprescindible que existan museos en Berisso -tantos más, mejor-. Ellos son los vehículos que nos transportan al interior de nuestra propia mirada. Quizás para juzgarnos con sabia indulgencia o crítica reparadora. Pero nunca con ignorancia, por no tenerlos.

Berisso, como pueblo receptivo de civilizaciones, turístico y vital, puede y debe poseerlos.



Cultura del piso

Aún estamos en otoño, pero ya el frío se ha instalado con su bagaje de camperas, bufandas, pañuelos, resfríos y un manto fugaz de hojas desprendidas de los árboles que van quedando en la singularidad berissense. Y el viento, ese perenne inmigrante de tierras distantes, trabaja a favor del municipio, arriando la tropa amarillenta que los vecinos acumulan al pie de la acera. Bizarro servicio del clima que solapa la ausencia de muchos otros barrenderos.

Impuestos aparte, se llevan consigo -además-, la contribución onerosa del quehacer rutinario de la gente en estas veredas de Dios: papeles de toda índole, bolsas de polietileno, cigarrillos consumidos, vasitos de plástico, telgopor, delicias y confort de una sociedad que avanza hacia un destino mundano y más despreocupado.

Mirando abajo, a la altura de los zapatos, se vislumbra el mundo de nuestra cultura, la riqueza de nuestra identidad. Así como la arqueología y los antropólogos hurgan en los basureros de remotas civilizaciones, indagando en la vida y milagros de sus extintos pobladores, para intentar comprender sus diarias vicisitudes hogareñas, también nosotros hallamos en el piso el espejo de nuestros proceder. Aunque nos duela comprenderlo o aún analizarlo con selectiva deducción.

A poco de preguntarnos: ¿por qué tiramos todo al suelo, pudiendo dispensarlo con ingenio y sencilla acción en el bolsillo del caballero, la cartera de la dama, la mochila del adolescente o el receptáculo de residuos de la municipalidad?, no tenemos una respuesta acorde a la capacidad de dicción y expresión motora, propias de una raza que ha alcanzado el presunto escaño más elevado de la evolución biológica y cultural de las especies.

Claro. Es mucho más accesible desprenderse de lo inútil con un simple acto -cuasi reflejo ya- de coordinación muscular, que abreviar en la gestión de nuestras neuronas para apuntar a otra solución algo más elaborada y de mayor franqueza solidaria. O, asomar la mano por la ventanilla del automóvil para diseminar a los cuatro vientos, el semillero de una sucia convicción malintencionada, pero también notablemente ignorante de un comportamiento social digno.

Es curioso comprobar que los alrededores próximos a las escuelas se constituyen en los sitios de mayor "contaminación" de la ciudad en materia de variedad de papeles: envoltorios y cajas de golosinas y chocolates, sobres de figuritas, paquetes de cigarrillos, impresos, hojas de carpeta, boletos escolares y cuanto testimonio celulósico podamos imaginar, y que el talento publicitario ha logrado diseñar en algunos folletos con la sugestiva e innovadora advertencia de: ¡NO ARROJAR A LA VÍA PÚBLICA...!. Si bien los quioscos y locales de expendio de tales adminículos -ubicados estratégicamente frente o en cercanías de dichos establecimientos-, suelen contar con cestos para los mismos, casi siempre permanecen apenas usados por obra y gracia de "basquetbolistas" con mala puntería para embocar pero ganadores de un partido contra la comunidad. ¿Acaso no hay un módulo curricular que contemple la enseñanza del simple concepto práctico de respetar nuestro entorno?, ¿o todos apuestan a ser jugadores con poca destreza, al como sucede en la avenida Montevideo, a desmedro de tanto empeño a cargo del ejecutivo municipal?.

Probemos, entonces, en modificar nuestra actitud. Sin objetores de conciencia, ojos electrónicos o inspectores de salubridad, tal como acontece en los países desarrollados, inapelables jueces que observan la conducta del ciudadano para su mejor calidad de vida. Y recuerde que cuando se guarde ese envoltorio que estuvo a punto de hacer llegar al suelo -territorio del facilismo-, al darle un rumbo correcto, sabrá de la satisfacción de comprobar que también calles y veredas de nuestro pueblo pueden ser tan limpias como el living de su casa.

Y sin ayuda del viento, azar del tiempo y las ganas de los empleados del escobillón callejero.

Las voces del mundo

Hubo un tiempo en que Berisso habló. Todo un pueblo volcó a sus calles el polifacético lenguaje de los países y lo compartió, vecino a vecino. Tanto en el saludo como en la charla afable de su solidaridad inmigrante. Fueron las voces del mundo quienes confluyeron a los espacios públicos, camino al frigorífico y a la nostalgia enriquecida del terruño en la Sociedad de Socorros Mutuos, jirón fraternal de su patria. Torrente humano que halló, a la vez, los mil y un idiomas de la tierra, para hacerse verosímil murmullo obrero, pocas veces oído en el testimonio de la memoria geográfica.

Así fueron también, aquellos hogares de nuestros barrios, rincones simples donde cada morador supo conservar la tonada extranjera, para legarla a sus hijos y nietos. Expresivo aguafuerte que dio formato a la identidad regional y su inserción en el mapa etnográfico del mundo. Por ello, el recuerdo no deja morir la pintura de aquella curiosa amalgama que trascendió la mortalidad: el acordeón alemán junto a la balalaica bielorrusa, el varénique ucranio al lado del fatay árabe, el carpintero lituano contiguo a la verdulería italiana, el jardín de rosas búlgaro a escasa distancia del vergel de claveles español, el almacén del armenio frente al quiosco del griego, la cálida sonrisa de aquella yugoslava y la dulce mirada de la checoslovaca, los rubios bucles de la polaca y el profundo azabache de un albanés... Y por sobre todos ellos, la voz, el canto, la eterna comunicación del hombre con el hombre, la exaltación del sonido mediante la fonación consciente.

Los años ocurrieron junto al silencio. Devino la ausencia para secar el cauce de los ríos sonoros. Aquellos tomaron el habla y lo guardaron junto a sus huesos, devolviendo a las



veredas un idioma prestado, ese castellano que supieron amasar con las palabras de su raza.

Hoy, otras voces vuelven a recrear el himno cosmopolita del Berisso inmigrante: las emisoras radiales. Como ecos de un pasado, renuevan la esperanza de todo amanecer: contemplar la jornada con otra visión del futuro.

Hijos y nietos han tomado la posta de la tradición oral. No solo desde el jardín a la comunidad de su vecindario -como lo fue en aquella época-, sino al país y el mundo todo. Micrófonos e Internet han comprometido el accionar de los jóvenes con sus semejantes en heredad de sangre, idioma y creencias. A través de las venas electrónicas, transmiten la cultura de sus padres y la pasión de sus íntimos desvelos. Con su propia voz, inyectan a la población la palabra de la colectividad, como tantas veces antaño supieron expresar de boca en boca, aquellos caminantes del mundo.

Griegos, ucranios, lituanos, búlgaros, italianos, polacos, alemanes, españoles, han sabido volar con el folclore de las viejas voces, para llegar al corazón mismo del oyente, rehaciendo la nostalgia de la música bailada en la juventud, de la anécdota relatada por un olvidado paisano o aportando la frescura de las nuevas inquietudes de la sociedad. Además, interactúan en directo con los oyentes -aún los de carácter transcontinental-, para saber al instante los acontecimientos, sensaciones, vicisitudes, clima y mil y un sucesos, allende el Río de La Plata. Como si estuviéramos en casa, con todas sus comodidades. Virtudes de la era actual que la juventud comprende y aprovecha como sabia herramienta.

Nuestros mayores ya no caminan Berisso. Su perfil no forma parte del ritmo urbano. Sin embargo, sus voces aún resuenan, distantes y cercanas a la vez, por la magia tecnológica y la dedicación de quienes asumieron el ritual de la palabra y el acento de los pioneros.

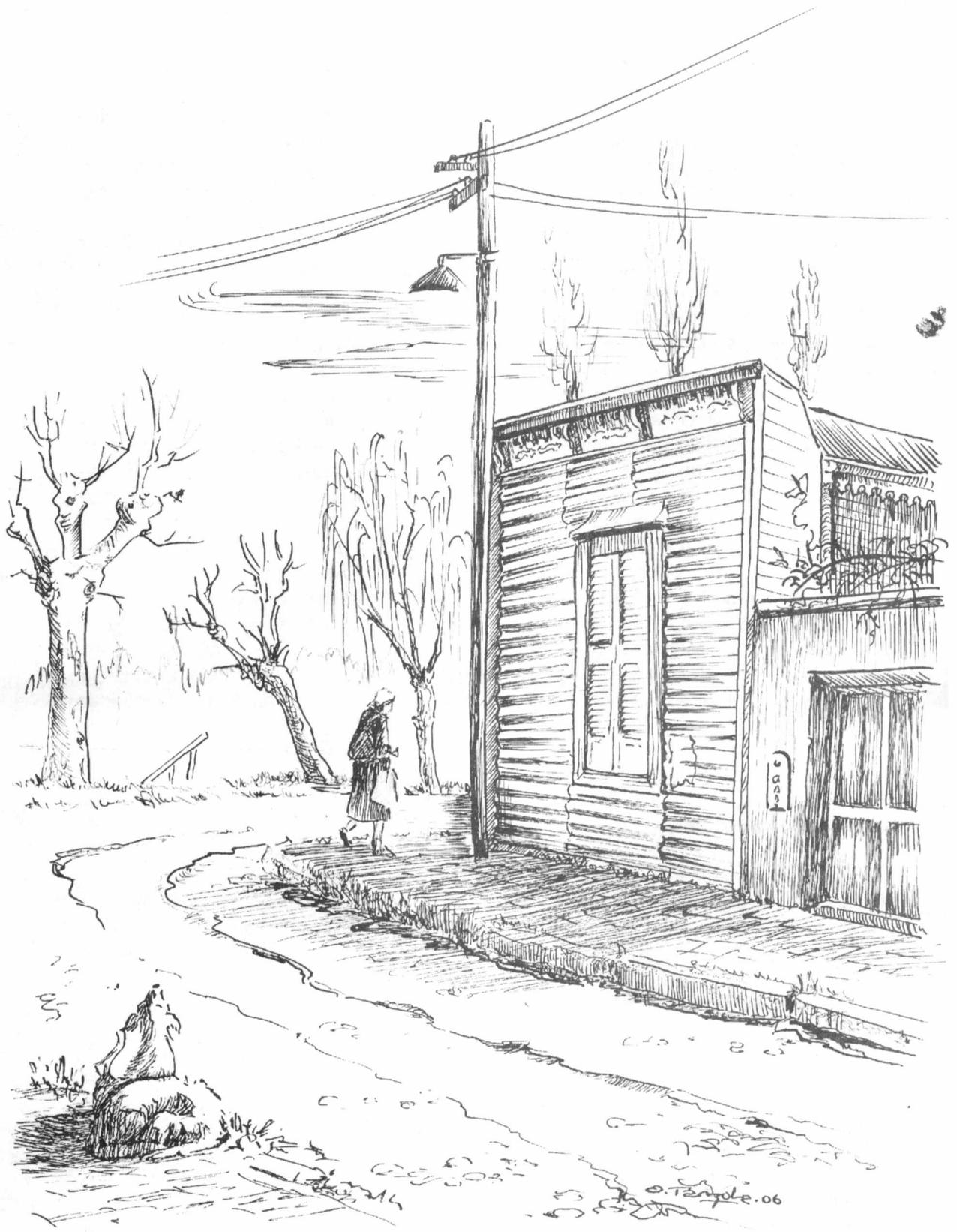
Certificado de defunción

Mientras que por un lado la Municipalidad prosigue con su plan de "jerarquización" de espacios públicos berissenses, aplicando todo el bagaje novedoso para ello -tanto visual como tecnológico-, por otro lado, a poco que miremos los restos de la "ciudad vieja", aquella que dio cobijo a los viajeros del mundo de principios del siglo XX, comprobaremos otra realidad, otra faceta de la dinámica poblacional: la gradual desaparición de las particulares casas de chapa y madera.

Comprensiblemente, es la inevitable secuencia de todo lo decadente a un plano elevado de futuro irrefrenable. Es natural que ello ocurra. Sin embargo, ¿no hay, acaso, en esa observación sobre tanta tirantería desarraigada, cenefas abolladas, canaletas oxidadas y un terreno yermo salpicado con clavos muertos, un dolor de historias perdidas, de palabras enmudecidas para siempre, de fantasmas sin dueño buscando un destino sin respuesta?. Sobre todo ese espacio de naufragios crecerá la lozana vestimenta de un inmueble, rutilante urdimbre de ladrillos y hierro, vasto de luces, vidrio y fresca madera pulida. Sobre el primordial país de quienes soñaron alguna vez, paisanos tan solo de un trozo del tiempo inmigrante.

También, es encomiable el empeño de las autoridades en recuperar, restaurar y poner a punto, edificios públicos característicos de nuestra identidad regional. Empero, no hay igual criterio en preservar una vivienda de cinc y pinotea, emblema y carta de presentación a los visitantes y buceadores de la personalidad ribereña de Berisso, ciudad que ostenta el rótulo de su responsabilidad como sede oficial de la Fiesta Provincial del Inmigrante.

Cierto gobierno local supo, años ya, encarar un convenio con la Universidad Nacional de La Plata, a través de su Facultad de Arquitectura y Urbanismo, con la finalidad de salvaguardar ad eternum el patrimonio arquitectónico típico, en particular en barriadas como "las catorce", con edificios de época en buen estado de conservación. Todo ello se tradujo en buenas intenciones, manejo periodístico y reuniones informativas a todo nivel, que el discurrir de los años se encargó de difuminar bajo un manto de piadoso olvido. El clima y las transacciones comerciales hicieron el resto: las viejas casonas de chapa y madera -algunas con planta



alta-, fueron arrasadas y los declamados artículos de la ley embicaron en la repisa de los viejos papeles, mendrugos de las mejores intencionadas polillas...

Se menciona mucho desde antaño, en un turismo con características propias -las hay y con mucho valor agregado-, pero poco se hace al respecto en el terreno de los hechos. Existen en algunos países algo así como los "museos de las casas" -testimonios etnográficos-, donde en predios de gran extensión se resguardan reducidas aldeas o aún viviendas aisladas, con la configuración propia de cada localidad y según sus épocas. Las mismas pueden ser recorridas para observar no solo su fachada, sino también el interior, con guías que con amabilidad y conocimiento, explicarán al público asistente los pormenores de dicha oferta. Incluso, poseen jardines con bella floración, aljibes, cucas, los clásicos baños externos, verjas artísticamente diseñadas y demás implementos propios de un hogar convencional.

Salvadas las distancias con el primer mundo, no es necesario preservar áreas o conjuntos edilicios completos -una utopía para nuestro Berisso y su cultura-. Sería interesante, en cambio, resguardar una sola de estas prototípicas casas de chapa y madera, aquellas con piezas asomando a una larga galería, al amparo de las vigilantes cenefas. Bajo el amparo municipal, bien podría servir como muestra para placer e interés de turistas e indagadores del pasado inmigrante, deseosos de encontrar en sus habitaciones revestidas con machimbre y pisos de madera, el hálito de aquellos moradores que respiraron trabajo y criaron sus hijos bajo ese mismo techo. Y también, comprobar el mobiliario de época: la cuna de madera basta, la cocina económica, acaso una rueca, la cama con elásticos de metal, el ropero de lustre a espejo... Recursos que pueden lograr un mayor grado de verosimilitud al ambiente del pasado. Personas aplicadas al tema y otros elementos que coadyuven a crear la atmósfera propicia, conseguirían gestar un "museo" viviente de alto impacto emotivo y cultural.

Solamente una vivienda. Nada más. Antes que sea demasiado tarde y el destino nos alcance como pueblo en vías de desarrollo. Antes que la inmobiliaria ponga el certificado de defunción en su frente: SE VENDE. Nuestros padres y abuelos inmigrantes nos observan. Materialicemos por ellos nuestro más caro deseo de recordarlos con auténtica luminosidad.

Caminar el invierno

Ciertos domingos de invierno, cuando la semilla del sol explota, madura y dorada, ofreciendo el caldo nutriente de un inusitado calor, la tarde nos suele invitar a una serena caminata por las calles solitarias de Berisso. En la indolente gestión de la siesta, es posible explorar, con la simple devoción de nuestro espíritu inquisitivo, los fragmentos exquisitos de un pueblo que se resiste a emigrar al esquema de la modernidad planificada.

Como una vuelta a los tiempos de nuestros padres y abuelos, ciertos barrios, en particular los periféricos y próximos al saucedal ribereño, todavía conservan tibias remembranzas y susurros inmigrantes, que solo es posible hallar en el silencio de la marcha y en la pausa propuesta a la agitada vida cotidiana.

Entonces, los rincones del recuerdo irán apareciendo como pinturas impresionistas, con tonos pastel y otras mediastintas, detenidas en la lumbre propuesta por un día distinto. Aún más nos dirán algunos vecindarios con pasajes de tierra y viejos automóviles ronroneando su intestino óxido. Aquí, la parra de la entrada nos llevará desde su alambrado callejero a la fachada de chapa corrugada; bajo sus cenefas de lata, la galería agrega efluvios de pinotea a la resolana candente de la hora. Adentro, acodados en el sueño, antiguas formas se perfilan con borroso contorno, tras un postigo entreabierto y ausencias humanas.

Las casas parecen pensativas figuras crecidas en glicina y limoneros abandonados, cómo llorando sobre el fango de la vereda. Un zorzal busca la lombriz escondida en el barro y luego escapa de un salto, asustado de su propia sombra. Al hacerlo, deja caer una vocal, volátil

frase del himno grandilocuente de su primavera.

Dos perros dormitan la tarde; sobre el pelaje hervido de sol, sobrevuelan moscas en círculos cansados. La voz asordinada de un radio en chamamé, se oye en la cuadra. Nadie despierta. O apenas: una brisa del río arranca panaderos a la gravidez del cardo y los vierte como pompones de seda sobre el perfil de la arboleda costera.

Fósil de algodón, la conchilla cruje al ser pisoteada por nuestro andar. La avenida converge hacia otros umbrales. Los minutos transcurren mansos bajo el cielo limpio. Deseando irse lejos -también-, un aroma a leña de sauce impregna un pedazo de tarde y lo vuelve pan case-ro. Acompañándolo, el humo blanco juega en el aire a ser serpentina, nube, velero náufrago en la escollera del vecino. Hasta diluirse en azulina esencia dentro del firmamento.

Pasa una mujer, cansada de edades y bolsas de mercado. Transeúnte del pasado, ella también parece detenida en la época de esa arteria, un hito más en el paisaje próximo al crepúsculo. Tan profunda como su mirada esclava y sus gestos criollos. Al doblar la esquina, retorna el silencio y el sopor de la inmovilidad. Por detrás de todo, la avenida Montevideo regurgita su ingesta de nafta y acero en una parodia de trueno y martillos.

La calle reposa su virtud de abandono municipal, ajena a hombres y cuestiones administrativas. Hilera generosa de arboledas antiguas y gente sin apremios horarios, el territorio del domingo es una experiencia inolvidable, aún cuando solo caminemos sin buscar, sin anhelar toparnos con los fantasmas que alguna vez lo transitaron. Berisso atesora para sí muchas sorpresas a la vuelta de cada recodo. Desde la horripante explosión del San Blas y la inundación del 40', hasta el cierre de los frigoríficos y la partida del último tranvía, cada rincón de esta sociedad ha guardado entre sus pliegues, la memoria de los sucesos y la nostalgia de los mayores en los ojos de sus actuales pobladores.

Y así, como no es extraño hallar niños jugando a las bolitas en secretas canchitas de barro -a orillas de un mudo estadio de pasiones- cual estampas de antaño fuera de la realidad, tampoco es posible olvidar que la ciudad crece a expensas del pasado, desechando lugares, usos y costumbres; no desea fotos viejas en álbumes nuevos. Para todo aquel viajero de las tardes domingueras, apurar el trayecto hacia su esencia, resultará imprescindible si desea coleccionar retratos del tiempo de su explosión primigenia. El hombre puede esperar; su ambición no. El mañana reclama a la humanidad su puesto en la historia.

El ocaso nos sorprende bajo nubarrones de un frío púrpura. Es momento de regresar al benévolo hogar. Hemos marchado por el espíritu de las cosas sencillas de nuestro pueblo. La fantasía espera para echar a volar.

Obreros del barro

Nos precedieron en el tiempo. Por apenas unas decenas de millones de años... Cuando aún el hombre primitivo ni siquiera era entrevisto -¿o imaginado?- en el panorama geológico de las especies. Sin embargo, ellas ya recorrían el paisaje del mundo con supremo orgullo, elevando con gracia su estirpe a los cielos, para dejar muy atrás la grotesca y torpe caricatura del *Archaeopteryx*, el patrimonio común de su raza volátil.

Y así, las aves cubrieron el planeta con su grácil figura y su típica vestidura de plumas, uno de los mayores "inventos" de la naturaleza para protegerlas del medio ambiente y darle, a la vez el sustento necesario para poder volar con extraordinaria ligereza. El hombre, criatura de excepcional capacidad de observación, supo tomar su plumaje para relleno de colchas y aún camperas para aislarlo del frío y... vivió que era bueno!. Había descubierto una de sus perfectas cualidades: mal transmisor del calor. Y tan livianas que comprendió casi de inmediato, que algún día iría a navegar, él también, los vastos espacios de la creación. Por ello, se fabricaron aviones cada vez más parecidos a su aerodinámica estructura, logrando mejor susten-

to y capacidad de hendir la atmósfera para alcanzar las metas deseadas. Pájaros, simplemente, que fabularon mejores condiciones de vida para la humanidad.

Tal su capacidad de dispersión y éxito, que gestaron infinidad de variedades, cubriendo los rincones más inhóspitos. Vinieron para quedarse, a pesar de nosotros. Llenaron con unas mil especies a la Argentina y a Berisso le dieron casi trescientas, personajes ubicuos en tiempo y distancias de una generosa geografía. Muchas de ellas, empero, sufrieron los embates de formas exóticas que mermaron su población, tal el caso de los gorriones, traídos de la mano del cervecero Bieckert en tiempos de Sarmiento, quien no se avino a pagar el impuesto aduanero, soltándolos para bien o para mal.

Y así fue que se hicieron tan prolíficos, que desplazaron a los pájaros autóctonos, alguna vez moradores de nuestra ciudad: chingolos, calandrias, jilgueros, zorzales, benteveos, horneros y muchos más. En particular este último, considerado el ave nacional de los argentinos. Durante años se lo extrañó en el seno de la sociedad, con su estampa inconfundible y su aún más curioso nido, verdadera fortaleza en el reino de los alados. Por diversas causas y en el ir y venir de las circunstancias biológicas -incluyendo culpas y responsabilidades del hombre como gestor de impredecibles situaciones-, el Hornero, Alonso García, Alonsito, Caserito, Joao do barro -Juan del Barro, en Brasil- o como se lo llame en los mil y un parajes de gran parte de Sudamérica donde se distribuye, ha reaparecido incólume y magnífico. Para pasear en nuestras plazas, veredas, jardines y parques, orondo y feliz por su nuevo encuentro con los habitantes -ya sorprendidos por su larga ausencia-, con el operístico canto a dúo, el tono ladrillo de su librea y en modo particular, su construcción de barro y paja, antecedente del adobe con que levantaron sus ranchadas los primitivos pueblos de las pampas. A imitación del noble artesano de pico y patas.

Nuestro *Furnarius rufus* ("hacedor de hornos de cola rojiza"), es emblema de trabajo fecundo y recurrente. Incluso los domingos y feriados su labor no cesa, cuando de alzar paredes se trata -oponiéndose a la creencia de su profunda religiosidad y respeto por los días de sagrado descanso-, siempre alegre y activo por demás. Poco a poco va recuperando el terreno perdido, el tiempo de olvido y silencio, impuesto por el caserío que le hemos levantado sobre su territorio de antaño, una ribera berissense agreste, como lo fue poco antes de la llegada de los primeros pobladores a la zona. Y allí, donde alguna vez descollaron frondosos árboles, gruesas ramas y denso follaje, ahora se tienden altos edificios, torres de cemento de energía eléctrica, armazones metálicos, monumentos y un sinfín de artilugios absolutamente desconocidos a su herencia de albañil.

Sin embargo, con notable destreza, adaptándose a los avatares de la evolución, nuestros constructores hicieron "pata ancha" y siguieron construyendo sus nidos. Hoy en día, a poco que recorramos Berisso con pacientes ojos de inspector municipal, veremos sus hornos en extravagantes situaciones y aún maravillosas adaptaciones de espacio y estabilidad. Ejemplos de ello son los nidos existentes en el monumento a la Música de los Inmigrantes -espejo de agua del canal Génova-, el de la ventana del primer piso del Sindicato de Municipales en la calle 166 y el hallado en la calle 17 y 161, magnífico ejemplo de propiedad horizontal, con tres pisos y sin ascensor..

Y así, mientras más busquemos en nuestras viviendas y en el arbolado público ajeno que le hemos forzado a aceptar, podremos comprobar su vigencia y grado de acomodamiento a los cambios para sobrellevar su destino como pájaro de ciudad.

Ejemplo de tenacidad y perseverancia, amalgama de tierra nativa con vigor inmigrante.

Bibliotecas populares, llaves de la cultura

Generaciones hubo, entre nosotros, que dependieron íntegramente, para crecer en cultu-

ra y placer, de los libros atesorados en las bibliotecas populares, dependientes de los clubes de fomento barriales e instituciones sociales diversas. Fue la época dorada del lector consuetudinario, el bibliómano afecto a recorrer con pasión y paciencia, la riqueza de un océano de letras para buscar la aventura exótica, la conciencia geográfica de países ignotos, la inmensa literatura de las plumas del mundo, el poema o la prosa de ficción, el documento testimonial de la historia o la utopía magnífica de alguna necesidad indagatoria -o metafísica-, tan entrañable como profunda en felicidad cuando es hallado en un recóndito anaquelel, olvidado de tiempos y amarillo de olvidos.

Fue la era previa a la televisión, a la ingenuidad plástica de la comprensión del pensamiento, a la patética promesa de la frivolidad garantizada. Lapsos de pausas y caminatas, de revistas y folletines, de Julio Verne a Emilio Salgari y de Luisa M. Alcott a Jane Eyre. Umbral del salto al futuro, a nuestro 2005 sin concesiones por el pasado.

Y allí quedaron, rumiando su soledad de letras ilustradas, doloridas y solitarias, pero no heridas de muerte. Tan solo llamadas a silencio y reflexión, esperando el regreso con la virtud de su humildad, esencia de toda sabiduría. Los propios ladrillos de su robusta arquitectura -los libros-, no pudieron ser doblegados por el arribo de Internet. Incluso -paradójicamente-, el consumo de pasta celulósica se incrementó en el planeta, ante la imayor demanda de papel para volúmenes y periódicos...! Curiosidades de nuestra dispendiosa sociedad.

Tan solo decayó, en apariencia, el interés por la lectura, ante el facilismo de la imagen televisiva, VHS, DVD, CD y otros sofisticados artilugios electrónicos incluidos. Sin embargo, día a día, más y más autores tienen acceso a la posibilidad de publicar sus manuscritos, convirtiéndolos en obras bellamente impresas, con excelente diseño y colorido de tapa, computación mediante. Y todo indica que este proceso continúa en franco ascenso, aún en comunidades más reducidas, tal como acontece en Berisso.

Las bibliotecas populares, mientras tanto, aguardan su oportunidad. Jamás se han amilanado -apenas contraído temporalmente-. Reservorios de la identidad humana, no temen desaparecer en tanto haya quien sueñe con sus viejos tomos en reposo o los nuevos que confluyen merced a organismos oficiales, mecenas, bibliófilos y escritores locales, cuyo deber y responsabilidad primera es acercar al menos un ejemplar de su producción personal, para preservar la memoria de la conciencia comunitaria de la cual forman parte. El libro, así, solo tiene tal categoría cuando alcanza las manos del lector; no antes. Por ello, su valor es impecedero y universal, un niño que se deja acariciar por su contenido de futuro. Por anunciar el porvenir promisorio.

No obstante, subsiste por parte del municipio, una deuda con la familia regional: la creación de una biblioteca -adicionalmente, una hemeroteca- que albergue la totalidad de las publicaciones originadas en y por Berisso. Las mismas corresponden a libros -novelas, relatos, cuentos, poesía, ensayos, antologías, investigaciones, etc.- de ediciones locales o de otras que hayan hecho referencia a nuestra localidad; revistas y periódicos -semanarios, quincenarios o mensuarios-; separatas de divulgación científica; sueltos y fotocopias de trabajos de diversa índole, además de muchas otras formas de diseño gráfico que hayan contribuido a delinear la fisonomía de la población berissense.

Si bien es cierto que muchas bibliotecas poseen, en mayor o menor medida, este tipo de material, no lo comprenden en su amplia extensión, resultando imprescindible, en consecuencia, una entidad abarcativa de todas las facetas letradas de nuestro semblante cultural. Para propios y ajenos, quienes no tendrían más que acercarse para indagar en las propias fuentes y en un mismo espacio físico. Con mobiliario acorde a las circunstancias -aún modesto-, archivo computarizado y personal idóneo para la atención de público en general, turistas ávidos de información, investigadores -incluso extranjeros-, docentes, escolares y cuanta persona se aproxime con interés y curiosidad por el particular paisaje físico y social de nuestro Partido, sabremos dar respuesta a todo tipo de inquietudes, demostrando así que somos un

pueblo

organizado y responsable de nuestras acciones y modo de ser. Si bien la labor puede ser exigente, tanto por la búsqueda, hallazgo y permanente admisión de nuevos componentes -tal el valor agregado de esta magnífica comarca del país-, los resultados pueden ser de tal modo halagüeños, que trasciendan las fronteras del conocimiento formal, llevándonos por caminos insospechados de dignidad y bienestar.

La Casa de Cultura o el Honorable Concejo Deliberante -por ejemplo-, podrían dar respuesta para la entronización de una biblioteca de tales características. El material a incorporar es numeroso, capaz de admitir sendos anaqueles de erudición regional. Centenares de trabajos de escritura original, de mayor o menor extensión, correspondientes a otros tantos autores, atestiguan la valía de nuestra ciudad, siempre abierta a todos los conceptos del horizonte artístico de la humanidad.

Calles de mi pueblo

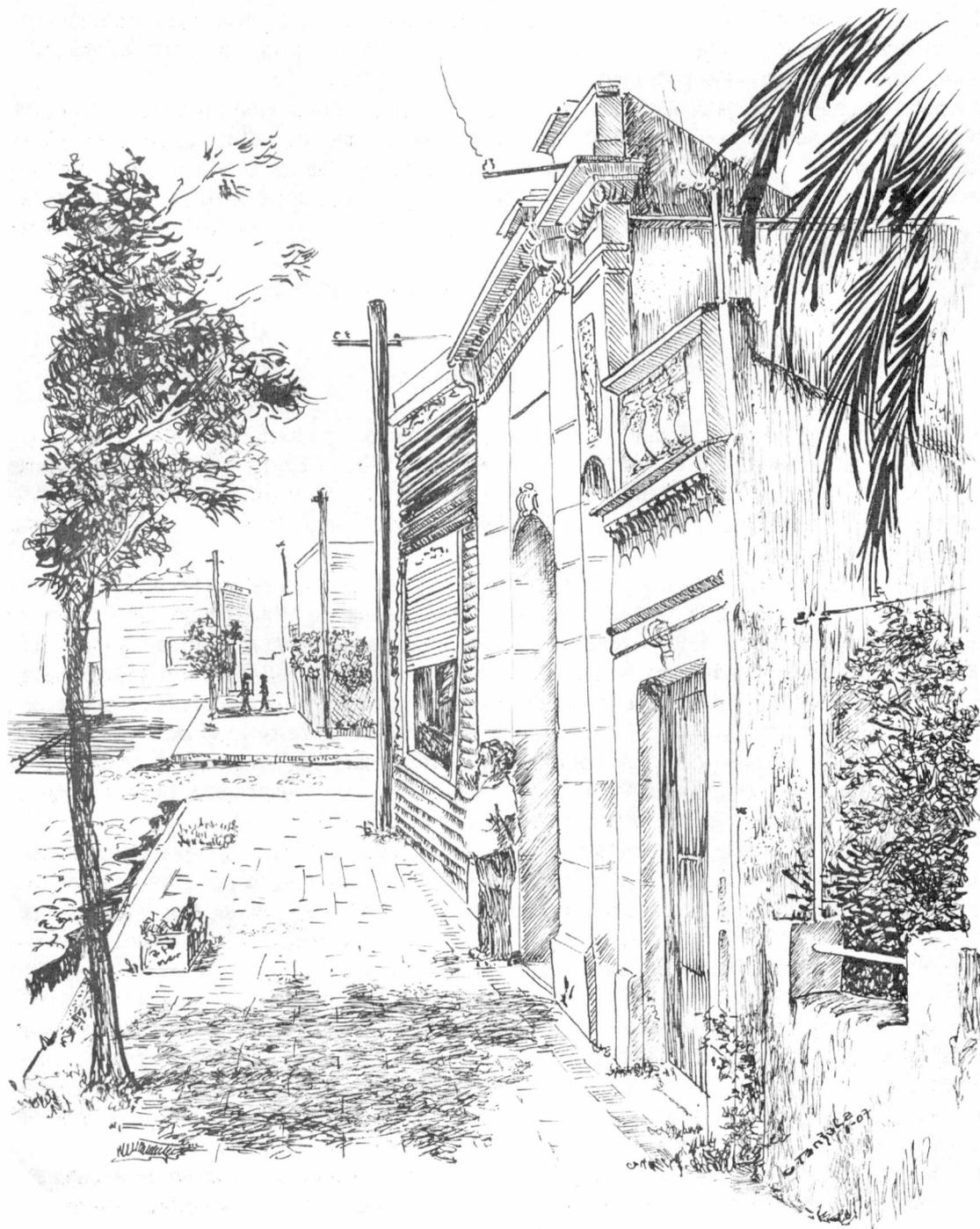
Por razones prácticas de fácil manejo y recordación, es habitual que las calles de la mayor parte de las poblaciones argentinas, estén numeradas. El método proporciona una rápida identificación e inmediata ubicación a quien las visita por vez primera. No obstante, no siempre fue así, como aconteció en Berisso, donde por décadas se las conoció por sus nombres, tan típicos y generosos al oído ajeno a la idiosincrasia regional.

Es valioso señalar el interés de los distintos gobiernos municipales -incluso el actual-, por preservar esa rica heredad patronímica, que tanto contribuye a darnos fisonomía propia. Prueba de ello, es la continuidad en la instalación de carteles de señalización vial en las esquinas, donde se indican la dirección del tránsito vehicular, el número, la denominación y la designación catastral de la cuadra respectiva. De este modo, es factible compatibilizar criterios con antiguos habitantes que aún utilizan su nombre, al permitir a las nuevas generaciones y visitantes, no solo buscar y reconocer calles por su numeración, sino también acercarse a sus orígenes mismos a través del apelativo histórico, para comprender los fundamentos del empleo popular.

Sorprende al turista que tantas calles rindan homenaje a ciudades del mundo: Asunción, Atenas, Belfast, Bilbao, Cádiz, Constantinopla, Génova, Guayaquil, Habana, Hamburgo, Lisboa, Londres, Marsella, Montevideo, Nápoles, Nueva York, Ostende, Punta Arenas, Río de Janeiro, Trieste y Valparaíso. Todas ellas corresponden a puertos en actividad, es decir -metafóricamente hablando- vías de acceso a la inmigración, tal como alguna vez aconteciera entre nosotros, dando cobijo a miles de brazos laboriosos. Otras arterias, en cambio, aluden a países que aportaron sus hijos para el engrandecimiento de este rincón de América: Albania, Armenia, Bulgaria, Checoslovaquia, España, Grecia, Hungría, Israel, Italia, Japón, Lituania, Polonia, Portugal, Líbano, Rumania, Rusia, Ucrania y Yugoslavia.

En magnífica simbiosis con la sangre extranjera, las provincias derramaron su vital fluido al corazón común, siendo reconocidas en las calles: Buenos Aires, Catamarca, Corrientes, Entre Ríos, Jujuy, La Pampa, La Rioja, Mendoza, Misiones, San Juan, San Luis, Santiago del Estero, Santa Fe y Tucumán. El tributo a profesores y hombres de ciencia argentinos y del mundo, se refleja en la memoria de E. Loedel Palumbo, Luis Agote, María Curie, Albert Einstein, Luis Pasteur y Albert Schweitzer. También, se encuentran valiosas menciones a escritores y músicos que han dejado huellas allende las fronteras nacionales: Almafuerte, Roberto Arlt, Esteban Echeverría, Benito Lynch, Ezequiel Martínez Estrada, P. Henríquez Ureña, Emilio Petorutti y Alberto Williams. En el plano local, supimos rescatar del olvido último a mujeres y hombres del vecindario: Julia García, Elisa Mejido, Pascual Ruberto, Edgar Aschieri, Andrés Bruzzone y Domingo Leveratto. Poblados y ciudades del interior de la provincia y del país todo, están reflejados en las menciones de Baradero, Campana, Colón, Concordia, Ensenada,

Galeguaychú, La Plata, Las Quintas, Magdalena, Nogoyá, Quilmes, Río Santiago, San Lorenzo, San Nicolás, Suipacha y Tolosa. Como es tradicional en toda Argentina, los próceres del quehacer político-militar se hallan representados aquí también: Leandro N. Alem, Alberdi, Alsina, Alvear, Balcarce, Belgrano, Güemes, Larrea, Mitre, Necochea, Paz, Hipólito Yrigoyen, Pueyrredón, Facundo Quiroga, Rosas, San Martín, Sargento Cabral, Sarmiento y muchos más. Núcleos habitacionales como la del Barrio Banco Provincia, han rendido homenaje a marinos y buques que supieron defender los intereses de costas y ríos de la patria:



Azopardo, Alte. Brown, Tomás Espora, Fragata Sarmiento, Rastreador Fournier, etc. Varios generales dicen presente: Roca, Mosconi y Savio.

Sin embargo, son de cuño propio los apelativos que supimos entronizar a ciertas calles y que tanto llaman la atención a extraños de nuestro paisaje cultural: Artes, Comercio, Constitución, Democracia, Independencia, Industria, Libertad, Orden, Perseverancia, Porvenir, Progreso y Propaganda. Muchas otras se refieren a infinidad de cuestiones, tanto personales como de aspectos puntuales o episodios históricos de toda comunidad: Carlos Gardel, 17 de octubre, 12 de octubre, 9 de julio, 20 de junio, 25 de mayo, Entre Muros, Islas Malvinas, La Portada, Los Caranchos, Puerto, Río Santiago, Río de La Plata, San José Obrero. En Los Talas podemos encontrar algunas con nombres de aves y árboles: Calandria, Palomita de Monte, Espinillo, Los Paraísos, etc.

Avenidas, calles, pasajes, peatonales, mil y un corredores por donde fluye día y noche el torrente de una población que sueña y se proyecta con intenciones de futuro, portan la identidad intangible de un pasado forjado a pujante trabajo. Sendas caminadas en infinitas jornadas de frigorífico, destilería, hilandería, astilleros y los muchos otros destinos de una época brillante, que aún persiste en el recuerdo de los berissenses y en el sonoro verbo gráfico de las placas callejeras.

Como quien mira un catálogo y ve pasar la vida en sus páginas.

Flor de seibo

Es invierno. Allí subyace, raquítrico, rugoso, con secos brazos expuestos a la intemperie, inánime en su escuálida figura de ramas retorcidas. Un desconocido en la costa barrosa de un humedal cualquiera. Un morador del silencio yermo de la estación extrema. Es el Seibo, nuestra Flor Nacional, según decreto 138.974 de 1942; también lo es de la hermana República del Uruguay.

Su apariencia mórbida dejará lugar, a partir de noviembre, a una profusa floración que prosigue hasta enero. Incluso, lo hace precozmente aún en estado de arbusto bajo. Las flores son carnosas y amariposadas, de un exultante color rojo, agrupadas para formar compactos racimos. Son polinizadas por insectos y picaflores, como es el caso del Común y del Bronceado, en Berisso. Curiosamente, se han encontrado en Los Talas, ejemplares con flores blancuzcas. Fructifica desde enero a marzo; el fruto es una legumbre dura y arqueada de unos 10 a 20 cm de longitud, castaño-oscuro. Las mismas contienen hasta seis semillas con formato arriñonado y color café, de hasta 20 mm de largo; por su bajo peso específico, pueden flotar y ser transportadas por las aguas, asegurando la diseminación de la planta.

Las hojas son grandes, compuestas por tres folíolos oval-lanceolados, llegando a conformar en conjunto una copa amplia e irregular, de porte poco armonioso por el ramaje tortuoso, cubierto de aguijones curvos, los que también son hallados en los pecíolos y en los mismos folíolos. Las ramas jóvenes son gruesas en la base y delgadas hacia el ápice -como un cono alargado- con aguijones; en un principio son lisas y verdes.

La corteza del tronco y ramas viejas, tiene consistencia corchosa y apariencia resquebrajada; es un excelente sustrato para varias epifitas que suelen cubrirla en gran parte, tal como sucede con el Cacto Trepador, algunos helechos, orquídeas y peperomias. Como árbol, alcanza hasta los 10 m de altura, con troncos de hasta 70 cm -y aún más- de diámetro en la base. La madera es blanco-amarillenta, blanda, porosa y liviana, apta para fabricar armazones de montura, tarugos, colmenas, ruedas, aparatos ortopédicos y para esculturas.

El Seibo, perteneciente a la familia de las Leguminosas, es una especie hidrófila, esto es, que crece en lugares bajos y húmedos, expuesto a inundaciones. Su presencia asegura el levantamiento y consolidación del suelo. En nuestra región es hallado en los pajonales y

albardones de lagunas y riachos, o bien como elemento integrado al saucedal ribereño y también en la costa del Plata. Suele formar bosques puros y abiertos, denominados "seibales". Su área natural de dispersión es amplia: sur de Brasil, Paraguay, Uruguay y Argentina desde el norte hasta el noreste de la provincia de Buenos Aires. Se lo cultiva en calles, avenidas y plazas por su carácter decorativo y como sombra.

En medicina popular, la corteza cocida se usa en gárgaras contra el asma y para curar llagas, como calmante y analgésico; en cataplasma fresca y machacada, sana heridas. Con su decoctado se desinfectan lastimaduras y granos con pus. Las flores se emplean para preparar un jarabe para tratar resfríos y la tos. Las semillas contienen alcaloides curarizantes: hipaforina, erisopina, erisodina, eritralina y otros.

Su nombre científico es *Erythrina cristagalli* ("erytros"=rojo, por sus flores, y "cresta de gallo" por la forma de las mismas). El género *Erythrina* tiene unas cien especies, la mitad de ellas americanas y las otras afroasiáticas-australianas. Solo tres de ellas viven en Argentina: *E. falcata* -Seibo Jujeño- y *E. dominguezii* -Seibo Chaqueño-. *E. cristagalli* es la que se encuentra en nuestro Partido. Esta última tiene varios nombres vulgares además del Seibo: Zuiñandí (=corteza rugosa, en guaraní), Sui' yua (=yua, fruto y sui, loro) y otras según su ámbito geográfico. Es preferible escribir su denominación como Seibo en lugar de Ceibo -también admitido por la Real Academia Española de la Lengua-, dado que esta voz pudo haber recibido influencia por el apelativo Ceiba -palabra indígena de la isla de Santo Domingo- (Ceiba pentandra), árbol americano de la familia de las Bombacáceas y también de flores rojas. Los hombres de ciencia prefieren la grafía Seibo, tal como también los poetas. Rafael Obligado así lo escribió en los primeros versos de su poema Seibo (con acento en la ï): Yo tengo mis recuerdos asidos a tus hojas / Yo te amo como se ama la sombra del hogar / Risueño compañero del alba de mi vida / Seibo esplendoroso del regio Paraná.

Nuestro Seibo jamás puede ser confundido con otras manifestaciones, tanto naturales como antropológicas. Su idiosincrasia y esencia son tales, que cualquier semejanza con exteriorizaciones del quehacer sociológico, no hacen más que consolidar su valoración botánica, la prístina pureza de sus sangrantes flores -que han dado lugar a variadas leyendas folclóricas- y a confirmar nuestro deleite ante su estampa noble y estoica, cuando, a orillas del canal aledaño a la Avenida del Petróleo Argentino, resurge cada primavera entre el triste y doloroso desecho de la desidia humana.

Tribus urbanas

Berisso, como toda urbe en camino a la modernidad, las posee, aun cuando no conozcamos sus rostros, líderes y estructuras de organización y mando. La razón de ello: son entidades "subterráneas", que proliferan en la oscuridad de las madrugadas, en limitadas franjas horarias de los sábados, domingos, feriados y eventos especiales. Siempre se constituyen en bandas; jamás son individualidades. La unión les da fuerzas; la soledad empavoriza a sus integrantes, los retrotrae a ser trémulos por no decir cobardes. La colectivización -en muchas ocasiones-, al puro embate de la "birra", el "faso" o "energizantes cafeínicos, taurínicos" y otros non sanctos, incentiva su "creatividad" adolescente, alentando su trajinar por calles oscuras y barrios dormidos, ajenos a sus tribulaciones festivas empero malquistadas con la sociedad.

Estas comunidades temporales se clasifican de acuerdo a la "especialidad" que desarrollan en el entorno recóndito de su transitar. Su gestión es amplia y dispar; inclusive, a veces se yuxtaponen, en aras de cubrir un mayor espectro transgresor -¿o vandálico?-. Se intentará, en consecuencia, una caracterización de los tipos más conspicuos de estas tribus, aún cuando no sea más que una mera aproximación a la multiplicidad de sus formas.

En primer término figuran los "escribas" o "grafiteros", intelectuales en proceso de frus-

tración, que munidos de aerosoles y fibrones, nutren a nuestras paredes de infinitas y crípticas leyendas. Las mismas solo son discernibles por unos pocos "conversos", de índole más o menos lesiva para el público común si llegara a descifrarlas. Ellos no reparan en la pulcritud de los frentes domiciliarios ni en el arte mural callejero; menos aún en las garitas para ascenso de pasajeros. Toda superficie disponible les viene de perillas para cultivar sus dislates gráficos. Y cuando perfilan ciertos resquicios de cualidad pictórica, se expresan escatológicamente, tal su impulsiva necesidad por trascender el tiempo y la fabricación de látex para exteriores...

Los "aficheros" constituyen otro grupo singular. Y aún cuando muchos de ellos son pagados por agencias de publicidad, poco hacen sus huestes por respetar los espacios privados y públicos, como si les perteneciese a su libre albedrío. Su grado de contaminación visual es contundente: bailantas anunciando la presencia de bandas cumbieras con denominaciones tales como "Juana y la grieta del medio", "Los surubies del trópico", "Babalú y sus bolas", etc.; caballeros de rasurados rostros y damas maquilladas de húmedos labios, devenidos en políticos en campaña; supermercados en pugna con inverosímiles ofertas; sindicatos promocionando sus coloridas listas de candidatos y muchas otras pegatinas más. También, los que ofrecen recompensas por un perro extraviado, la búsqueda de un rostro perdido en la vorágine del dolor humano, la expresión de un amor quimérico y tantos otros imposibles de describir, pegoteados, adheridos, claveteados, atados, hiriendo y ofendiendo árboles, paredones, postes, cercos... Anónimas manos y siempre de noche, acaso con cargo de vergüenza propia y ajena.

Una tercera tribu la conforman los "revoleadores" o "díscolos cerveceros", cuya principal distracción es pasar a situación más estable la "dudosa" conformación vítrea de las botellas de cerveza. A tal efecto, ya vacíos de su contenido -condición sine qua non-, las mismas son inmersas con hábil voleo, a la vasta negrura del espacio circundante, para terminar así -graciosamente- a reposar en estado de seguro equilibrio, a la plenitud de la calle o de alguna vereda de un dócil vecino. Una constelación terráquea de brillantes cristales se suma a los titilantes pentagramas del cielo.

Aún más deportistas, los "pateadores", llevan en su sangre el caro anhelo de imitar a nuestros "sagrados" ídolos del fútbol, soliviantando a puntapiés las bolsas de residuos de cuanta casa encuentran en su largo divagar por las madrugadas berissenses. Un largo reguero de material de difícil -y peligrosa- descripción, indica que el partido ha concluido. La "pelota" queda vacía: fin de juego.

Sin embargo, todavía más exigentes en su preparación física, son los "dobladores", integrantes de una exclusiva cáfila de musculosas anatomías con cabeza de fósforo... Su principal ejercitación consiste -ante admirados pero silentes acólitos- en apoyar todo su decidido esfuerzo en la barra de metal que sostiene el cesto de residuos del vecino anfitrión y... doblarlo hasta su encuentro con el suelo, tras describir un maravilloso y olímpico arco de 180°. Los ¡bravo y hurra..!, jalonan su meritoria labor, antes de salir huyendo del barrio... Besos, aplausos y medalla de oro.

Así las cosas. Maldad, juventud, picardía, daño, travesura, juego, educación, fárrago de actitudes y sentimientos encontrados ante una realidad enquistada dentro del cotidiano y adecuado comportamiento ciudadano, quizás utópico de erradicar. Al menos, en un futuro inmediato.

Dos Berisso distintos, separados solamente por el amanecer.

Sobre nosotros, las nubes

Un notable profesor del viejo Colegio Nacional de La Plata, el Dr. Estanislao De Urraza, a cargo de la materia "Historia del arte", solía decir a sus alumnos, al mostrar diapositivas de cuadros de

pintores famosos: "Observen que las telas paisajistas de los grandes maestros flamencos de los siglos XV y XVI, como ser Van Dyck, Van Eyck y Van Der Goes, entre otros, siempre presentan los cielos parcial o totalmente cubiertos de nubes. Eso es un reflejo de su procedencia geográfica marítima -región de Flandes, que comprende territorios de Bélgica, Holanda y norte de Francia-". Con ello, además, el recordado docente quería significar que la naturaleza del hombre y sus manifestaciones culturales y sociales, son producto directo del medio en el cual nace y se cría, asumiendo una personalidad que caracteriza su posterior vida de relación. Somos parte del escenario virginal donde nos gestaron, sello de identidad con que pueden reconocernos en horizontes ajenos, aún por la mínima expresión de nuestros gestos, gustos y conducta.

¿Y qué es Berisso, sino un apéndice hidrológico cubierto por sedimentos fluviales seculares...?. A orillas del leonado -o sucio, según lo despoeticemos, o contaminado, según lo tipifiquemos analíticamente- Río de La Plata, hemos desarrollado una actitud propia de los pueblos ribereños: vigilar los fenómenos atinentes al comportamiento de las aguas, su predisposición, su nerviosismo, sus idas y vueltas, su ingreso a nuestras calles -ya desbocado- y también observar sus distintos estados, según los efectos que sobre nosotros tengan. Y en estas distintas etapas de su ciclo en la naturaleza, mirar el cielo -otra sana y sabia práctica berissen- se-, para otear el paisaje celeste e investigar sus nubes -cantidad, formato, diseño, procedencia, destino, movilidad, velocidad, altura, abundancia, etc.-, es algo tan habitual como predecir de inmediato el clima que tendremos. ¡Aventureros de la meteorología!, nos damos tiempo para criticar los partes oficiales por satélite, aduciendo conocer "como la palma de las manos", la histórica sucesión de los acontecimientos, según el examen meramente empírico que hacemos de aquellas...

Trashumantes viajeras, las nubes nacen en cualquier horizonte y se vierten con total impunidad sobre la ciudad, regulando el humor de sus habitantes al "entrometerse" en sus salidas, fiestas y cuanto acontecimiento al aire libre deba intervenir. Habitualmente las vemos aparecer por el cuadrante sureste, como quien viniera desde La Plata. De allí provienen las tormentas, vientos, lluvias y cuanto malestar energético elabore la naturaleza a espaldas del hombre y en ocasiones, por su indirecta complicidad. Sus vastas formaciones y extrañas estructuras suelen dar pábulo a singulares comentarios, tanto agoreros como fantásticos. Howard Philip Lovecraft, eminente escritor norteamericano, creador de épicas narraciones de terror, se solazaba en su contemplación, creyendo ver en las curiosas formas de las nubes a indescritibles monstruos, inenarrables deidades y seres amorfos sin nombre, todo lo cual



influyó en su original obra.

Cirros, cúmulos, nimbus, estratos, han cruzado -también- la imaginación de nuestros infantiles desvelos, haciéndonos ver rostros, ñomos, bizarros cruceros navegando borrascosos mares, gigantes de piedra subyugando doncellas, mil y un matices con los cuales jugamos en la niñez de barriadas sin televisión, de espaldas al pasto de un baldío...

Las nubes son parte de Berisso. Es agua etérea que brota de nuestro suelo, sus humedales y la cuenca del Plata. De nosotros mismos. Tal vez, por esta razón, las apreciamos en el diario caminar, viéndonos poseedores de similares destinos: nacer, crecer y extinguirnos en la arbitrariedad de la nada. Para pasar a ser recuerdos que se van renovando en la eterna rueda de la vida.

Aquellas pinturas, con sus cielos llenos de algodonosos copos flotando en paz, se nos exhiben en toda su cualidad estética, conduciéndonos a la reflexión. Acaso, las nubes, con su presencia, nos quitan la tremenda orfandad de mirar al infinito para no sentirnos tan solos en esa inmensidad azul. O quizás, pretendemos hallar un punto de comparación para medir la profundidad de nuestra búsqueda en el universo.

Sinónimos de lo efímero, nos hacen creer que volamos a su amparo buscando otros soles, para ingresar, también nosotros, en el mundo de los sueños sin dueño.

La consagración de la primavera

Algunos árboles se han pintado de blanco nieve, otros se han vestido con rubor de rosas tempranas. La tierra asume aromas de lozana lejanía, llevando a los sueños, recuerdos de la añorada juventud. Reverdece un pasto joven con espiguillas trémulas por vivir, delicadas mariposas vegetales que ansían el sol por alimento. La brisa se atreve a traer el joven polen de las flores más despiertas, sonos de alfiler en la mansión de los cielos. Y desde la profundidad del follaje, surge prístino el arrullo mismo de la primavera: la música de las aves, el himno mágico de la Creación.

No hay antes ni después para saberlo. Ni calendario o noticioso que nos diga que ha terminado el invierno y comienza otro ciclo en la renovación de la existencia en estas latitudes. Es la llegada de las golondrinas con sus brillantes plumas brincando nubes y su arrullo goteado de sonetos tintineantes, que nos dice que la estación de la vida naciente ha regresado, que está entre nosotros. Es la época del amor, de la canción de los seres que buscan la eternidad. La primavera se ve en el cambio de colores, se siente en la calidez de las horas maduras. En la nueva luz que derrama cada madrugada y el trino de los pájaros que dialoga a través del horizonte. Raudal de sensaciones que nos incitan a proseguir por nuevos senderos, sin mirar hacia atrás, tal la belleza de lo que sobrevendrá. ¿Y qué sucede con las aves, colegas del peregrinar común por el manto terrestre?. Calladas en razón del escaso funcionamiento de sus glándulas de secreción interna, la extensión lumínica de los días incentiva la producción de sus hormonas, haciendo crecer sus gónadas y el tamaño de la siringe, característico órgano de fonación, bien desarrollado en los machos.

¿Y por qué cantan?. Dispersas como están en el monte e incluso en la urbe, es cuestión de establecer contactos tanto para encontrar pareja, como para decirle a un contrincante del mismo sexo, que ha establecido un área de cría o "territorio" y que lo defenderá con bravura. Generalmente, todo se limita -parado en alguna percha de descanso- a grandes "exposiciones" vocales, que se escuchan en todo el ámbito de nuestra ciudad. Tal el caso de los tímidos Zorzales Colorados, los primeros en hacerse escuchar en las dormidas calles, aún, de Berisso. Incluso, en plena oscuridad y cuando todavía las estrellas titilan. Es el gran cantor, un magnífico y potente tenor, pese a su monótona vocalización. Cada hembra elegirá a su compañero, de acuerdo a su gusto "musical" -mas la suma de otras virtudes que solo ella conoce...-. Formadas las parejas, harán nido, pondrán huevos, criarán sus pichones... y la

especie proseguirá hacia el infinito.

El Chingolo es otro peculiar orador de las tinieblas. Voz dulce -si las hay-, de tierna melodía, aún más grata por su brevedad, se alza entre las sombras como un estímulo de gratitud por estar, simplemente. Aseguran algunos que convoca, en la quietud noctámbula, la llegada del viento. Pero si así no fuera, nos basta con la brisa enjuta que nace de su garganta, emplumado pompón de grises y castaños rematado en copete. La Ratona Común -o Ratonera, para algunos-, acompaña a menudo con su precoz gorreo, entibiando el amanecer y haciéndole contrapunto.

La Golondrina de Ceja Blanca embelesa desde las alturas -sobrevolando nuestros tristes techos-, con su gorreo derramado en cristalina cascada, casi riendo y húmeda, mientras captura vagabundos insectos en fuga. Imposible verlas en la oscuridad, parecen burlarse de nuestro aletargado caminar, mientras se deslizan en rampantes acrobacias, orladas de azul y blanco.

El Benteveo o Bichofoe, incentiva el bullicio con su sarcástica onomatopeya, riendo gesto de gentil payaso, empero de gratisima vestimenta azufre. En el umbral también noctámbulo del saucedal ribereño, restalla el "chíricot-chíricot-chíricot" de una gran gallineta, el Chiricote, afanosa caminadora de los pajonales húmedos al amparo de la arboleda madre. Allí nidifica y se protege, ajena al hombre y sus vanas vicisitudes. Su canto a dúo o inclusive grupal, nos llega a muchas cuadras de distancia, pueblo adentro, profundizando el recinto silencioso de una madrugada sin trabajo. Otros afirman que nuestra ave proclama la venida de lluvias. Y aunque así no fuera, ¡qué ausencia terrible sería la suya si el monte desapareciera...!.

Canciones de la noche. Voces de la mañana temprana, ecos de la primavera que desgranar sus hijos dilectos. Sello y cuño de un Berisso silvestre que convive con su humilde pero orgullosa humanidad, legado de inmigrantes e interior. Mientras las oigamos y nos deleitemos en ello, habrá primavera para nosotros.

No después.



La batalla de las caras

La madrugada del lunes 24 de octubre de 2005 -el "día después" de las votaciones por legisladores y concejales-, Berisso amaneció con persistente lluvia y un "lavativo" viento que pretendió barrer las huellas de la suciedad de la jornada anterior. No bastaba mirar con atención; era demasiado evidente el "dinero" que se arremolinaba en veredas y calles, bajo el formato de enormes y vistosos afiches, extensas pancartas, ubicuas obleas, volátiles etiquetas, acrobáticos panfletos y cuanta enjundia gráfica contemporánea se haya acuñado en la prolífica mancomunidad de políticos y diseñadores de arte.

Y desde la profundidad del suelo, aquellos rostros -inmutables pero carismáticos-, miraban sonrientes -incluso los derrotados en la contienda electoral- a todo quien acertara a pasar sobre ellos y los observase reír bajo sus zapatos. El agua, mientras tanto, iba diluyéndolos tras el engrudo barato y el color de los pigmentos desleídos, para recrear una pastina irreproducible que alguna corriente llevaría al rincón de las cosas perdidas. Pero costosas.

A casi dos semanas de aquel ejercicio de la democracia y a pesar del vigoroso "rasquetado" a cargo de personal del municipio, aún subsisten secuelas de una propaganda vial particularmente exacerbada en la oportunidad y caracterizada por su agresiva ocupación visual. Si bien, en sus comienzos, el incremento fue paulatino, a medida que se aproximaba la fecha clave y a pocas horas antes de iniciarse el período de "veda electoral", se produjo una inusitada y explosiva pegatina en cuanto rincón libre y estratégico hubiese y que supusiera una alternativa directa a la mirada humana. En la práctica, fueron utilizadas tanto las paredes de edificios abandonados o en venta/alquiler, como muros "autorizados" por sus dueños. Tras sucesivas superposiciones de afiches, se conformó una gruesa capa de diferentes partidos que, no respetando a su antecesor, pegaban su respectiva publicidad electoral para, a su vez, ser tapados en las próximas sombras de la noche. Cual estratos geológicos que, al ser hurgados, reflejasen la historia social de una sociedad...

Algunos optaron por embadurnar con obleas verticales, cuanta columna, caño y poste asomase en su derrotero a la fama. Otros tomaron por asalto los papeleros/cestos de residuos -ipobres criaturas de metal para todo servicio...!-, forrándolos con leyendas en toda su extensión, cuando en realidad debieran haberlas tirado en su interior... Tampoco se salvaron las cabinas de electricidad y gas, tierra fértil a la voracidad insaciable del candidato. Peor aún fue la situación de los refugios para ascenso de pasajeros en la avenida del Petróleo Argentino, allí mismo donde alguna vez hubiera un germen de creatividad pictórica de raigambre berissense. Pero poco importó la expresividad temática del color trabajado estéticamente; la singularidad política exigió hasta el más sutil de los sacrificios, en aras del bien supremo: mostrar la dentadura más blanca, perfecta y reluciente, oponiendo por contraste la vigorosa y nueva juventud partidista ante la fosilizada dirigencia opositora... Tal vez, como resintiendo de las críticas por lo sucedido, el gobierno local aseó y pintó tales refugios, alentando una pronta recuperación artística.

¡Cuentas del rosario de nuestra peculiar idiosincrasia!

¡Y qué decir del bello y robusto edificio de la avenida Montevideo y 11 -ex correo-, el mismo que fuera remozado tras años de incuria, para volver estas últimas semanas a fojas cero en su fachada...!. Pintadas -no solo políticas-, leyendas innominables y exabruptos de rock en aerosol. La apropiada galería paradigmática para un canibalismo ocular. Los árboles -seres vivientes, por si olvidan-, no supieron huir a la frenética vorágine del desmadre generalizado: amanecieron con pintorescas "polleritas" atadas con alambre a su tronco, desde donde suspiraban -a solicitud-, imágenes de futuros concejales, senadores y diputados, rogando ser elegidos por los automovilistas en rauda marcha a la vera del canal de YPF.

Pisos, puertas, aceras, frentes, cunetas, techos, veredas, postes, bancos, caños, icielo y tierra!, iagua y nubes...!. Todo. Luego, viento y lluvia lavando el dinero empleado, la posibilidad

de una mejor inversión y la necesidad trunca de algo que pudo ser y no fue. Por necesidades de campaña. Por imperio de la ley.

Algunos pocos apelaron al simple cartel sobre estacas, que luego desmontaron al día siguiente. Solución práctica y sin residuos contaminantes. También, hubo pasacalles que fueron retirados adecuada y decorosamente a las pocas horas del acto electoral. Pero... afiches y pintadas dañaron la imagen de nuestra ciudad -de por sí bastante agredida en materia de suciedad-, persistiendo en el tiempo y propiciando a seguir la misma línea de uso del espacio público, por parte de entidades bailanteras y roqueras, como ya está sucediendo.

¡Qué nos puede esperar para los comicios del 2007, con semejante cultura callejera!

¡Qué difícil es mantener un pueblo limpio!, o ¿será que íntimamente no deseamos serlo?.

Sembradores de sombras

La tarde invita a caminar. Noviembre acarrea una larga hilera de vehículos que apuran la marcha a sus destinos, llenando la avenida Génova. El sábado es distinto, con madres llevando niños a jugar a la hamaca y hombres acompañando perros de hogar, sueltos en el feliz instante de su encuentro con la naturaleza. Transeúntes que cruzan la diagonal, ligeros o en paz consigo mismos, pero todos saludando con su esquivo la imponente estatua del poeta. El coloso de metal y férrea ternura que mira el horizonte del norte.

Cada quien en su descanso, cada cual en su corriente. Unos y otros en la displicencia del verdor; unos en movimiento, otros en la clausura del banco de piedra que aligera penares y promueve alegrías, dudas, retiro, quizás buscando la mirada de algunos para compartir el momento, el saludo de unos ojos o un ¡chau! cómplice. Silencio fértil de la edad madura; tímbrica risa de los chicos escapando a sus fantasías.

La plaza Almafuerde es un pulmón que respira a pleno. Es un corazón que late con sangre que no cesa de oxigenarse. Es senda y encrucijada a la vez. Encuentro de seres que se escabullen o indagan; bullicio en la tibia resolana de la primavera. Lugar de rezos, dádivas, oratorias, de poemarios al pie del vate, de arrumacos de novios y discusiones entre jugadores de tejo. Es Raúl Silvetti volviendo a recrear sus historias de infancia y chapas. Es el centro palpitante de Berisso y sus nostalgias mitológicas.

En la yerma estancia de su inspiración, un hombre, pala en mano, excava la greda austera de geológicos sedimentos ribereños, la dura y negra tierra mil veces recorrida por un pueblo inmigrante. Cargando años en el misterio blanco de su cabellera, la mirada baja -gratamente celeste-, atento el golpe al impacto de la herramienta, busca y busca la profundidad adecuada para sembrar la simiente de un mejor porvenir. A su lado, cruzan y se pierden peatones; tal vez observen, acaso ignoren su labor. Inclusive, desprecien o critiquen. El pintoresco desfile de gestos humanos es infinito.

Sixto Raúl Reyes prosigue, sin claudicar. El sueña inmensos follajes, maravillosas floraciones, apretados ramajes, fragantes esencias despertando al alba, rumores de pájaros aleteando himnos de crianza, paseantes procurando refugio de templadas sombras a un costado del inclemente verano. Añosas criaturas de fresca piel volando en tierra sus deseos de ser -ellos también-, aves humanas. Escolares en recreo o de pícara rabona, jugando a flotar de cara al pasto para contar hormigas en fuga por ocultos senderos.

El es sembrador. Un aorable labriego que cultiva gigantes, un mensajero del mañana. Un creador de esperanzas con vastedad de hojas. Un hombre de nuestro pueblo comprometido con su comunidad. Es uno más, de un núcleo de berissenses amparados en la denominación "Amigos de la plaza Almafuerde", lugar común donde recalán Pietrobattista, Luis Arrieta, Juan Carlos Ramírez, Horacio, López, César -el calesitero-... y tantos nombres sin laurel ni blasones, ciudadanos de las calles interiores de una breve nación de remansos vegetales, sin presidente ni ministros. Empleados sin sueldo de una municipalidad sin política, obreros que res-

tañan heridas y construyen puentes hacia el mañana.

Y allí, donde ejercen su anónima función, han dejado un desfile de seibos, jacarandás, higuerras, anacahuitas, palos borrachos, moreras, fresnos americanos y tanta prole que sus horas y el sudor les permiten. Ni Reyes ni los otros han pretendido fama, réditos y homenajes -tampoco "Planes Trabajar"- . Ellos tan solo cumplen el derrotero que los años y su conciencia les sugieren en la intimidad del alma: sembrar árboles para augurar futuro. Saben que el discurso es vano y que callar e ignorar es peor. Por eso, se multiplican en el explícito quehacer de sus intenciones, a veces con testigos, en muchas ocasiones en la prolífica soledad de sus venturosos pensamientos. Tal vez, nunca vean maduros los frutos de sus ideales, porque inevitablemente la edad duele y conduce al mutismo final. Sin embargo, continúan, pues les agravia el vacío y la desidia. La ausencia y la vana lectura de los proyectos que jamás se cumplen.

Ellos han tenido hijos y han plantado árboles. Con seguridad, jamás escribirán un libro. Pero..., con sus manos habrán tejido las páginas formidables de muchos capítulos plenos de sabiduría y amor, con un magnífico final denominado: solidaridad.

En el cielo, retozan golondrinas. Abajo, también hay canciones de paz.

Fumar, ¿es un placer?

En virtud de la existencia de este flagelo social, de las intenciones del gobierno nacional por propender a la disminución paulatina del consumo de cigarrillos en la población -pese a la eventual pérdida de ganancias por impuestos, pero presionado por la realidad sanitaria que se impone en el orden mundial sobre las consecuencias de su ingesta-, por ciertos éxitos logrados con la implementación de leyes sobre la prohibición de fumar en transportes públicos, en algunos restaurantes y edificios públicos, es importante señalar algunos hechos observados recientemente en sendos acontecimientos del quehacer de nuestra sociedad, que inducen a cavilar sobre determinados comportamientos en materia nicotínica. Tal vez a reflexionar acerca de nosotros mismos con una más crítica visión de tales circunstancias. O quizás, arrojar al cesto de lo trivial sus conclusiones. Todo dependerá de nuestra sabia actitud o del aún más difícil de admitir -iy tener!- sentido común.

Primer caso. Salón de la Sociedad Lituana Mindaugas, domingo 18 de setiembre de 2005. Presentación del coro femenino "Virgo", de la Universidad de Vilnius, Lituania. Además de la presencia de los cincuenta integrantes del citado conjunto, gran cantidad de público local. Actuación de los coreutas, brindis y baile familiar. Ambiente de confraternidad, charla amistosa y establecimiento de vínculos. De inmediato, se encienden los cigarrillos y el local se inunda de humo a impulsos de las bombas pulmonares, cubriendo almas propias y ajenas, fumadores y no fumadores. Ensuciando ropas y salud. Un detalle: no hay carteles indicadores de PROHIBIDO FUMAR, dando vía libre a una fumata de magnitud. Sin embargo, un hecho extraño, curioso -inadvertido por muchos- acontece. Los visitantes lituanos no coreutas, de carácter fumador, se ausentan del salón y en la vereda prenden un cigarrillo, degustándolo hasta consumirlo. Satisfechos, ingresan al local para continuar departiendo con... los fumadores argentinos que, pitada tras pitada, no dan señales de cejar en su intento de crear una densa atmósfera de carbono en suspensión.

Segundo caso. Salón de la Sociedad Ucrania Prosvita, martes 20 de setiembre de 2005. Jornada Social con el lema: Arraigo y desarraigo en el desarrollo de la comunidad, con la presencia de Monseñor Aguer, la Dra. Beatriz Balean y distinguidos panelistas. Importante afluencia de público -particularmente jóvenes estudiantes-, miembros de la comisión directiva local, el intendente Sr. Slezack y grupo de funcionarios municipales. Presentación de varios oradores, clima de silencioso interés, fuertes aplausos, preguntas y respuestas entre el panel y los oyentes. Culminación del acto entre saludos informales y felicitaciones a los expositores. Detalle absolutamente imposible de no apreciar: magnífico piso de excelente madera

misionera, con tablonces pulidos y encastrados con maestría. Revestimiento de paredes a media altura, de igual modo en madera barnizada. Espléndido salón. Y, cada dos metros -aproximadamente-, a todo lo largo de ambas paredes, muy visibles y sugestivos carteles con la leyenda: PROHIBIDO FUMAR. Al acallarse el último aplauso, todos de pie y en franco diálogo, un funcionario... prende un cigarrillo, impertérrito y feliz en su ignorante locuacidad o miope de toda miopía y parado aún en aquel artesanal maderamen, acaso admirándolo.

Analícemos ahora las implicancias de ambos casos. En el primero de ellos, es menester destacar el encuentro de dos culturas, con siglos por detrás en el caso del pueblo lituano, que es fácil advertir -y comparar- al visitarse aquel país. Se constata allí que los fumadores salen de la casa en la que habitan o bien se retiran al balcón toda vez que desean fumar. No lo hacen en el interior de la vivienda; incluso, descienden del automóvil, deteniendo su marcha a la vera de la ruta para encender un cigarrillo. Evitan molestar con el humo a sus interlocutores como agredir los espacios cerrados donde se habita.

En el segundo caso, podríamos hablar de falta de responsabilidad por parte del funcionario público. Es innegable que su imagen está en la mira de la población, debiendo dar ejemplo -más allá de su gestión ejecutiva- mediante una actitud acorde a su representación, respetando y haciendo respetar normas aprobadas por terceros, aunque parezca "pueril" en su concepción. Solo así, la sociedad avanza en su construcción desde simplísimas cuestiones a grandes emprendimientos. Y sus hombres -y lo que hagan- indican los rumbos a las otras generaciones.

Cuestiones a veces ignotas de nuestra comunidad, tan inserta en el engranaje social que regula el funcionamiento del mundo, que a menudo olvidamos darle la importancia necesaria. ¿No es que el aleteo de una mariposa aquí, provoca un huracán en la distancia...?. También tirar un "pucho" en un pastizal reseco, puede provocar un incendio descomunal, por ejemplo.

Y, es cierto, lamentablemente.



En medio de la noche

La tarde ha devuelto al horizonte la esfera del sol, corriendo con parsimonia el ojal de sus luces sobre otro sábado en Berisso. Contra los árboles de verano, ha juntado tribus perplejas de pájaros para arremolinarlos a dormir. Entre sus ramas por demás verdes, los gorriones le hacen escarceos al silencio, al desatar una incómoda rechifla de piales. Las primeras estrellas se cuelgan -para no caerse-, del preludeo solemne de las sombras; perforado, el firmamento comienza a gotear. Certidumbre del día que ya no es.

Noche de pueblo, cálida y plena de recuerdos de otras que fueron, época con pinturas de frigorífico y huertas. De quietud en el sueño vigilado por la ronda matrimonial de policía y silbato, invitando a pernoctar. Horas de mutismo matizadas de calor y fragancias a madreSelva y pálidas magnolias. A tierra mojada antes de cenar, un tango por Biaggi a media voz desde la encajonada profundidad de una radio a válvulas. El bostezo absurdo del perro -fuera de la cucha y del mundo- que despierta pulgas y sapos intrusos. Noche de luna a medio camino entre la pulcra atmósfera del cielo y el techo irritado de óxidos, vagabunda que empolva de rudo aluminio a rostros y zaguanes.

Es tiempo de descanso tras el riego de la quinta, de guardar la regadera junto al pozo de agua, cruzar la galería de parras y sentarse en la vereda, recostando los brazos desnudos sobre el respaldo de la silla, vuelta atrás. Para hacerse un dibujo de espectros parecido a un hombre, silueta menguante de blancas pupilas que miran cruzar la gente, algún automóvil y bicicletas con ruedas de aire cansado y relegadas de grasa. El ir y volver del día que restituye la ingesta de sus muchas horas de luz y trajín. De rumiar ilusiones y esperanzas para confrontarla con el vino de la oscuridad.

El aire es manso, deliciosamente picante, casi una prenda que se pega a la piel, tan silvestre como el monte costero, tan embriagador como el vaho de la arena candente de una playa en solsticio. Mudo fantasma que abraza cuerpos en musculosa y alpargatas, paisanos de edad inmigrante atados por el perfume de las violetas junto a la alcantarilla. Junto a la verja de alambre disfrazada de alverjillas en flor.

En la distancia ahuecada en corcho, rechina el metal de sus ruedas un viejo tranvía, cambiando de vías, quizás escapando al adoquín de la Montevideo. Pero es solo lejanía, un algo asociado al olvido. A la costumbre de oírlo. La charca se guarda pedazos de luna para lavarlos con jabón; los sapos, enamorados del coro, parecen estatuas de sal entre el junquillo. Su croar es la voz de la vigilia, la compasiva sonata animal que filtra el silencio para aligerar la soledad de pueblo pobre, a orillas de toda víspera.

Un hombre cruza el descanso del vecino y saluda en polaco. Una casa más allá, lo hace en croata; quizás, en alegre lituano después. El baldío lo lleva a un pulular de yuyos bravíos que huelen a rocío temprano y a cebadilla criolla. Luego, se opaca bajo una nube de crepitantes bichitos de luz -que sólo él escucha-, para disolverse por completo en la esquina, ausente de faroles y rico en enigmas. Doña Josefa, vestida de guiso y sabores de cocina económica, sale a la vereda, espantando mosquitos con ramas de sauce. Su marido aventa el sudor con el diario. Inesperado, un soplo de viento le arranca noticias de las manos, haciéndole perder batallas, historietas y fútbol. ¡Se lamenta con placer...!

El carro, estrepitoso dragón con ruedas de hierro, atraviesa la calle tras chispas de herradura. El caballito, blanco de fuego, se apresura al descanso al recordar un apetecible fardo de heno. Estalla el barrio en rugidos de piedra, transmutándose en prolongado eco por un corredor de chapa y madera, cuadras adentro. De nuevo la sordina, aún más grave.

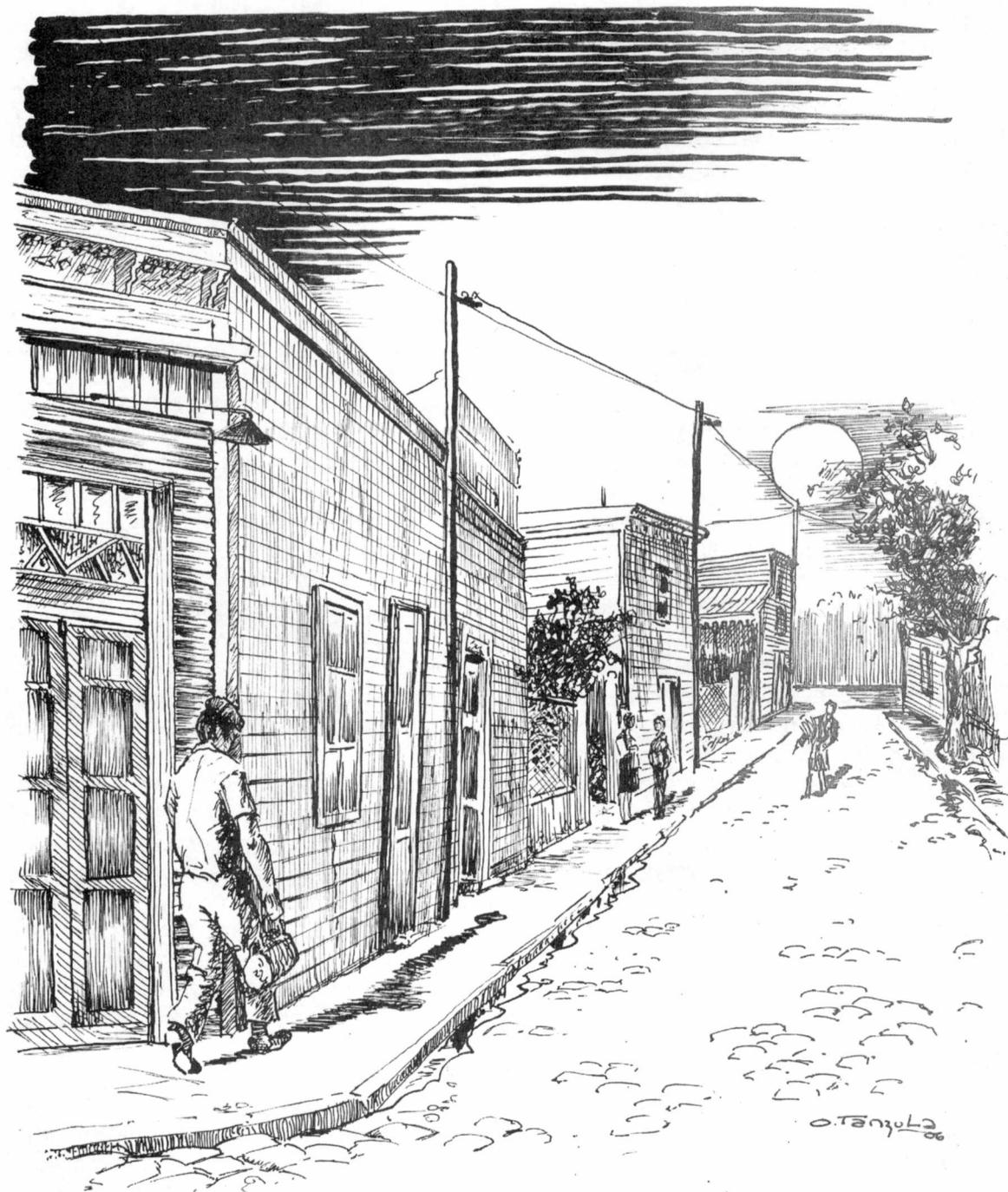
Poco a poco, la noche marchita sus huestes, puertas afuera. La charla amengua, claudica en murmullos, para cerrar con candado la partida final al hogar. El jardín queda triste, acaso abandonado, aún brillante bajo la claridad lunar y la compañía del cosmos. Cada casa exhala su propia identidad; algunas todavía conversan, otras ya duermen en paz.

Berisso recorre la década del '50 con sencillez. Son años de fábrica y Nueva York; de Isla Paulino, hortensia y colectivo Guaraní; de zorra a Palo Blanco y de tantas vivencias que resguarda la emoción de sus calles gastadas.

Mañana será domingo y habrá otro amanecer.

Aún está lejos el hoy, este momento que no comprendemos, tan veloces corremos hacia la nada, apartados del placer de la franca cordialidad y el sosiego compartido.

En cada noche templada, todavía persiste el pueblo de ayer.



Tribulaciones de un peatón en Berisso

Nikolay Alexandreievitch Spichtskin -inmigrante y de ahora en más, Nico-, decidió salir a caminar aquella mañana del sábado. La jornada se presentaba magnífica, con rutilante cielo sobre la barriada de Villa San Carlos. Se enfundó en su estilizado jogging Johnny Mac Peters, calzó sus deportivas zapatillas Ultra Mike Reynolds, vistió su preciosa campera Thapper Grand Ribuk y... tomó un último mate amargo, ineludible bastión de su decidida argentinidad. Tenía que comprar cierta herramienta que había visto en la vidriera de la ferretería "La esfera dorada", tradicional comercio en la vieja esquina del desaparecido "Bar deportista".

Abrió la puerta de su casa y enfiló con determinación la avenida Montevideo, para gozar de la alegría del sol y la felicidad de la fecha, libre de prejuicios y otros compromisos. Saludó con el brazo en alto al "turco", quien pasó orondo en su desvalida bicicleta azul y a la vecina -"la chismosa"-, que barría con decisión las hojas de una calle sin árboles. Al llegar a la entrada de la carnicería "La estirpe", tuvo que saltar con inigualada gracia de bailarín del Bolshoi, ante el intempestivo baldazo surgido de su interior, buscando lavar la acera...!. Profirió unas palabrotas en ruso -¿o moldavo?-, al aterrizar en la baldosa, escuchando las disculpas del caso por una redimida voz. "Muebles RH" estaba sacando su mercadería a la vista del público, cuando Nico acertó a circular en aquel instante. En un principio, se detuvo ante un placar de guatambú -de fino lustre- que inopinadamente se interpuso en su derrotero. Al pasar éste, prosiguió la marcha sin dejar de soslayar su cuerpo entre macizas sillas de viraró y un moldeado ropero, que, precisamente, dejó abrir su puerta, interceptando su andar, casi golpeándolo. En aquel deslizar entre muebles, contempló -sin quererlo-, el precio, facilidades de pago y créditos posibles...

No apuró el paso. Antes más, tuvo que pensar para evitar dos perros atorrantes echados entre el puesto de diarios y revistas de don Antonio y el contenedor de papeles de la municipalidad -una estrecha franja peatonal-. Lo hizo con dúctil precisión de cirujano, sin concesiones por las moscas que rondaban la piel de los canes, alzando las piernas sobre su estática siesta. Tras ello, el territorio frente a sí, le pareció vasto, libre de toda injerencia, vacío de toda solidez. Cruzó otra bocacalle más y ... un chorro insidioso ascendió por su botamangas, salpicándolo con restos de la lluvia nocturna. Un cuadrado irreverente de flojas baldosas pareció sonreírle, haciéndose cargo de la bufonada. Casi una vereda después -con la experiencia debida-, tuvo que optar entre saltar o evadir un charco, residuo también del último chubasco. Al decidirse, pegó su espalda a la pared, hurgando con su trasero el colorido rostro de un político venido a menos, vuelto afiche.

La liviandad de sus zapatillas lo impulsó un poco más lejos. Casi podría decirse que era dichoso ante la perspectiva de llegar. No obstante, "Albertito sport" ya había exhibido sus jeans de moda al frente y acomodado el toldo, más bajo aún que la paciencia de Nico y su astucia por franquear pantalones, camisas, camperas y remeras en ristras colgantes, de laberíntica disposición. Por allí salió nuestro buen hombre, todavía íntegro, pero ya malquistándose con el humor. Como pudo su fortuna y su no necesidad de comprar. Pero... sin transición, se sintió imprevisiblemente elevado para casi caer en infausta rodada, al tropezar con un montículo de escombros en mitad de la vereda -deshecha-. De inmediato, se sumergió en el colorido desfiladero de una florería callejera, empapándose de aromas, azotado de polen. Gladiolos, gardenias y azucenas, lo miraron vadear aquella hendidura del paraíso.

Algo inquieto, remontó varios ciclisteros, muchos bancos para descanso, eludió un par de bicicletas tiradas y cuatro enfriadoras de helados; rodeó una bolsa con arena y otra de pedregullo; gambeteó una hilera de motocicletas estacionadas ante el local de juegos electrónicos; se hizo el delgado ante dos puestos de frutas y verduras en pronunciada pendiente multicolor al centro del paseo común; esquivó algunos carteles con ofertas del día del supermerca-

do "Noche"; se internó por un bosque de mesas y sillas del puesto de hamburguesas y salchichas "La salchichita"; obvió una cabina del periódico "Mañana" -cuyas banderolas castigaron su cara-; frenó, aceleró y corcoveó en medio de un cerrado confin de otras sillas y otras mesas de una pizzería....Cuanto objeto se le cruzó, Nico fue capaz de rehuirlo, desecharlo y aislarlo. Incluso, fue interceptado por jubilados en conversación en medio de una estrecha senda, por otra cerrada formación familiar en un frente amplio, sin ceder un ápice de espacio -ise refugió tras un caño al borde de la calzada!-, por locuaces comadres haciendo mandados, por niños correteando, repartidores de volantes -No arrojar a la vía pública-, vendedores propalando su mercancía, el "Sietesacos" en errático deambular, personajes, paisanos, paseantes, turistas, valores y doblés... A medida que la mañana crecía, la algazara y la densidad poblacional iba en aumento.

Pocas cuadras le restaban para acceder a su destino. Aún hubo que sortear un repertorio de electrodomésticos, una maraña de plantas aromáticas de vivero, la estridencia de sendos altoparlantes de la disquería "Jor-El", varios adolescentes distraídos con sus celulares y una larga cola de pago por vencimiento de un servicio público. Tras muchas fintas, desplantes, sesgos, rodadas, reculadas, idas y vueltas, Nico arribó a su meta, a la posibilidad de cumplir su anhelo de compra. Su recreo después del fárrago de la avenida Montevideo.

Pero..., ¡el negocio estaba cerrado...!

¡Se festejaba el día del ferretero!. Lo había leído en el semanario "El Planeta de Berisso".

Según versiones de buena fuente, Nicolay Alexandreievitch permaneció largo rato a la sombra de cierta estatua de prócer, contemplando -la boca abierta- con incredulidad, las cortinas bajas y el silencio del interior del comercio. A su alrededor, la aventura de cruzar el centro y sobrevivir, proseguía en otras criaturas.

Y en otros intentos de asumir la modernidad.

En busca de los aromas perdidos

El transcurrir de los años nos conduce, inexorablemente, a experimentar un proceso de "pérdidas", las cuales pueden ser tanto de carácter físico como espirituales, afectivas y tantas otras de la más diversa índole. Tan simples e inevitables como la de la memoria o tan desgarradoras como la pérdida de seres queridos. Un espectro amplio de cuestiones como los sucesos que movilizan la existencia misma. Sin embargo, la vertiginosidad sin límites de la era contemporánea, con su aluvión constante de novedades que acceden a nosotros a través de la visión y el oído, nos ha hecho relegar a un extremo segundo plano las sensaciones derivadas de la utilización de otro sentido: el olfato. En efecto, la continua renovación de la tecnología actual, literalmente nos ha "encerrado" en casas "inteligentes" y automóviles "biónicos", atrapándonos frente a "ergonómicas" computadoras, en medio de ciudades que se expanden en arquitecturas "no euclidianas", como argumentaría en su fantástico mundo onírico, el excéntrico escritor H. P. Lovecraft.

En esa reclusión, olvidamos los primitivos placeres del contacto cotidiano con la naturaleza real -no la virtual de las pantallas de plasma-, aquellos mismos que dimanaban de las fuentes prístinas de una época no tan lejana: baldíos, jardines, viejas casonas, la misma atmósfera de la primigenia aldea inmigrante. Y también, los elementos y artículos que alguna vez usamos, compartimos y que formaron parte del ámbito en el cual crecimos, de frente a otra realidad, más humilde y no tan supeditada a las alternativas de la economía de mercado que pregona su repetido "compre, use y tire".

Con histórica retrospectiva, se hace menester evocar el efluvio de las alverjillas en flor, que con tanta dedicación cultivaron las paisanas, amén de todo un exquisito océano de corolas y pimpollos tras el alambrado de la fachada de su vivienda. ¡Qué gusto era el barrio en jorna-

das de atardecidas siestas!. ¡Si daba gusto detenerse para "escuchar" con la nariz, tanta música de aromas...!. Y cuando los grillos y saltamontes venían con la sombra a cuestras, el aire se sumía en el silencio de los pastos, la respiración de la ruda cebadilla, el matorral clorofílico del flechillar y el abrojo enamorado de nuestras ropas. Acariciantes esencias de un mundo de niños jugando a las escondidas.

El freír de los "chicharrones" de tocino se olía mucho antes de saber que los varéniques estaban por servirse en el hule de la mesa. ¡Crepitante fragancia que se llevó la edad de las hamburguesas de plástico y las salchichas de harina...! Poco antes de cenar, el jabón "Manuelita" nos mojaba las manos con agua de rosas, haciéndonos abrir los pulmones al influjo de sus pétalos de espuma obrera. ¡Y qué sensación de inefable frescura la de las prendas lavadas con polvo jabonoso "Rinso", que vestía por igual tanto a vecinos como a extraños!. De los campos circundantes, provenía el soplo de esencias salvajes del "Pampero", que le arrancaba tropel de "panaderos" a los cardos, para galoparlos en amplia libertad por calles y veredas. ¡Aroma juvenil de las pampas, jadeo de distancias que acarrea lluvia!. ¡Olor a tierra mojada!. Tal vez, el más embriagador tributo al olfato que aún subsiste, allí donde el cemento no impera. Es la voz del agua que susurra, al hacerse eco de las penas del suelo seco. La sonrisa de la conciencia al purificarse de sus tristezas. Desde el monte ribereño, cuando asoma el verdor de los sauces, nos llega la invisible entidad aromática de sus yemas con la canción temprana del Chiricote. Nos dice que es primavera, que aún vivimos. Al madurar los meses, la madre selva extasía con su dulzura exótica, trasladándonos a la urdimbre de la espesura tras el vuelo de los picaflores y el rubio mangangá.

¡Y qué decir de los almacenes de antaño, con sus aromas a yerba estacionada, a legumbre en bolsas, a detergente suelto, a trapos de piso en reposo, a galletas y masitas en latas, a salamines en ristra, a mil y un alimentos y artículos de limpieza!. ¡Cuánto hálito a sana familiaridad y cálido hogar exhalaban sus viejos estantes!. De igual manera, nuestras queridas verdulerías y fruterías de barrio, con su exposición de apetitosos y coloridos perfumes en cajones de madera, que impregnaron tiempos de mandados, bolsa tejida en mano. Tantas profundas emanaciones que se han perdido con el pasar de los años y que jamás se recuperarán, como el de los resecos pastizales del "campo Castellano", cuya respiración marchitó las aceras del estío; o el de aquel otro poco querible "guano" que inundó Berisso durante la era de los frigoríficos... Muchos deliciosos olores aún persisten y son caros a nuestros sentimientos: el pan cocándose en las madrugadas, los asados a leña de los domingos, la explosión de los jazmines en noviembre, la leña de sauce secándose en Palo Blanco, la brisa fluvial en La Balandra, el alimonado sahumero de las magnolias en los patios añejos... ¡Sencillos alientos de nuestro pueblo costero!

La memoria, intrincada y curiosa maquinaria, coadyuva al bienestar del hombre al recuperar los aromas perdidos en decenas de lustros, interactuando con el olfato en la captación de sutiles vahos, para transportarnos al instante al origen de los mismos, relacionando episodios olvidados y entrelazando muchos capítulos de la vida. Así, recrear la experiencia de volver a la infancia, sumergida -pero nunca ida- en las honduras infinitas del alma, es procurar el efímero aletear de la felicidad, que dulcificará por prolongados y preciosos instantes las fibras más delicadas de nuestro ser, gratificándonos con su aproximación a la eternidad.

Un voraz enemigo

No tiene más de 21 cm de largo. Pesa solo unos 100 gramos. Puede duplicar su población de año en año. Causa pérdidas millonarias tanto en el campo como en las ciudades donde se instala, ya sea por el daño que provoca y por los gastos que demanda su control. Es considerada plaga donde se radica. Estamos hablando del Estornino Pinto (*Sturnus vulgaris*), una

de las aves más numerosas del planeta, que ya se encuentra en Berisso.

Este pájaro silvestre es oriundo de Eurasia y África del norte, pero se ha vuelto cosmopolita al invadir África del sur, EUA, México, Australia, Nueva Zelanda y la Polinesia. Y su avance continúa y se ha tornado incontenible. Tal prolífico e invasor es, que, en el país del norte a partir de 100 ejemplares liberados entre 1890 y 1891, en 1994 se calculaba una existencia en todo EUA de 140 millones de ejemplares, que hoy en día supera los 200 millones. En Argentina está presente a partir de 1987, cuando fueron soltadas en Quilmes algunas parejas traídas por importadores de pájaros, al no poder venderlos como mascotas por su canto poco agradable y el plumaje no tan vistoso. Desde esa fecha su colonización en espacios abiertos de urbes y llanuras, parece ser irrefrenable. Por otro lado, siendo un ave de planicie, no se adapta bien en las áreas selváticas, montañosas y áridas.

Su aspecto recuerda al del Tordo Renegrido, con el cual a menudo se encuentra en dormitorios. Posee coloración negra con reflejos metálicos verde-bronceados y azulinos, con numerosas motas o lunares blancos. Los jóvenes son pardo-grisáceos con garganta y pecho blanquecinos. La cola es corta, las alas son puntiagudas y el pico es largo y agudo -amarillo en verano y negro en invierno-. Además de emitir chirridos ásperos -hasta trinos musicales-, puede imitar la voz de otros pájaros. No salta, corre. El vuelo es rápido y recto, con veloces batidos y planeos intercalados. A pesar de que el 50% de su dieta es insectívora, cuando tiene ocasión se vuelve voraz consumidor de frutos -uvas, manzanas, higos, aceitunas, tomates, etc.-, granos -maíz, trigo, sorgo, mijo, etc.- y brotes de cereales, leguminosas y gramíneas, habiendo causado por tal motivo, severos daños agrícolas en EUA, Canadá, Australia y Sudáfrica. También come el alimento del ganado en praderas, tambos y criaderos de aves domésticas, impactando en el costo de producción de leche, carnes y huevos. Al bajar en tales espacios, cubre el terreno como un manto negro; al echar a volar, todo queda blanco por los excrementos que deja. Sólo EUA tiene pérdidas anuales de más de 2000 millones de dólares e invierte algo más de 10000 millones para prevención de daños, aún cuando poco consiguen hacer para contenerlos. Cuando hay períodos de escasez se alimenta de basura. Son aves gregarias -sociales-, movilizándose en el viejo continente en gigantescas bandadas de más de 100 mil ejemplares, particularmente durante sus migraciones. En los dormitorios comunales pueden reunir hasta cerca de un millón de individuos, tal su extrema abundancia.

Nidifican en huecos naturales o artificiales, cavidades de árboles, postes, grietas de rocas, edificios, tejados e instalaciones eléctricas, ocupando, incluso, nidos de otras aves a las cuales desplaza, destruyendo sus huevos y pichones. Por ello, muchas especies declinan en determinadas áreas, con lo cual se produce un desequilibrio ecológico severo. Ponen hasta 6 huevos blanco-verdosos o azulinos, en colonias o en parejas aisladas.

En Berisso se los halló en el Centro Cívico, en Los Talas, en la torre de agua del barrio Banco Provincia y en otros sitios urbanos, donde, inclusive, han sido observados nidificar. Si bien consumen gran cantidad de insectos, en particular para alimentar a sus crías, por su competitividad fuerza a las aves nativas a abandonar su hábitat natural. Puede difundir enfermedades tanto humanas como animales: toxoplasmosis, clamidiosis, salmonelosis, de Newcastle, viruela aviar, peste porcina y otras. Ha causado por su gran número, accidentes en los aviones al introducirse en sus turbinas y provocan gran molestia por el ruido y los excrementos en los dormitorios de la ciudad.

La Secretaría de Recursos Naturales y Desarrollo Sustentable del Ministerio de Desarrollo Social y Medio Ambiente de la Nación, dictó la Resolución 974/98, por la cual "se declara al Estornino Pinto y al Estornino Crestado -otro pájaro en igual proceso de colonización en nuestro país-, como dañinos y perjudiciales para la actividad productiva y a las especies de aves silvestres". Se autoriza, además, "a proceder los planes de erradicación y lucha contra los mismos, permitiendo su caza y destrucción de nidos y huevos".

Solo pensar que los países del primer mundo, prácticamente se "han rendido" ante la des-

medida dimensión de sus poblaciones en el hemisferio norte, desalienta e invalida desde el vamos cualquier intención que tengamos para eliminarlos, tanto del país como de nuestro propio pueblo. Una cruel realidad ocasionada por el afán lucrativo del hombre por utilizar los recursos de la naturaleza sin consulta e indiscriminadamente, no tomando en cuenta leyes ambientales vigentes, criterios ecológicos y lo que es más triste aún: sentido común y criterio social.

Lamentablemente, poco a poco, iremos comprobando los males que hemos sabido acumular. Como tantos otros de parecida índole.

Santiago, tierra galana

Es media tarde. La tierra está muda en el silencio milenario del sol. El suelo, alfombra polvorienta de cabras, reposa en quimeras de ceniza, reseca hoguera que arde sin fuego, ausente de tizones, relegada de humos. El horizonte resuella en vanos espejismos. El aire es brasa que resbala por la piel. Bajo el árbol -verde acampanado-, el follaje dibuja lozanas siluetas; arriba, la algarroba madura su dulce simiente con la voz de los coyuyos. Canta el Crespín en la hondura del monte. Santiago del Estero escribe su poema de la siesta.

¡Provincia mediterránea sin males, suelo de caballeros!, la identidad de sus hijos es como perfumada flor del aire, abierta y blanca en la densidad agreste del quebrachal, del chaco austral y espinoso de sus frondas. Allí donde haya un santiagueño, habrá historia. Y no solo la de la patria grande, sino -además- la del lenguaje, la leyenda, el humor y la convicción humilde de su identidad quichuista, tallada antaño, en la genética incaica, predecesora del americanismo.

El agradable fraseo de su conversación, teñida con los giros propios de una atmósfera rural, es la convicción íntima, pura y simple, de un corazón abierto a la comunidad. A la esperanza de cierta redención. Como rancho de adobe, fresco y cálido al mismo tiempo, tan sencillo y auténtico como el floreo de sus chacareras.

Santiago es el "País de la selva" de Ricardo Rojas, obra magnífica que retrata el escenario social, espiritual y mitológico de un pueblo con idioma propio, el mismo que alguna vez llegara con la expedición de Diego de Rojas desde el Perú. Desde entonces, ¿cuántas palabras utilizamos en nuestro diario hablar, cuyas raíces están profundamente insertas en el quichua...?. Son muchas, sin dudas. Recordemos, ahora, algunas de ellas a título informativo: chasqui: mensajero, emisario; charqui: carne salada, secada al aire, al sol o al humo; locro: guisado de maíz, carne, papas y otros ingredientes; puma: mamífero carnívoro de la familia de los félicos; chinita: muchacha joven y soltera -no diminutiva de china-; coyuyo: cigarra o chicharra, insecto emisor de un sonido estridente y monótono; zapallo: hortaliza infaltable en la cocina santiagueña; papa: tubérculo de origen americano; chiripá: prenda a modo de pantalón propio del gaucho; mate: infusión; chala: hoja que envuelve la mazorca del maíz; carancho: ave de rapiña; cancha: patio, lugar desbrozado de malezas, apto para deportes; chaco: voz quichua que significa cacería en el bosque a la usanza india de la época prehispánica; chacra: predio cultivado, granja rural; guampa: cornamenta de los animales; tala: árbol indígena; yuyo: hierba silvestre; pilcha: prenda de vestir, humilde y deteriorada, en general de poco valor, vestido del pobre...Y tantas otras que empleamos en nuestra cotidiana vida de relación.

Santiago es el "Zupay", el diablo y su mito, tan caro a muchas civilizaciones europeas; es la "Salamanca", la asamblea de los hombres que van a buscar en cavernas terroríficas, la sabiduría infernal, pactando con el demonio para hallar la clave de la existencia, la ciencia de la carne y los secretos del mal; es el "Almamula", un cuadrúpedo que vuela invisible y alado, para transformarse en humano y apoderarse de mujeres; es la "Telesita", la sombra de la

pobre mendiga que vaga por los bosques, tras haber muerto quemada en su rancho y convertida luego en deidad protectora de las espesuras; es el "Kacuy", ave nocturna que encarna el espíritu condenado de una mujer cruel con su hermano; el "Runaturuncu", un ser humano trastocado en felino; el "Toro diablo", el "Íncubo" y tantas otras figuras míticas que habitan la rica imaginería popular, decididamente de origen campesino.

Santiago es la migración interna. Es la corriente que nos trajo a Berisso una gran parte de aquella maravillosa cultura y que sus hijos han sabido conservar y continuar alrededor de un núcleo fraterno, cual es el Centro de residentes santiagueños, cuna de algarrobo de muchos sueños e ilusiones. Punto de partida y retorno a la patria de la infancia, aunque fuera solo con los ojos del recuerdo gentil.

Y como dice la copla de Cristóforo Juárez en "Reflejos del salitral", al expresar que la sangre tiene razones que atan con hilos de indestructible ternura:

Tengo coyuyos en mi alma
que pronto te harán volver;
volverás para el verano
cuando madura el querer.

Tengo coyuyos en mi alma
que pronto te harán volver.

A orillas de mi río

Ha terminado de llover. La madrugada -lámpara apagada por los duendes del tiempo-, exhala humedad. La arboleda, aún escondida entre cenizas de sombra, ha comenzado a gotear desde la rotura de un invisible techo. Silencio. Rumor de follaje empapado por fragmentos de agua huérfana, cristal pulverizado sobre un parche de cuero en la garganta abier-



ta del día. Por atrás de la oscuridad, restalla una delirante sinfonieta de ranitas de zarzal para pintar de luces sin color, las horas previas a todo estreno. Para levantar el telón de otra jornada, en las márgenes de un Berisso dormido, de calles pacientes y memorias ausentes.

Palo Blanco comienza a oler a mañana.

El instante es tranquilo, como lo es la playa que reposa marginada de penumbra. El aire evoca a uvas melancólicas, con un dejo -apenas- de sauce marchito. Se oye un carraspeo; la tea diminuta del cigarrillo sazona la sombra densa, iluminando un rostro. Un blando golpe llega del río: pez y hombre se entienden, se prueban, conversan sin frases, con el mudo gesto de la actitud y la mirada.

Alguien se sienta con lástima de cansancio, sobre el fresco colchón del prado ribereño. Se hunde blandamente entre flores y rocío. Tal vez con el sueño despierto a medias, acaso con los párpados levantados por un café humeante, aromático de leñas. Fuera de él, en la cumbre del infinito, el sol pregunta a una nube si puede salir. Contestándole discretamente, sus mejillas de agua se sonrosan; al marchar con lentitud, se vuelve de oro, tenue y plena de paz.

Poco a poco, el estuario se puebla de gaviotas, pesadas de luz sobre un mustio oleaje terroso. La figura, con reflexiva curiosidad, las observa pasar abanicando el horizonte al ritmo de aquellas, hasta alcanzar la joven erupción del sol. Las aves, con el misterio de los seres naturales, se sumergen en una cortina de sangre para ausentarse en la nada, olvidadas de todo. El rostro del hombre se viste de bronce antiguo, serio y barbado en madrugadas de floresta. Sus ojos contemplan el mundo que se abre a la vida, iluminados y sencillos por la visión de los minutos que despiertan. Casi sonríen por la alegría de estar allí, quietos, pero navegando en el límite de un continente a la deriva.

Debajo de él yacen milenios de barro, sedientos de mares longevos que alguna vez trajeron semillas y huellas primigenias. Puede sentir que Berisso continúa creciendo, que nunca cesó de crear el futuro. Tierra adentro -a sus espaldas- y en la intimidad del talar, bullen sedimentos de conchilla -recuerdos del pasado- junto a vértebras de ballenas y otros habitantes marinos, delirios geológicos de un planeta que se estaba configurando para llegar a nosotros. Comarca de greda aluvial donde desembarcaron selvas, pajonal e inmigrantes, sal mediante.

En su parsimonia, atado como está al influjo del río, embebido de sol, el hombre parece soñar en su peregrinaje por distancias acuáticas y vastedad celeste. Sus pies reposan en la arena, vaporosamente humeante en el creciente hervor de una playa que parece distanciarse de él, tan serena como el pisar de la libélula. El trinar de un chorlo rompe su cavilación; muy cerca, casi ignorándolo, vadean varios de ellos, sombras pigmeas de otra latitud, estampas menudas y migratorias de pretéritas nieves. La noche ha dejado restos en la voracidad de sus movimientos: el hambre recorre sus largos y amarillentos tarsos, yendo y viniendo en aquel espejo que el río y las horas olvidaron.

La costa ya tira sus hilos de plástico y caña, buscando los peces. El aire combina el efluvo de los árboles al espíritu de las olas, para que las negras golondrinas beban su licor henchido de insectos. El hombre se levanta y entra al escenario de la edad presente. No hay palabras en la mochila de sus pensamientos. Ha logrado surcar -sin moverse-, el borrascoso trayecto de su pueblo milenario, de un Berisso de arcilla moldeado por eones y pala, por evolución biológica y azada. Al arriar las velas de su imaginación, ha vuelto al lugar de los sueños creíbles, de su gente sencilla que aún cosecha hortensias, sábalos y madera. Que todavía cree en el parral de sus viñedos para beber del estío contenido en sus venas estrujadas.

Recuerda, en esencia, que la tierra de su patria pequeña es agua, la misma que rodea el astro naciente y aparece en la cercana profundidad de sus vertientes. Aquí vive y así es su condición de sempiterno trashumante.

Embozado de verdes, un zorzal desgrana su poema musical.

Palo Blanco respira.

Virtudes del silencio

La comunicación entre las personas mediante el lenguaje hablado, es -obvio es decirlo- ineludible para el funcionamiento de toda comunidad orgánicamente constituida, estableciendo formas de vínculo a través de variedad de idiomas y dialectos. Esto ha sido así desde los albores de la humanidad, cuando aquellos primeros bípedos comenzaron a emitir sonidos guturales con los cuales expresaron sus necesidades y emociones. Inclusive, grupos animales superiores, como ser los mamíferos, póseen un grado mínimo pero imprescindible para mantener la cohesión de sus manadas durante los desplazamientos, búsqueda de fuentes de alimento, demarcación de territorios, relación con las crías, etc.

La necesidad de expresarse -aún con gestos o mímica- es vital y en muchos casos tan expandida por la tecnología en boga -sirva por caso el auge y constante crecimiento de la telefonía celular-, que con frecuencia las horas del día transcurren en un medio "hacinado" de voces provenientes del cotidiano quehacer social, de radios, TV y otros medios distributivos de la fonación inteligible -o no-. Ello es propio de toda geografía donde discurre la vida entre torrentes de hablares y cantares...

No obstante, toda actividad tiene su pausa así como todo elemento posee su contrapartida: maldad-bondad, negro-blanco, cuadrado-redondo, amanecer-ocaso y así hasta el infinito. Somos el producto de las contradicciones. Y en la cumbre de tales antinomias, finalmente, al sonido se opone el silencio, término éste último que el diccionario describe como: "Estado de una persona que no habla", además de otras acepciones relacionadas. Se hace evidente que tal definición tiene una real magnitud egocéntrica, al poner énfasis en el hombre como "centro del universo", alrededor del cual gira todo lo demás. Pero, más allá de dicha concepción, el silencio es una cualidad que en su grado más puro y exigente, es ajeno a nosotros, que existió antes del todo. Propiedad única e íntima de la naturaleza, crítica para sus criaturas y a la vez, también "saludable" para la forma de ser excluyente y engreída de nuestra raza.

Pero... ¿conocemos en realidad las virtudes del silencio, la hondura de sus entrañas legendarias?. Es mucho más que la prototípica imagen de la enfermera con el dedo puesto en sus labios o la leyenda impresa en el cartel de la sala de lectura de la biblioteca. Incluso, es probable que hayamos perdido la utilidad de sus bondades, el contacto prístino de su esencia, tal la modificación sonora que hemos gestado en aras de una metrópoli atiborrada de amplias gargantas profiriendo cascadas de rangos decibélicos inauditos. Para satisfacción del estrés.

El dicho de: "oír el silencio", es cierto. Puede ser palpable, en ocasiones atemorizante. Menester es buscarlo en una suerte de peregrinaje a la Meca de los sentidos, en los rincones que siempre estarán mucho más allá de la plenitud de nuestro interior. En tal aspecto, por ejemplo, la alejada cima donde moran las yungas, en el noroeste argentino; las amplias extensiones de agua de los esteros del Iberá; las laderas de las altas cúspides; la superficie de tierra roja donde se yerguen los bosques subtropicales de Misiones; las candentes tierras del chaco seco, territorios algunos donde la insonoridad puede resultar un objeto tangible a nuestros oídos y precursor de un pensamiento místico o quizás poético. A su vera, el ser humano parece no existir, tan incrédulo se percibe en el continente insubstancial de su atmósfera, que yace erguido, "escuchando" aquella inmensidad etérea que atrapa por completo la magnitud de sus carnes y su sensibilidad toda. Sin viento, ni una brisa siquiera, se puede flotar en sus ondas para remar con la voluptuosidad de la imaginación. Se sueña y se vive al mismo tiempo. ¡Inenarrable experiencia para subyugar al espíritu, dejándolo arrobado por esa lasitud que conduce al éxtasis!.

Berisso, comprimida hectárea de ruidos, si bien adolece de aquellas amplitudes propicias al sagrado mutismo, encuentra a menudo un rescoldo propiciatorio en las costas de frente al Plata. Aquí, en la soledad del atardecer, de pie frente a la leonada perspectiva de las aguas,

el silencio puede acudir de improviso al caminante distraído, trasladándolo al delicioso espectáculo de su presencia. Con seguridad, detendrá la marcha y escuchará, extraño de hallarse allí -sumido en medio de la serenidad horaria y la plañidera voz del oleaje-, la dicha del instante único, la franca comunión del yo con el vacío sonoro, la paz de toda ausencia. Su propio ser despojado de toda carga. Solo despertará por el esfuerzo de continuar, de seguir siendo parte del sonido y su permanencia en la sociedad de la cual es miembro fundador.

Hallar al silencio es modificar el curso; es atravesar el sendero y dejarse seducir por su letanía, es bajar a una verde quebrada donde brilla vaporosa luz. Es respirar con profundidad, alentando el ingreso de quimeras y mundos fugaces.

Es asomarse a la primigenia sensación del hombre primitivo -cuando aún no había alentado el clamor de sus creaciones-, chisporroteo de asombro y eternidad.

Vivir con altura

Berisso atesora viejas casonas de material, construidas en períodos beatíficos de nuestra mejor historia laboral, cuyas altas y robustas fachadas asoman en tramos de la avenida Montevideo, la calle Nueva York y otras añejas arterias de esta siempre interesante comunidad. Sobre las mismas, en letras de cemento, aún figuran los nombres de sus responsables: arquitectos, ingenieros y maestros mayores de obra, que supieron plasmar las modas imperantes en la época, otorgándole al futuro, un retrato de gustos y prácticas que definieron el comportamiento de aquella sociedad. Con seguridad, muchas veces habrán pasado a su lado en cotidianas marchas por compras o "mandados" y quizás las hayan observado en algún momento o tal vez -con mayor probabilidad-, se acostumbraron a ellas, como un elemento inerme y natural del paisaje pueblerino. Simplemente, allí están, incólumes en su derrotero por los tiempos, oscuras del hollín céntrico, las bacterias y los hongos, pero aún aristocráticas en su concepción artística.

Para quien busque regodearse con la belleza creativa de sus elaborados frontispicios, no tendrá más que detenerse y contemplar retazos de un pasado pujante y al mismo tiempo propenso a la estética de las grandes masas edilicias. También, podrá examinar con cierto grado de curiosidad, formas de vida insertas en su árida superficie de arena y cal: plantas, pequeñas hierbas o gráciles arbustos de aparición espontánea que se han adaptado a sostenerse en un medio artificial e incluso, agresivo y en absoluto propicio a su desarrollo. Sin embargo, allí están, como haciendo mofa de nuestra incredulidad, aferradas a las cargas y a los muros en su afán por existir, pese al destino incierto de alguna brisa que depositó semillas de su estirpe más cerca del cielo que de costumbre.

Tan terrícola como los pastos que cubren nuestros talares, el "palán-palán" (*Nicotiana glauca*) alcanza hasta 6 m en condiciones excepcionales, aún cuando no desarrolla un tronco suficientemente grueso para definirlo como árbol. Sus hojas ovaladas, algo carnosas, presentan color verde-azulado -glauco-; tiene flores amarillas, dispuestas en panojas, con un largo tubo de hasta 40 mm, que son visitadas por picaflores durante el día y grandes polillas por las noches, buscando la sabrosura de su néctar. El follaje es empleado en medicina popular para uso externo -cataplasmas- en la cura de llagas, lastimaduras, quemaduras, dolores de cabeza -con hojas frescas-, reumas, hemorroides y para calmar dolores inflamatorios. Es arbusto habitual en lo alto de los edificios de material estructural, donde crece en grietas y oquedades, aún pequeñas, al ingresar las minúsculas y numerosas semillas, generalmente llevadas por el viento al sacudir sus cápsulas maduras. Pertenece a la familia de las solanáceas, como el tabaco, la papa y el tomate.

Al menos, dos helechos columpian sus frondes al capricho de la intemperie sobre las fachadas de nuestras casas señoriales: el "culandrillo" (*Adiantum raddianum*) y uno

adaptado con facilidad a tales sitios, precisamente el denominado "helecho de muros" (*Pteris longifolia*), ambas especies con excelente crecimiento y aptitud reproductiva. Empero, es justo reconocer los méritos de una hierba rastrera de reducidas dimensiones, la llamada "besitos porteños" o "conejito de muro" (*Cymbalaria muralis*), que es, quizás, la que mejor adaptación ha logrado en la hostilidad de un entorno caracterizado por el mínimo aporte de alimentos proporcionado a un vegetal por el sustrato en el cual se ha fijado. Sometida a minucioso examen, ella nos revelará una maravillosa morfología de delgados tallos péndulos, follaje tupido de reducidas láminas foliares y por si fuera poco, humilde floración, consistente en minúsculas corolas de tono azulado o liláceo, con paladar amarillento. Son miniaturas de la flor del "conejito", que puebla nuestros jardines hogareños. Es planta originaria de Europa, siendo a menudo cultivada.

Estos y otros yuyos, arbustos e incluso árboles, se atreven a poblar las alturas que solo parecen corresponder a los habitantes alados. Pero..., ¿acaso no es una manera, también, de volar, de abrazarse al viento, de sentir en total libertad sus tenues dedos acariciar la piel de aquel follaje aventurero, ambicioso...?. Hay plantas que hasta llegan a crecer en medio de planicies de... ¡asfalto!, sobre techos donde la tierra es solo polvo que fluye al azar. Un ejemplo interesante podemos observarlo sobre el borde frontal de la Dirección de Tránsito de la Municipalidad, en la Avda. Montevideo, donde un penacho de largas hojas de Plumerillo (*Cortaderia selloana*), se yergue con orgullo, confrontando su altitud con la de los edificios lindantes. Cual claveles del aire, pero con raíz terrestre, ahí están todos estos vegetales, fugitivos del planeta, soñando con despeinarse al sol y bañarse con los primeros rocíos. Para mirar el paso de la gente y de los años.

Y a pesar de que suelen ocasionar el eventual biodeterioro de esos mismos edificios por las grietas que pueden producir -en particular en aquellos pertenecientes al patrimonio cultural por su valor arquitectónico o histórico-, es imposible sustraerse a la idea de su intrepidez y energía para sobrevivir en un escenario inclemente, donde las condiciones de existencia son prácticamente nulas por la escasez extrema de nutrientes. La vida tiene insondables destinos y propósitos ajenos a nuestro entendimiento.

Vivir con altura es privilegio no solo de acaudalados humanos.

Preludio a la siesta de un pueblo

Avanza la tarde en la tórrida golosina del verano. El viento reposa en un olvido distante, dibujado bajo las hojas mustias y calladas de la floresta urbana, grotesco recuerdo que alguna vez trajera mangas de libélulas junto a un pampero de antaño. El asfalto cruje con ronquera mineral, pavora de fuego que surte de llagas la piel de las calles. En la ansiedad de las horas, los transeúntes escapan por la tangente del tiempo; un automóvil resuebla su calor de goma y nafta. Berisso se esconde en sí mismo, arrinconado por tímidas sombras y gente anónima.

Casi es silencio, si no fuera por la chicharra, impúdico micrófono abierto por un descuido eléctrico. Casi es vacío, de no estar las casas en un abandono de veredas con baldosas derretidas, náufragos del clima en la rotura del almanaque. Con sabor a miel silvestre, el aire contiene su respirar, con expectante obediencia a la ruta del sol, inmutable bronce suspendido sobre la inmensidad de un hormiguero dormido. Tras la unción del vino, el caserío se aletarga.

Muy por encima, el cielo se ha graduado de purísimo añil, pátina refulgente sobre el cual navegan aburridas nubes con benigna nostalgia marina. Tanta paz para soltar en vuelo campanadas de insonoridad con badajos de algodón. Un punto, ínfimo como la tilde de una escritura, resbala en la plana marea del horizonte, rayando con delicados círculos

la virginidad celeste. Va creciendo por segundos al ascender el domo cenital, sin cesar con sus vueltas en torno a la intención del viaje. En el límite de su escalada, abrasado de sol y esponjoso de plumas, decide gozar un minuto de gloria, para reír con carcajada felina. ¡Centelleo sonoro, el grito restalla inclemente, casi cruel en la hora dormida!. Es la voz áspera de la espesura marginal, acidulada como la uva chinche fermentada en cubas de roble o tan agreste como la corteza ajada del sauce al morir en lonjas de leña...

Vueltas y vueltas, con modulado planeo errático, va nadando en blandos ríos de aire para chillar sus amoríos, himno mordido de penas y anhelos. De ausencia y alegrías. Así, el Taguató Común (*Buteo magnirostris*) celebra sus esponsales con la luz, empapándose de ardores en mitad de un enero turgente. Es el misterioso genio que acude al frotarse la lámpara del estío, aquel que yace en el poblado de la floresta, allende los techos, amo del aura pero manchado de tierra.

También llamado gavilán ribereño, este rapaz es un producto original de los bosques húmedos que acompañan los grandes ríos y arroyos de nuestra Mesopotamia y en general, del norte argentino, allí donde haya arboledas selváticas en los cuales cobijarse. No obstante esta fidelidad a los ambientes boscosos, prefiere habitar sus bordes, desde donde deriva a las sabanas arboladas próximas. En nuestra región, puede ser hallado -nunca en abundancia- en los montes de saucedales costeros y en los talares colindantes, tan cercanos a nuestro núcleo población, que es frecuente observarlo en vuelo alto sobre las viviendas y su gente, como a tantas otras aves que también las atraviesan en sus periódicos desplazamientos o migraciones, tanto de día como de noche. El taguató es un personaje por sus propias características y un símbolo del paisaje ardiente del verano, avezado centinela del verde territorio berissense.

Algo robusto, de unos 34 cm de longitud, posee alas de formato redondeado con una notable mancha canela con puntas negruzcas y típico capuchón oscuro, principal diagnóstico para identificarlo en el espacio. Vive solitario hasta la época reproductiva, período en el cual forma pareja para construir nido en la cima de algún árbol elevado, dentro de la maraña. Pone hasta tres huevos blancos salpicados de castaño; la incubación demora entre 21 a 27 días.

Su dieta básica consiste en insectos diversos -grillos, libélulas, orugas, etc.- pero particularmente langostas que toma en el suelo como en las frondas; además, preda arañas, anfibios -ranitas de zarzal y sapos-, roedores campestres e incluso peces -mojarras-. Suele permanecer buena parte de su jornada activa, erecto y vigilante en la copa de árboles altos, a menudo confundido entre el follaje, observando los alrededores en procura de presas. Incluso, permanece así en cercanías de caminos rurales, donde es más habitual la aparición de ratones de campo. Cuando echa a volar, lo hace con rápido batido de alas, intercalando breves lapsos de planeo; tal su fácil reconocimiento respecto al Chimango, éste de vuelo más lento y como a desgano, sin mediar pausas aéreas. Por otra parte, es bastante desconfiado a la hora de no permitir la aproximación de humanos a su percha de descanso, huyendo a horizontes más seguros según su propio esquema de seguridad.

Es esta misma ave la que inaugura la tarde veraniega, precursora del ocio y domadora del sueño. Allí, donde la temperatura se desbarranca en bochornosos espejismos de agua flotante, allí donde convergen las horas muertas hacia una caligine inclementemente azulina, aparece su arisco maullido rasgando la atmósfera de nuestra aldea obrera, para descender las sábanas al sosiego. O a la pasión.

Arriba, por encima de toda felicidad y dolor, borracho de sol, grita su enjundia de vida el taguató, amo del calor y anfitrión de los párpados con arena.

Tras su ausencia, al impregnar de silencios los giros de su marcha, la soledad descien-

de. La siesta expande su rumor de sordina.

Las flores del bien

Desde tiempos inmemoriales, la flor ha sido objeto de adoración estética, elemento figurativo asociado a cultos y creencias místicas, o bien, distintivo de arte puro, en numerosas civilizaciones y períodos históricos, trascendiendo su valoración a nuestros días. Aún sigue siendo paradigma de amor galano, ofrenda de pasión del caballero a su dama. Testimonio de dolor compartido en veladas de recogimiento fúnebre, regalo de cumpleaños, corona de novia ante el altar de su boda, obsequio de matiz y perfume. Joya por excelencia de la naturaleza.

Mucho más pragmáticos, botánicos y otros hombres de ciencia, estudiosos de la anatomía vegetal, consideran que es únicamente un mecanismo perfecto para llamar la atención de los insectos y poder transmitir su polen en vuelo -polinización entomófila-, realizando la fecundación cruzada entre ejemplares de una misma especie. En síntesis, la flor es -para ellos-, tan sólo un "aparato de reclamo sexual", diseñado al efecto por millones de años de evolución...

Para floristas y oficios correlativos, en cambio, la visión que se tiene de su estructura, diseño y razón de ser, no entra en el compendio de sus consideraciones, habida cuenta que se trata de un medio para conseguir utilidades y subsistir decorosamente. Retrotraigámonos ahora a una época particular de nuestra ciudad, la de la etapa inmigrante, la de aquel conglomerado obrero que supo fatigarse tras los muros del frigorífico, para luego llegar a casa y proseguir con el "ocio creativo" de la huerta y el gallinero... Tarea de hombres rudos pero sabios en su comprensión de la vida, junto a mujeres que hicieron lo mismo, con el plus de haber atendido esos singulares segmentos del paraíso llamados jardines.

En parcelas de mediana superficie, recrearon en los frentes de sus viviendas y aún en aquellos espacios que no ofrendaron al cultivo de las vitales hortalizas, territorios amenos para el regocijo visual de los transeúntes, praderas de néctar para el deleite de tantas mariposas y la propia e íntima satisfacción de haber amasado con sus brazos de labriega, un trozo de su tierra natal, distante pero siempre recordada. Fueron vidrieras de exquisita habilidad manual que dieron pábulo a más de una leyenda urbana, por ciertas corolas enormes, coloridos infrecuentes y sutiles bálsamos que lindaron lo imposible. Por décadas, Berisso añejó el espíritu de muchos países -particularmente eslavos y lituano-, que hicieron de su creatividad un modo de expresarse a través de la flor, llevando a las cuadras de chapa y madera de su barrio, un romance de luz y alegría en medio de los sinsabores de una oscura vida de encierro en las fábricas. Fueron estaciones de paz y gozo policromo. Un ciclo de sana competencia entre vecinas por tener el jardín más bello, la rosa más encarnada, la dalia más exultante, el jazmín más prolífico. El amor de una paisana hecho de pétalos y gratos efluvios.

¡Si daba gusto detenerse ante la parrilla de alambre frontal de aquellos hogares para contemplar obras de arte temporales, devaneos de gracia e ingenio con ramalazos de brillo estético!. Era un placer dialogar con la misma dueña de esos vergeles, quien, herramienta en mano, escarbaba la tierra, ataba las plantas, arrancaba brotes secos, regaba, ponía sus manos callosas pero tiernas, sobre aquellos retoños de clorofila, acariciándolos con dulzura de madre y cariño de campesina. ¡Si hasta algunas, lavaron hoja por hoja, con agua y jabón, el polvillo ambiental que las deslucía...!!!. Tal el carisma de la pequeña pero gigantesca cotidianidad de sus actos domésticos. Madres y abuelas de una época jalonada por hechos y acciones.

En esos lagos de amapola, cala, violeta, alverjilla, gladiolo, malvón, geranio, ruda y mil y otras flores, supieron navegar con la brújula instintiva de sus celestes ojos, movidas al solo impulso de la brisa de unos sueños de color. Y para orientar sus pasos, supieron construir tranquilos senderos de mosaico, ladrillo y cuanto material despertara su curiosidad, anegándolos con sombras dulces, aromadas de polen y pétalos fugitivos... Cada jardín contuvo la

imagen y personalidad de sus dueñas. No existieron dos iguales entre la diversidad madura de tanto diseño; no hubo dos creaciones que llevaran similar tonalidad e inspiración. Sí, acaso, se parecieron por el rosal emblemático y la dalia feraz, gemelas por gusto y simpatía.

Tiempo de jardines, de risas y charlas junto al portón de la calle, cosecha de flores buenas y espíritus calmos. Paisaje manso donde aún Berisso era pueblo, brotado de chapas, ligero de ruidos y bañado por fragancias. De arco iris fragmentados en hogares humildes, con familias ricas en tradiciones jamás olvidadas.

Cuando sobrevino la partida y ellas marcharon al silencio, ganó el yermo taciturno de la aridez. El hueco insidioso arrebatado por la maleza y la escoria del abandono; el viaje sin retorno al reino de los grises.

La ausencia dolorosa del color.

Fantasmas del ayer

Según dicen, los fantasmas no existen. Sin embargo, allí están: en la literatura, en las leyendas, en los cuentos de fogón, en toda reunión nocturna con narradores de mendaz locuacidad. En el enigma de los tiempos idos y jamás recuperados por la conciencia lúcida. Suelen tener forma pese a su inmaterialidad. Se les atribuye el uso de una prenda blanca, quizás una suerte de ramplona sábana, con la que parecen desplazarse a centímetros del suelo, en silencio u ocasionalmente con un arrastrar de cadenas, mientras dejan caer a despecho de sus oyentes, un ululante clamor de ultratumba... ¡Íconos del terror urbano que la tradición de antiguos pueblos dejó por herencia a una humanidad atribulada!.

Con escasas excepciones, culturas y sociedades de toda era, justificaron sus pasos por la historia de la fantasía con semejantes deidades procedentes del más allá. Almas en pena y engendros surgieron después, como extracto o síntesis de aquellos prototípicos duendes de iridiscente presencia y volátil insubstantialidad. Cuasi historietas de distribución periódica, irritantes mitos de febriles mentes con ardorosos devaneos creativos.

Gran parte de esa cáfila de amorfos seres, sucumbieron a la racionalidad del materialismo de nuestro ciclo cibernético. Otros, en cambio, se adecuaron a la modernidad, para adoptar distinta apariencia y otros gestos, acordes a una certidumbre tecnológica teñida de permanente irracionalidad, asumiendo múltiples apelativos: hambre, guerra, genocidio, discriminación racial, violación, sida, gripe aviar... ¡y tantos otros ropajes ajados y sucios para exhibirse en el escenario de la vida...!. Algunos de ellos, no obstante, subsistieron en las penumbras, reclusos en la soledad de antiguas casonas, al amparo del secreto y la comprensión de ser ignorados.

Simples en su confección, modestos de porte y silueta, apenas discernibles en el conjunto elemental de los objetos que han quedado relegados por el volar de los años, sus huidizas figuras moran aún el mundo de las conjeturas, prisioneros de la propia temporalidad de las casas de chapa y madera de un Berisso de antaño.

Elusivos por naturaleza, estos espíritus hogareños recorren con singular pervivencia, las habitaciones que alguna vez los vieran caminar con asiduidad en su terrena existencia. Meros duendes callados, quizás imágenes de un balbuceo nunca exhalado, forman parte de la vivienda desde el origen mismo de su construcción, cuando sus brazos eran todo músculos, toda pasión por ser y desear. Por crecer y multiplicarse. Personas de otro siglo que cierta vez llegaron sobre los mares para volvernó hijos y padres, su misma sangre advenediza. Su propia voz para continuar la profecía por la cual emigraron: paz y bienestar para sus descendientes.

Su esencia es tan tenue, que solo persisten por voluntad ajena. Son escamas de longevidad que van cayendo al vacío para nutrir la posesión de las cosas idas, la ausencia que siem-

pre pende de la materia como de las ilusiones que genera. Quizás se expresen en forma de un débil crujido en el maderamen machimbrado o en un sutil rasguño en el entretecho, como queriendo convencernos por su ambigüedad, de ser la huella discreta de algún errabundo insecto. Pero no. Ellos permanecen ahí, en silente vigilia, cuidando las horas de gracia de su morada, propietarios de la serenidad y artífices de lo eterno. Usuarios de un viejo almanaque de almacén que van pintando de amarillo con infinidad de minutos.

Por sus cuartos de pinotea, deambula la madre que acunara el tierno retoño, cocinara los vareniques más sabrosos que solían llenar con aroma de tocino cada resquicio del hogar, que frotara mil veces con Brasso el esmerilado bronce del Primus, lavara en el fuentón de lata las prendas de la familia y llorara la partida última del paisano aquel, que junto a ella viajara allende su patria, recalando en las callejuelas de Dock Sud... Ellos no se han ido, solo sus cuerpos de carne y hueso. Han quedado con cada página de sus biografías, indeleblemente unidos a la historia de la vivienda. Cada madera y metal que conforma la trama útil donde escribieron su epopeya, atesora esos instantes con indecible fidelidad, suma de registros sonoros calada en las entrañas de las paredes hasta que la voluntad del fuego o el desar-madero lo requiera.

Tales casas parecen abandonadas, desiertas. Esqueletos del pasado que se niegan a partir al océano del olvido. Tras sus puertas con candado, sin embargo, vagan fantasmas amables, espíritus en tránsito a la espera de su destino: morir en aras de la realidad, dejar de ser para integrar la memoria colectiva, la crónica de un pueblo que alguna vez cobijara en su seno la riqueza étnica de una Europa dolorida. No hay en su interior ningún espectro maligno, ni tan siquiera un rostro cerúleo mirando por la ventana para horror del paseante. Son, apenas, resabios de una edad, recuerdos gratos de padres y abuelos, de hombres y mujeres que nos dieron vida, sentido y razón. Cálidas sombras que susurran a nuestros sueños de niñez y adolescencia. A sus propios hijos y nietos que resguardan la nostalgia.

Allí quedarán, en tanto existan aquellas casas queridas. Donde aún resuenan nuestros juegos infantiles y el sol de la tarde declina con languidez sobre sus techos de oxidados parches, para dejarse dormir -ellos también- con la tibia lumbre de las estrellas.

Y quizás, de alguna luciérnaga fantasmal.

Ratas: durmiendo con el enemigo

Por siglos, los roedores comensales -los que comparten el alimento y las instalaciones del hombre- han sido un azote para la civilización. Las terribles plagas que supieron transmitir en pasadas épocas, por ejemplo la peste bubónica -en un tiempo la enfermedad más temida del mundo-, diezmaron poblaciones y desequilibraron el normal desarrollo de muchas sociedades organizadas pero indefensas. Ratas y ratones siguen siendo habitantes de la comunidad humana, antipáticos y temibles moradores de nuestras viviendas, aunque pretendamos cerrar los ojos y soslayar el problema. Porque realmente lo es. Estos pequeños mamíferos dependen de gran variedad de nutrientes, la mayoría de los cuales son producto de nuestra actividad cotidiana, muchas veces por imprevisión y mal manejo de los desechos domiciliarios, tal el caso de los desperdicios arrojados al canal de la avenida Génova.

Su abundancia e increíble adaptación al medio, hacen de estos seres un formidable contrincante, extremadamente difícil de combatir y aún más, de erradicar de todo centro urbano y por supuesto de nuestra misma ciudad, Berisso. Cuentan con una compleja estructura sensorial que les permite obtener información del ambiente en el cual prosperan. Con tal capacidad, localizan alimento, agua y refugio, ejercitan conductas sociales y sexuales muy desarrolladas, explotan a la perfección su hábitat vital y saben detectar potenciales enemigos. Por eso su perfeccionada percepción de los sentidos, que comprende visión, gusto, olfa-

to, audición y tacto, todos en mayor o menor grado, utilitarios a sus necesidades. Además - y por si fuera poco- disponen un eficaz registro de memoria e instintiva desconfianza a todo cambio en su medio natural, pudiendo eludir trampas, alimentos nuevos, obstáculos en su camino, ruidos infrecuentes, etc. ¡Formidable rival para luchar casi a ciegas...!. Antes de aceptar otro tipo de alimento, investigan en grupos familiares espacio de 3 o 4 días, atendiendo a su instinto de conservación. Como están imposibilitados de vomitar -por su tipo de estómago-, probarán la comida en pequeñas dosis; si les produce algún dolor o curiosa reacción en alguno de sus integrantes, asociarán la idea con la posibilidad de la muerte o destrucción masiva, deteniendo totalmente la ingesta... Por tal razón, pueden fracasar muchos cebos tóxicos.

En todo lugar donde se instalen, habrá una lógica y estrecha relación con la provisión de agua y alimento. Una vez fijada la colonia a nivel del piso, si llegan a observar la presencia de gatos u otros predadores naturales, se trasladarán a los entretechos, a través de columnas, cañerías, parantes, etc., procediendo a efectuar una nueva radicación.

Son 2 las especies de ratas que pueden ser halladas más comúnmente. Una de ellas es la negra, doméstica o de los tejados (*Rattus rattus*), de pelaje negro-grisáceo con vientre blanquizco -con variaciones según los ejemplares-. Es nocturna y mide hasta 25 cm -incluida la cola que es más larga que la cabeza y el cuerpo juntos- y llega a pesar hasta 350 g. Habita sitios altos, techos, tejados y copas de árboles, siendo excelentes trepadores y caminadores de cables. Si la colonia es grande, pueden tener sus escondites bajo tierra o basura acumulada. La hembra tiene 4 a 8 crías, hasta 4 o 6 veces por año. Viven aproximadamente un año. Omnívoras, se alimentan de semillas, frutos secos, basura, carroña y hasta llegan a roer jabones, velas y cuero. De distribución mundial.

La otra rata es la llamada noruega o de alcantarilla (*Rattus norvegicus*), que es nocturna y diurna, pero esencialmente terrestre. Es mayor que la negra y su pelaje dorsal es pardoleonado con pelos negros y/o blancos. Mide hasta 20 cm y la cola es más corta que en la anterior especie; pesa hasta 500 g. Vive en colonias de compleja organización social y habita en todo tipo de edificaciones, siempre a nivel del piso -cloacas, canales, riberas de arroyos y diversos cursos con agua y desperdicios. Es omnívora, comiendo hasta 30 g por día; llega a alimentarse con carne. Es menos común que la rata negra, pero es bastante agresiva, pudiendo morder a humanos y a animales domésticos.

Ambas especies roen la madera y casi todo tipo de materiales de construcción; incluso horadan el aluminio. La rata negra huye si se siente amenazada; la de Noruega, ataca y muerde. A través de su orina, excrementos, saliva, pelos, secreciones, ectoparásitos y mordedura, pueden transmitir al hombre numerosas enfermedades: antrax, amebiasis, meningitis, dermatitis, diarreas, esquistosomiasis, giardiasis, leptospirosis, chagas, tifus, tuberculosis, fiebre hemorrágica, triquinosis, toxoplasmosis, brucelosis, rabia y muchas otras más.

Las campañas de exterminio no merman el número de ratas sino temporalmente; en los mejores casos no llegan a eliminar más del 95% de su población. Las pocas que quedan se reproducen con mucha rapidez y al cabo de un año hay tantas como en un principio. Solo es útil un esfuerzo permanente. Esto es válido para una ciudad como la nuestra, con una población de roedores en rápido crecimiento, tal como se viene apreciando a diario en casas y calles. La Municipalidad de Berisso brinda gratuitamente cebos tóxicos, los cuales deben ser administrados por días, ya que recién al cabo de la tercera jornada se aprecian los resultados.

Estamos frente a un astuto, adaptable y persistente enemigo, tal vez uno de los más encarnados y repugnantes a la vez. Sepamos estar a las alturas de las circunstancias, no brindándoles alimento con nuestra desaprensiva actitud de arrojar indiscriminadamente los residuos a las vías de agua, a la vereda -utilicemos "basureros" elevados- y, básicamente, seamos solidarios con nuestros vecinos de barrio, colaborando en la limpieza común.

Recordemos que, a partir de su incipiente -pero suficiente- inteligencia, las ratas nos observan... y actúan sin descanso

Habitantes del cemento

Carecen de importancia para el transeúnte; jamás nos dignamos en mirarlos desde la altura vanidosa de nuestra raza. Son un incordio para la dueña de casa pero cobijo y alimento para muchos seres menudos e insignificantes. Es dormitorio y refugio de perros desterrados y gatos enamorados de la luna. Existen en la nada y se abren áspero camino por un desierto de roca y salitre. Son despreciados, ignorados o malqueridos: son, simplemente, los yuyos...

Habitantes de las veredas, han sabido acompañar al hombre desde su primitiva colonización de las áreas agrestes al vasto país de las baldosas urbanas. Se han forjado un destino diminuto, abriéndose paso a través de rajaduras, oquedades y vacíos del cemento, hasta prosperar en un mundo magro e inerte, allí donde la vida parece más un tormento que un premio al tesón. Han sido arrancados, cortados, quemados, regados con agua hirviendo, ahogados con sal, envenenados con herbicidas, vilipendiados y excluidos de la pasión popular a despecho de la belleza intrínseca de las plantas de jardín. Supervivientes a ininidad de flagelos, estas criaturas han aprendido a medrar en inferioridad de condiciones, adaptándose con maravillosa capacidad a la permanente agresión humana. Incluso, se resignaron a reducir su altura, haciéndose enanos en un intento por escapar a la bordeadora, la pertinaz tijera y la afanosa cuchilla de la cocina...

Imposibles de erradicar, volverán una y otra vez a morar en las juntas de cada mosaico y en la cazuela del árbol domiciliario, allí donde converge la orina territorial de nuestros canes, los que tampoco han sabido matar aquellas hierbas con su acidez. Es menester mirar un poco, allí donde pisamos en el cotidiano deambular por Berisso, para darnos cuenta del éxito alcanzado por esta flora menospreciada por inútil. Su biodiversidad es notable; tan solo en la ciudad de Buenos Aires se han contabilizado más de 200 especies de yuyos, botánicamente conocidas como "hierbas espontáneas" o sea las que vegetan y fructifican, extendiéndose naturalmente, sin la intervención del hombre. Las mismas pueden ser autóctonas o naturalizadas -de otra región-.

Debe inferirse que nuestras veredas, por su cercanía a los ricos ambientes costeros con matorrales y bosques higrófilos, los pajonales ribereños y el pastizal donde se desarrolla el talar -bosque xeromórfico-, han recibido un aporte interesante y nutrido de sus vegetales más representativos, ya sea por el viento, las aves, el movimiento de tierras por la construcción y otros medios de transporte de semillas y plántulas. Veamos ahora algunos ejemplos de estas formas que acompañan nuestro derrotero por la ciudad: Pastito de invierno (*Poa annua*), de no más de 20 cm de altura, oriundo de Europa, cuyas espiguillas maduras comen los pájaros y palomas en esa estación; Cebadilla criolla (*Bromus unioloides*), de hasta 1 m, originaria de Sudamérica y apta para pasturas; Pata de perdiz (*Cynodon dactylon*), de unos 40 cm, cosmopolita, forrajera e invasora, sus inflorescencias recuerdan la extremidad de tal ave; Cebollín (*Cyperus rotundus*), con espiguillas rojizas, oriunda del Mediterráneo y difícil de eliminar por sus tubérculos de rápida multiplicación; Lágrima de la virgen (*Nothoscordum inodorum*), con flores en umbelas en la extremidad de una larga vara o escapo; Trébol blanco (*Trifolium repens*), legumbre muy común, forrajera y melífera, florece casi todo el año; Vinagrillo (*Oxalis articulata*), con bellas flores rosadas y ácido oxálico en sus hojas que le otorga sabor agrio; Diente de león (*Taraxacum officinale*), perenne, con flores amarillas y hojas con látex, aptas para preparar ensaladas; Tordilla (*Nicotiana longiflora*), de hasta 1 m de altura, con flores blancas, largas y estrechas que se abren al atardecer para dejarse libar

por las grandes polillas; Bolsa de pastor (*Capsella bursa-pastoris*), de 5 a 50 cm de altura, con floración invernal; Oreja de ratón (*Dichondra microcalyx*), perenne y enana, forma densos manchones entre los pastos, desalojándolos; fue estudiada por el botánico berissense Humberto "Tito" Fabris; Abaniquitos (*Bowlesia incana*), con tallos postrados y pequeñísimas flores en las axilas de las hojas; Yerba del mosquito (*Phyla canescens*), con flores blancas agrupadas densamente sobre un receptáculo común, apta para césped por su resistencia al pisoteo y la sequía; Capiquí (*Stellaria media*), de floración otoño-invernal; Verónica (Verónica polita), anual y pequeña, con tallos ascendentes y flores celestes; Manzanilla mosquitera (*Cotula australis*), rastrera, con flores en capítulos solitarios largamente pedunculados; Pincha pincha (*Soliva pterosperma*), anual y rastrera, con frutos que se adhieren al pelo de los animales para su dispersión; Apiecillo (*Apium leptophyllum*), anual y grácil, de tallos erguidos con flores blancas sobre pedicelos; Mastuerzo (*Coronopus didymus*), cuya infusión se toma como hepático y digestivo; Yerba meona (*Euphorbia serpens*), utilizada como diurético y contra males del riñón; y tantas otras hierbas que viven casi ocultas por su pequeñez o sencillamente no llaman a curiosidad por falta de virtudes ornamentales.

Toda una ciudadela secreta que existe a espaldas de la gente y sus expectativas, acaso vegetales sin estirpe ni aristocráticos blasones de florería o exposición. Pero sí, en cambio, con una empedernida arrogancia por persistir, por adaptarse con premura a las duras circunstancias que el hombre ha impuesto al mutar la naturaleza a su antojo y comodidad.

Orgullosos como son los yuyos, seguirán estando allí, a la vera de la civilización y los cambios, señores sin apellido de un universo de esperanzas compartidas.

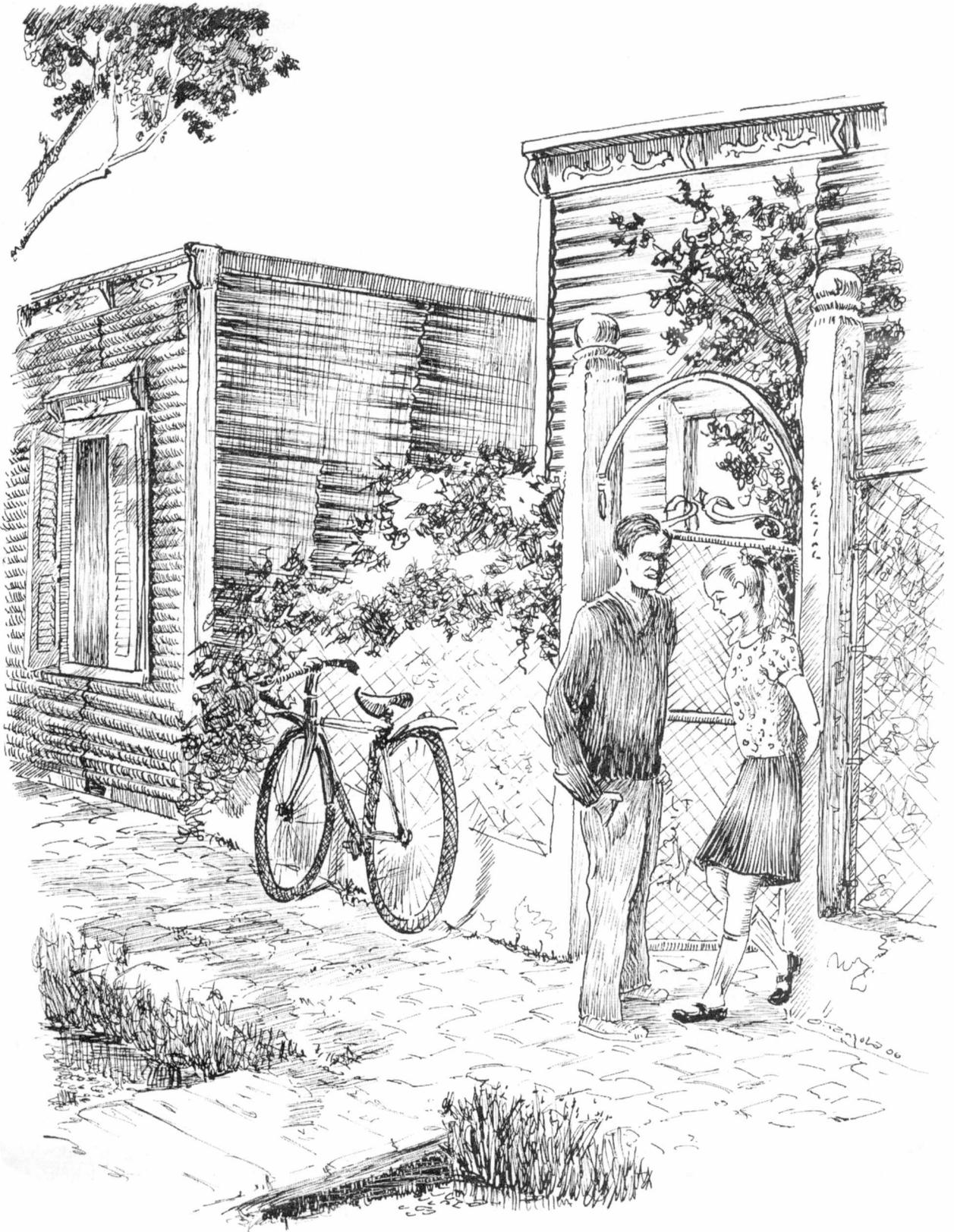
Romance de barrio

La edad siempre nos alcanza. Por más que transgredamos el horizonte, más allá de la tierra en que hemos nacido; más lejos, aún, que la infancia que nunca abandonamos en nuestra memoria infinita. Y por más que hagamos, en algún momento estaremos volviendo a la naturaleza primera de las más caras sensaciones, al territorio entrañable de nuestra cuna barrial. A la templanza maravillosa de una cuadra orlada de sanas arboledas, veredas amarillas y casonas rumiando flores en jardines tintineantes de color.

Tal vez, haber nacido en Berisso es sentirnos habitantes del planeta y por eso, cosmopolitas e integrantes de un firmamento dinámico y en permanente transformación. O quizás, solo ciudadanos de una aldea querible, tan nuestra y simpática, que nos duele el ostracismo de sus playas, sus hortensias y su gente. Es mas probable que seamos ambas cosas al mismo tiempo: de concepción universalista y a la vez -en peculiar mixtura- pragmáticamente domésticos, muy pasionales y sanguíneos por un pueblo que aún exuda el designio inmigrante en el rostro y los apellidos de sus habitantes.

Pero, ¿cuál es la razón que nos ata a la profundidad estática de sus raíces, sin dejar de ser parte de un frondoso follaje global, mutable y en rítmica expansión...?. Acaso, ¿es el enigmático "mal del sauce", que nos lleva a retornar, una y otra vez, físicamente o en pensamiento, a la vieja calle, a la retozada cuadra de la inocencia, donde libamos la sabia experiencia del "rango y mida", las figuritas "Starosta" y la precoz rabona del hogar para jugar a "las escondidas", al amparo del indulgente delantal de nuestra madre, que todo lo cubría, que nada se le escapaba?. Cual pollitos bajo la clueca.

El barrio, para un berissense, es mucho más que "cada una de las partes en que se dividen las ciudades", según reza cualquier diccionario de poca monta. Es la patria de sus propias emociones, el fértil terreno donde ha sembrado las semillas de sus esperanzas en el estío de la niñez. El rincón desde el cual contempla los surcos que ha ido arando, a medida que el calendario de su vida se va escribiendo con historias diarias de la comunidad. Es en esos cien



metros donde ensayó a caminar por sus ilusiones, a viajar al futuro en triciclo, a escapar al mundo en bicicleta, a soñar la murga con una bandada de chiquilines, añorando ser pájaros para volar al olimpo de los carnavales...

¿Quién no recuerda el variado pintoresquismo de la población de su barriada natal, en aquellos años con calles de tierra, zanjón y más allá la inundación...?. Tal vez, ¿no tuvieron una "Cata", gorda y refunfuñante, corriendo pibes a fuerza de fruncir el ceño o a un "Quique", tan bueno como el pan...?. Es casi imposible que no haya existido en sus aceras de lodo un sinnúmero de seres llamados "el Dani", "el Migue", "la Titina", "el Hétor", "la Haydée", "el Lito", "el Adán", "el Titi", "el Tito", "el Roberto", "el Emilio" -y tantos más-, figuras y figuritas de una escena donde nunca respetaron la fonética, la ortografía y mucho menos, el clasicismo estoico nacido en las aulas de una arquetípica Escuela 88, blanca catedral donde aprendieron a manipular con solvencia a "Upa", "Pimpollitos" y "Brisas", pero que jamás supieron -o no quisieron- aplicar a su habla, usos y costumbres... ¡Tan libres como el viento!

¡Magnífica experiencia de haber vivido calles que aun conservan la sonoridad de risas jóvenes y voces adustas, maduras, las mismas que alguna vez compartieron el tiempo internacional del adolescente villorrio que aún era Berisso!. El barrio fue y es, el corazón que nutre de energía a sus habitantes, el bastión que sostiene una identidad construida por edificios, calles y manzanas. Fortaleza con personalidad propia dentro de una ciudad que se expande, procurando ser homogénea. Sin embargo, son sus vecinos y las instituciones que generan, los que imponen el sello distintivo de estas células ejidales, de este tramado menudo que conduce a la urdimbre de las nacionalidades.

Pero es en la intimidad y calma de las cuadras donde se gesta la comunión de los afectos, la amistad y también el amor -¿te acordás hermano, de la vecinita aquella...?-. Cada una de sus baldosas, cada longevo árbol, quizás el último adoquín que no se resigna a ser cubierto por el asfalto de la modernidad, guardan nostalgias que merecen ser contadas. Que necesitan ser escuchadas a la lumbre de la encendida llama de toda alma que haya habitado la generosidad de sus retiros.

Y el ausente, aquel que alguna vez marchara lejos, cierto día volverá -lo hemos visto- para contemplarse niño en la inmensidad del palacio de sus primigenios ideales, con pantalones cortos y cara sucia. Hijo del hombre que ahora mira con ojos húmedos y palabras mudas, su vieja casa, el mismo cielo y aún, algunos amigos, encanecidos pero iguales...

Y acaso su madre, taza de "Toddy" en mano, lo llame a escuchar a "Tarán" en la radio. Quizás.

Caminante de la lluvia

Llueve. Acaso sea una modalidad de la tristeza; quizás una pausa en el devenir de las horas cansadas de un domingo adormilado. El agua baja del cielo para infiltrarse entre objetos y árboles, sutil, melancólicamente chispeante de mustios grises. Para mojar siluetas y sombras, para sumirse en ríos minúsculos que convergen a un estuario imaginado. A un océano pacífico y ausente, esmerilado tras una húmeda cortina color humo. Llueve y no hay nadie en la soledad insidiosa del invierno.

Un paraguas cruza la tarde, negado de apuros y ladeado por puro capricho. Lento en su andar, errático su dueño. Pasos que conversan con baldosas y charcos, buscador de treguas en un derrotero sin destino. Intimidad de la marcha bajo el breve amparo de un refugio seco, parecido al calor hogareño pero carente de palabras y huérfano de respuestas. Llueve y hay languidez en el aire. Ausencia de personas tras la cálida llama de una estufa fragante de leños. Vacío de aceras que se lavan de juegos y otras alegrías de la infancia. Penas de cielo oscuro, denso de nubes, monótono de gotas calladas, iguales, inermes.

El hombre camina. Bajo sus zapatos mojados, avanzan con desgano los minutos. No tiene

apuro; el tiempo, igual que el agua, resbala sobre él. Hay cierto placer en su mirada y un puro candor en sus mejillas sonrientes. Relumbra de paz interior de quien no siente la amenaza del tránsito o la mórbida tenaza de la llegada. Es tan solo, una figura más en la taciturna calma de la jornada, integrante por decisión de la llovizna. Pasajero del atardecer, viajero inveterado de sus propios sueños. ¡Olvidado deleite de los viejos tiempos, cuando se gozaba la lluvia como un regalo del cielo bondadoso, cuando no existían tantos automóviles que nos aislaban del clima y debíamos caminar para acceder a los muchos puertos de nuestros deseos de peatón...!

No ya la violenta tempestad de la sudestada, pero sí la tranquila transigencia de una lluvia amable, puede concitar el interés de quien sufre desvelos de soledad o tristezas de encierro. El paraguas puede ser un útil abrigo; quizás, opte por privarse del mismo, para salir a la intemperie nada más provisto con una práctica prenda, humilde y simple. Como la ruta a seguir y los paisajes a observar. ¿Para qué más, a quien busca conversar consigo mismo en la intimidad de sus pensamientos?, mirando pasar a su lado, como una pátina húmeda y antigua, casas y árboles, veredas sin dueño y correntadas adolescentes buscando el cauce madre de la alcantarilla...

Bien dicen que el agua, acaso un auténtico milagro de la naturaleza, lava heridas y cura llagas, aún las del alma. En su brincar a la tierra, aligera la atmósfera de polvo en suspensión y le da color a los objetos, otorgándoles la prístina imagen de vida renovada, vuelta esplendor, riente y alborozada. ¿Acaso no excomulga el mal al mojar la frente o alivia la fiebre al humectar los labios resecos...? La lluvia permuta ansiedad por júbilo; es liviana carga que se lleva en la piel de las mejillas, incitándole a respirar por sus poros el tedio de la edad acumulada, para renacer en fresco rubor de juventud.

En la pasiva abstinencia del paraguas, las gotas murmuran sordas frases celestes, golpeando y golpeando el negro parche hasta preludiar la grave sinfonía de sus menudos timbales. Primitiva música que acompaña el viaje del hombre al corazón profundo de su pueblo, un Berisso que yace en el silencio interior del agua. Que bautiza en sus veredas o acurruca tras el ventanal, la voluntad de sus criaturas.

La lluvia cae y cae, mansamente, con su cadencia de himno y su cualidad de vapor extraño a la realidad de las cosas. Un vehículo cruza la bocacalle y despega con sus gomas, una lámina líquida que restalla con curiosa fugacidad en la monotonía de la cuadra. Nadie despierta. Ni las hojas se agitan ni las puertas se abren. Solo el cuchichear involuntario de una canaleta -juguete de lata- y el croar de un olvidado sapo de verano, disuelven la cristalina pereza de la hora, devolviéndola a la novedad del tiempo.

Poco a poco, el transeúnte marcha, muy adentro de la calle, muy afuera de la muchedumbre. Solitario bajo el paraguas, uno más bajo las nubes. Tras la esquina, su estampa se hace curva, como quien dobla a la ausencia. Para ya no volver.

Llueve y hay gente feliz.

Volantes callejeros, secretos y curiosidades

Según la RAE (Real Sociedad Española), el significado del vocablo "volante" -entre otras muchas acepciones-, es: "Hoja impresa, de carácter político o publicitario, que se reparte en lugares públicos". Como todos sabemos, el mismo consiste en una lámina de papel de muy variable tamaño, aún cuando no excede por lo general los 20 x 20 cm, ilustrado en una o dos carillas, con rasgos blancos y negros o bien a todo color, con o sin dibujos y fotografías. Es un recurso que proviene de muy antigua data, cuando las casas y las calles de Berisso eran "regadas" por una lluvia de "papelitos" procedentes del cielo, arrojados desde una avioneta navegando a media altura. Los mismos solían aludir, por lo común, a cuestiones partidarias.

También fueron típicas las "volanteadas" desde vehículos en marcha por las principales avenidas y arterias de la ciudad. En ambos casos, tales prácticas lograban ensuciar los espacios comunitarios, más que apuntar a la selectividad de un público determinado.

El correr de los años no disminuyó la aplicabilidad de este recurso de comunicación visual; antes más, lo fue depurando merced a otras estrategias de menor impacto ambiental, incluyéndose la leyenda: No arrojar a la vía pública. Así, los mismos pasaron a ser repartidos de mano en mano, atendiendo el paso de las personas en cruciales lugares de concentración. Ascendiendo en la escala de mejoras del servicio, se impuso la peculiaridad de envíos a domicilio, a través de la gestión de jóvenes y adolescentes, quienes, pago mediante de unos pocos pesos, depositan un volante por casa, haciéndolo pasar por debajo de la puerta, tirándolo literalmente al porche o patio delantero, o simplemente poniéndolo en alguna oquedad frontal, previo enrollado en canuto... ¡Técnicas criollas para augurar receptividad y traspaso idóneo de información!

Es interesante bucear un tanto en los pormenores de estos impresos menudos, que acceden a nuestros hogares casi a diario, con un lenguaje sucintamente pormenorizado, instándonos a levantar el teléfono para comprar las mil y una maravillas de sus productos, los exquisitos sabores de sus alimentos y los efectivos y garantizados servicios de sus auspiciantes. Modas de una sociedad dinámica y cambiante, pero a la vez creativa y necesitada por ampliar los ámbitos de alcance de su talento productivo.

Veamos ahora algunos valores estadísticos, basados en 68 días de entregas domiciliarias desde finales de 2004, 2005 y lo que va de 2006. Los meses con mayor distribución van de enero a marzo, para decrecer entre junio a setiembre e incrementarse de octubre a diciembre. El promedio mensual es de 8/9 volantes y los días más habituales de reparto son jueves y viernes. Además, los días 2, 9, 11 y 17 son los más utilizados. Encabeza la serie las casas de pizzería (22); préstamos personales y tarjetas (10); casas de comidas (6); carnicerías (5); heladerías (5); empanadas (5); supermercados y autoservicios (5); mensajerías (3); parapsicólogos (3); albañiles (3); depilación y cosmetología (2); hogar y mueblerías (2); materiales de construcción (2); capacitación en informática (2); reparación de lavarropas, calefones y electrodomésticos (2); electricistas (2); imprentas (2); sandwicherías (2); pollerías (1); inglés (1); quiosco-librerías (1); alquiler videos (1); impresos laser (1); conexión a internet (1); fletes (1); tornería y afilado (1); peluquerías (1); masajistas (1); enfermería a domicilio (1); pañales (1); farmacias (1); forrajería (1); plomería y gas (1); taller de tapizado (1); poda de árboles y corte de pasto (1); reparación de TV, audio y video (1); trabajos de pintura, antenas y varios (1); impermeabilización de techos (1); caravana de fútbol (1); portal de internet (1); escuela de gastronomía (1); circos (1); recarga de cartuchos (1); insumos de computación (1); parrillas (1); ñoquerías (1); comidas criollas (1); pescaderías (1); comidas árabes (1); pizzas y pastas (1); comidas mexicanas (1); desayunos artesanales (1); vareniques (1) y armado de PC (1),

Todo un abigarrado mundo de impresos, a cuál más dispar y sugerente en sus ofertas. Curiosidades de un mundo íntimo y cotidiano surgido de las exigencias laborales de una comunidad en expansión, que ingresa por la rendija de la puerta de entrada a casa o que termina durmiendo la apatía polvorienta de algún vestíbulo hogareño o la misma vereda.

Sin permiso, solo con nuestra ignorante aquiescencia, extraña de toda visita subrepticia, gratuitos huéspedes que sin llamar, se aposentán en nuestras manos para contarnos calidad y experiencia, invitándonos a compartir sus deseos de hacernos clientes a distancia...

Una vez adentro, su misionero viaje habrá culminado.

Nota: la información suministrada corresponde a datos obtenidos en el hogar del autor del presente artículo.

De escritores y escritos

Mucho más que la tradición oral, la historia de los pueblos se transmite a través de sus escritos y sus escritores, personajes que han sabido plasmar la esencia e inquietud de multitud de seres anónimos, ricos en sustancia y espíritu. Berisso, notable amalgama de experiencia inmigrante y pujanza criolla, supo acuñar desde sus tempranos albores como comunidad organizada, una riquísima trayectoria de hombres de letras que cultivaron los diversos géneros de la literatura universal: relatos, poesía, teatro, ensayo, filosofía, historia, comedias y tragedias, aforismos, anecdotario, los infinitos caminos del saber en el altar votivo de la palabra escrita.

Todos ellos tuvieron su momento de inspiración, la cualidad necesaria para concretar el fruto de una ardiente pasión, la visión de un determinado tramo cronológico o la profundidad de una perspectiva inquisitiva. Poetas, narradores y documentalistas pusieron su ingenio para recrear el panorama global de una comunidad pujante, reflejándola en páginas que trascendieron los años. Nuevas y continuas generaciones prosiguen la tarea, quizás con otra mirada de los hechos; tal vez con otro horizonte emotivo y social. Pero seguramente, con la misma idoneidad y respeto por el medio que los supo inspirar y del cual deriva la fuente impecable de todo autor: su auténtico compromiso con la humanidad y todo lo que es y siente.

Recordemos ahora, en variedad de estilos y géneros, algunos de ellos y un ejemplo de su obra: Demetrio Glicas (Antecedentes para la historia de Berisso); José M. Pastor y José Bonilla (Plan regulador del desarrollo de la ciudad y partido de Berisso); Cipriano Reyes (Yo hice el 17 de octubre); José Peter (Crónicas proletarias); Raúl Filgueira (Música y musicantes de Berisso); Manuel Lopez Ares (Paradigma del sauce); Felipe Protzucov (Isidro); Mariano García Izquierdo (Dulce Babushka); Loreto Nuccetelli (Luces y penumbras); Lía E. M. Sanucci (Berisso, un reflejo de la evolución argentina); Raúl Zeleniuk (Post límite); Miguel Yacenko (Por las calles de oro); Carlos Adam (Obras de José Ortega y Gasset publicadas en la Argentina); Ricardo De Santis (El libro de mi pueblo); Pascual Felli (Aconteceres del alma); Raúl Silvetti (Castillos de lata); Zunilda Ethel Costa (Pueblo de infancia); Gladys Ruscitti (Berisso, mi lugar en el mundo); Juan Angel Lupac (Entropiando versos); Imar Lamonega, Walter Elenco Vasiloff y Noel Roque (Poemas-Berisso 58); Eduardo Enrique Jobet (Satán y yo); Paulina Juszko (Poemas del yo Dios); Isabel Haydée Botana (Borriones); Carlos Alberto Fiora (Con el amor a cuestas); Cristina Angela Knoll (Tiempos y bosquejos); Esteban Peicovich (Hola Perón); Horacio Alberto Urbański (El mundo de Alicia); Elena Zilio de Del Piccolo (Viaje en caminos de mis pensamientos); Angel Polo (Cartas a una novia); Beatriz Nuccetelli (Primer vuelo); Paula Mustapic (Intento decirte); Mónica Claus, Eduardo Negrete y Víctor Hugo Valledor (La cortina invertida); Stella Loholaberry y Antonio Ortiz (Los sabores de Berisso); Jacinto Jon y Raúl Filgueira (Liga Berissense de fútbol); Susana Dragowski (Las recetas de nuestros abuelos inmigrantes); Carlos Gomez y Gloria Dasilva (Pascual Ruberto, el cura gaucho); Hugo Cerda (Sueños y realidades de una comunidad); Jorge Drkos y Francisco Fuster (La deuda pendiente, autonomía municipal); Nancy Fernandez y Nélide Zárte (Del abismo a la victoria); Silvia Noemí Leonardi (Los poemas que quise escribir); Mirta Tanevich (El umbral); Mauro Alfredo Lowkis (El itinerario); Alberto Gustavo Acosta (Filosofía y psicología del gato); Marcela Di Croce (Sobresaltos de soberbia); Enrique Carlos Oneschuc (Mis charlas con Shirley); Griselda Eustratenko, Mónica Claus, Angela Gentile y Víctor Hugo Valledor (Será clausurado el sábado el taller literario de Berisso); Carlos Abalo (Propósitos); Rolando Grilli (Peón, cuatro rey); Héctor Gabriel Ghidini (El junco); Carlos Cazorla (Vamos a remar); Patricio Carreras (Historia del Centro Residentes Santiagueños); Jorge Pastor Asuaje (El día que hicimos entre todos); Néstor Juzwa (Entramado de amor); Luis Alfredo Guruciaga (Berisso Fotomemoria), Ana P. Semenas, Stella M. Borba y J.F.K.

(Lituanos en Berisso), etc.

Hay, por otro lado, una larga lista de escritores en obras colectivas: Mara Aguirre, Gloria Astudillo, Susi Backis, Lucas Barale, Héctor Coria, Julio Coronel, Norberto Rubén Gallina, Anibal Jorge Guaraglia, Eduardo Knoll, Ethel R. Lamonega, Irene Macris, Marta Noemí Melero, Raúl Alí Mihdi, Silvia Noemí Milat, Alicia B. Mustafá, Claudio Gilberto Teruggi, Nahuel Abalo, Ricardo Parisi, Andrea Hasan Gutzo, Mirta Cesaroni, María Victoria Espinel, Verónica Dalieri, Alicia Godoy, etc.

Muchos otros han colaborado en diversas publicaciones periódicas de Berisso: Walter Barboza, Gabriela Barcaglione, Alfonso "Chango" Cárdenas, Stella Maris Cusatti, Claudio Galagusky, Jorge Giardiosio, Juan A. Laurini, Luz Marina Mateo, Julio Stagnaro, Jorge Stratakis, Karina Datko, Emma Freire, Julia Hryniewicz, Oscar Lutczak, Guillermina Hassan, Juan Enrique Meschini, Grisel Palma, Juanita Virginia Santín, Cristian Andriani, Alicia Beatriz Alemán, Mary Zelmy, Luis Paz etc.

Tal vez sean centenares los nombres y apellidos de quienes han dedicado su precioso tiempo a escribir. A diseñar con su pluma un mundo mejor. Muchos nacieron y crecieron en nuestra ciudad. Otros, simplemente, llegaron, se enamoraron de sus calles y su gente, transformándose en vates de su realidad y sacrificio. De sus desvelos y esperanzas. Fueron y son, hitos en la memoria colectiva, referentes del habla cotidiana y antorchas que dirimen los rumbos a seguir entre los avatares de todo pueblo que pretenda crecer y ser recordado.

Como el nuestro.

Con el alma en el club

La noche ha caído en la mística profundidad de un Berisso silencioso, instalándose en el resquicio indulgente de su madrugada. Desde la esquina, una cavilosa lámpara pinta de suave pastel la fachada del club. Adentro, las tinieblas de febrero paladean aún el ronco sabor del cigarrillo y la espuma de la cerveza. Muy atrás, olvidados en la pena del escondrijo, dos tabloncitos rezongan sobre un caballete de flojos cajones de bebida: rústico mostrador aterido de hielos, salpicado de vinos, aburrido de corchos... Curioso de toda soledad, un grillo -tenor de los rincones- sale del hueco para cantar su espanto. Solo él, parado en el proscenio de un círculo rosa y celeste de papel picado. Más arriba, colgados de un cielo de chapa, alambres e hilos, muchas banderitas de colores, globos mustios y serpentinas deshilachadas, descansan del vértigo del último pasodoble y la penúltima ranchera.

Bajo un disfraz de puchos, la pista de baile dormita indolente a orillas del bufé. En el arrabal, la biblioteca "Belisario Roldán" rumia su aliento a letras; aún asustada por tanto bullicio, se acurruca tras estantes de exóticas novelas y gruesos diccionarios. Toda la tarde la bocina del altoparlante ha gritado su resuello de carnaval, llamando a las mascaritas a gozar de una velada con "selectas grabaciones del momento". Cual voz de antaño, invita a "socios, vecinos y simpatizantes" a concurrir a una jornada danzante con motivo de la consagración del "Rey Momo". Frente al micrófono, Héctor de La Canal, con galante fraseo de locutor improvisado, deja oír su pregón leído. Luego, en intervalos que despiertan la siesta de la cuadra, retumba Alberto Castillo con su "por cuatro días locos que vamos a vivir", concitando el fuego contenido en las piernas y el corazón de la barriada.

El tiempo de carnestolendas y danzas ha pasado, sobrellevando desvelos y acarreado olvidos, madurado de penas y alegrías inolvidables. Hundidas su raíces en el barro sustancial de la pequeña aldea, desde hace más de siete décadas el Centro de Fomento, Cultural, Social y Deportivo Villa Banco Constructor guarda la historia modesta pero enormemente rica en vivencias y sentimiento, de un importante sector de nuestra comunidad. Villa Banco a secas o solo "el clú" del lenguaje franco, es el corazón simple de las emociones. El refugio suplente de una vasta dinastía de varias generaciones de obreros y empleados. Bajo su amparo, en

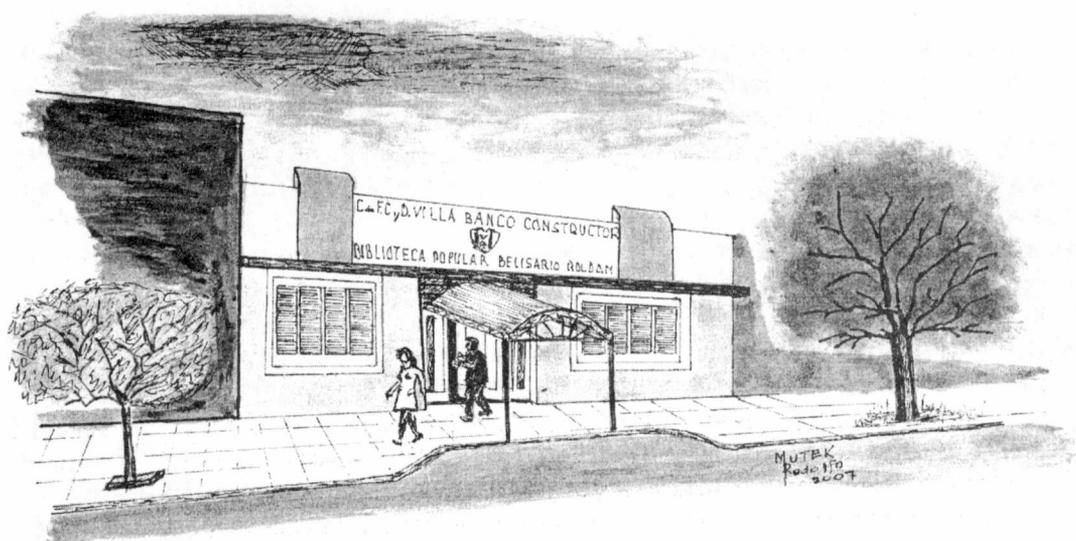
la periferia de las calles Industria y Trieste -manantial de trabajo y amistad-, hallaron sustento y cobijo, grandes y chicos, aquellos en una mesa de baraja y porotos, los otros en la "Bombonera" menuda de un metegol. Unos supieron navegar en el paño verde del billar, para atravesar a fuerza de taco y tiza los mares calmos de una jornada de descanso laboral. Algunos, calzaron blancas alpargatas para explorar el terroso desierto de una cancha de bochas, procurando arrimar al bochín, la pulcra veteranía de una "lisa" o desbancar con medida puntería la posición de una "rayada"... ¡bajo el estrépito del aplauso paisano!

¡Años de billarbol, truco, mus, ajedrez, sapo!, bajo la atenta mirada de José y su pucho, siempre vigilante desde el púlpito pagano de su mostrador de estaño... Época de reuniones danzantes, fiestas familiares, corsos en la vereda, aniversarios con bombas mañaneras y brindis por la vida y el futuro del Centro. De soñadores por un mundo mejor, caballeros sin blasones ni títulos honoríficos, luchadores de un paisaje de casas proletarias con aroma a cocina económica y calles con adoquines pulidos por tanto carro. Tiempo lindo de Sanitá, Leveratto, Rodríguez, D'Stéfano, Felli, Dkermedjian, Mangano, Ricúpero, Camilletti, Basal, Carlos Klimaitis, Rachid, Jasim, Baluk, Testa, Etcheverry, Caorsi, Di Croce, Duymovich, Kaltakian, Merenda, Leonio, Musa, Ventimiglia, Miloslavsky, Aberer, Martinez, Pobuta, Sar Cheka, Sorraquieta, Yamuni, Naser y tantos otros, soldados sin armas de un ejército de seres generosos, que erigieron con su voluntad y esfuerzo el baluarte comunitario que hoy es este emblemático club de nuestra ciudad.

A pesar que la globalización cobró su cara cuota a la realidad diaria que vivimos, imponiendo su impronta de drásticos cambios sociales y conflictos culturales, Villa Banco Constructor persiste. Más allá de los grandes hombres que lo construyeron y que ya no están, por ausencia obligada y nostalgias que nos duelen.

En tanto haya un puñado siquiera de estas personas que sostengan su techo y los recuerdos allí contenidos, el corazón del pueblo barrial seguirá latiendo, haciéndonos sentir su calor parecido al del hogar. Y mientras la celeste y blanca bandera de nuestra nacionalidad, ondee en la memoria del viejo mástil de su entrada, junto al blasón verde y blanco de su identidad institucional, sabremos que aún los sueños están vigentes. Que el espíritu de sus fundadores todavía ronda en la humilde aristocracia de su moblaje, sus pistas, canchas y los pequeños escondites donde habitó nuestra niñez.

Donde aprendimos a jugar el juego de la vida, madurando entre amigos y buscando, confiados, el porvenir.



Cigarrillos eran los de antes

Desde la profundidad de la historia -urbanísticamente hablando-, calles y veredas de las ciudades han sido -y son- el receptor natural de cuanto desperdicio genere el hombre en su cotidiano deambular. Obvio es decirlo, siendo dueños de una actitud higiénica, no podemos cargar sobre nosotros los desechos de todo aquello que resulte secundario, así sea el empaque de aquel interior que hemos utilizado con afán y necesidad. En consecuencia -limpio como somos-, arrojamos todo al piso, en un acto que, inconscientemente, aceptamos como propio de una buena educación. Mal que le pese a cualquier estética comunitaria.

Haciendo abstracción del impacto ambiental y cuestionamientos sociológico, cultural, ético y otros de muy disímil raigambre, nos limitaremos al análisis de su estructura minimalista, toda vez que refleja hábitos y costumbres de una sociedad en un período determinado. Baste añadir que antropólogos y arqueólogos recurren a los vertederos de residuos, al investigar poblados de antiguas civilizaciones, dado que allí se aprecian los materiales utilizados a diario y las prácticas asociadas a su existencia, extrapolándose información precisa y veraz del modo de ser de sus habitantes.

A su vez, en orden inverso, conociendo el material obtenido, se deduce la época a la cual perteneció. La aparición del polietileno, los diversos plásticos y el telgopor, trastrocó el concepto de elemento degradable y de fácil asimilación al medio que hasta ese momento se derramaba a las vías de tránsito de nuestro pueblo. Años hubo en Berisso, que hasta aquel desperdicio tuvo valor como pieza de colección, entretenimiento y motivación para la aventura, búsqueda y sana competencia entre una infancia aún extraña al sedentarismo impuesto por la TV.

Tan habitual -o quizás más-, el consumo de cigarrillos en las décadas de los 50 y 60, fue proverbial entre los adultos. Los paquetes, una vez vacíos de su contenido, iban a parar al suelo, territorio sobre el cual la muchachada joven de aquellos tiempos, solía desarrollar su campo de acción. Había que caminar por las distintas barriadas, en particular aquellas cercanas a la calle Nueva York, donde por su proximidad al puerto, los marineros visitaban bares y restaurantes dejando en sus calles, raras piezas de colección, imposibles de ser halladas en otros lugares de Berisso. ¡Era tremenda la emoción al toparse con la marca Laika -ruso, escrito en caracteres cirílicos y con la imagen de la perrita-, el Opera -Chile-, Derby -Bolivia-, los uruguayos Dakota Tostados, Master, Far West, Nevada, Lilas, Unión, Richmond y los algo más conocidos norteamericanos Viceroy, Camel, L.M., Lucky Strike, Tareyton, Pall Mall, Chesterfield y Philips Morris!

Los de procedencia argentina fueron numerosos, con interesantes diseños y colorido: American Club (9\$), Apache (5), Biltmore (5,20), Brasil Extra, Búfalo (4), Cabildo (15), Capitol, Caravanas Espuma (6), Carlos V c/filtro (20), Charleston (4,50), Cleveland (4), Clifton (5), Colorado (10), Colt (8), Combinados Extra (3), Commander (13), Cumberland (3,80), Derby (5), Directores (5), Douglas (12), Elegidos por Nobleza (3,40), Embajadores (15), Embassy (8), 43 Especiales (2,40), Filadelfia c/f (20), Fitz Roy c/f (25), Florida c/f (25), Fontanares N° 12 (4), Galveston (6,20), Gavilán (1,80 m/n), Gloster (25), Good Luck (10), Grexon's (6), Hawai c/f (25), Hudson Mentolados (25), Imparciales Fuertes (4), Jockey Club (7), Kansas (4,50), Kenley (4), Kent (5), La Colmena Extra (3), Lancaster (5,80), Las Vegas (15), La Tecla (90 cts.), Lexington (8), Lido c/f (25), Liga 58 (6\$), Lloyds (4), Masters 88 (20), Meca (0,90\$), Montana (4), Monterrey (4,20), Morescos (18), Nobleza (1,80), Norton (4), Oxford (15), Paddock (12), Particulares Gran Clase (7), San Diego (10), Saratoga (7), Selectos (4), Splendid (6), Sportmen (5,20), Texas (5,60), Tradicionales (1,80), Tropicales (15), Tudor (3,50), Veracruz (10), V.O. (6) y muchos más, con todas sus variedades.

Una vez recogidos, se los abría y alisaba. Podían ser guardados en pila dentro de un libro o bien pegados con goma o "engrudo" a un cuaderno o carpeta. De acuerdo a la proli-

alidad de cada colector, los podía ordenar según esquemas de su agrado. Y por supuesto que también existían las "figuritas raras", que eran, precisamente, aquellas que ningún otro poseía, ya que las colecciones eran comparadas entre los chicos, para la envidia general y el incentivo de querer recorrer lugares poco visitados del Berisso de extramuros.

Por otro lado, el interior de cada paquete de 20 cigarrillos poseía un envoltorio de papel metalizado, que se destinaba a un particular menester: la fabricación de curiosos cinturones brillantes... En efecto. Los mismos, una vez extendidos con prolijidad, eran doblados varias veces hasta lograr una tira de unos 2 cm de ancho. Poseyendo varias, se las cruzaba enganchándolas entre sí, de manera tal que no se abriesen, formando una extensa cadena que se ponía alrededor del cuerpo a la altura de la cintura, lucién dose con orgullo. ¡Tales eran aquellos tiempos...!.

Riqueza infantil de un pueblo joven, aún bajo la sombra de grandes edificios henchidos de trabajo y esperanzas. De calles repletas con gente diligente, mirando de cara al futuro y con hijos libres como el viento, queriendo ser pájaros en la simple vida de sus años sin dolor.

Mirando el suelo no con pesar, sino para hallar motivos de alegría, a modo de sencillo juego.

Un rostro en la muchedumbre

El Berisso histórico se gestó a partir de un incipiente caserío en la loma del albardón costero, sobre el cual, hoy en día, se expande la traza de la avenida Montevideo, territorio firme en medio de frágiles cañadas, pajonales y extintas selvas marginales. El primitivo núcleo poblacional se constituyó con las rústicas viviendas obreras agrupadas en cercanías del Saladero San Juan. Propiedad de criollos descendientes de españoles y también de indígenas, estas casas fueron multiplicándose a medida que la industria prosperaba, a pesar del medio agreste y relativamente inaccesible en el que fueran levantadas. Aquel entorno inhóspito, contempló los primeros rostros de nuestra heterogénea identidad ribereña: tez blanca oriunda de España o cetrina, producto del amalgamado de dicha nacionalidad con la sangre aborigen. Ambos de ceño adusto, martillados en el yunque de los rigores, la reciedumbre del trabajo, las limitaciones económicas y la simplicidad del rudo placer. Nuestra ciudad creció a expensas del esfuerzo de sus brazos, el ardor bravío de su parda mirada y del colorido de su pellejo primordial que no transó con el río y sus desmadres, aguantándolo a pie firme. Tiempo de hombres guapos tejiendo civilización.

Luego, llegaron otros. De piel trigueña, cabellera blanca y un suave cristal en el espejo de sus celestes ojos. El adalid amerindio amaneció cierta jornada -en las postrimerías del siglo XIX-, con el desembarco desde nuevas y acorazadas "carabelas" de metal, de hombres y mujeres portando arcones, valijas de cartón y un bagaje ecléctico de ropaje pobre, acaso rico en el capítulo inicial de su anclaje soterrado y caviloso. Tal vez dolido por los mil rumbos que el destino les sobrevino a su voluntad de permanecer. Unos y otros confluyeron por el lenguaje de la comprensión, queriendo allanar el terreno para convivir, manteniendo la similitud de usos y costumbres mediante una sencilla fórmula: aprender del vecino parte de su habla y sabores, respetando su intimidad étnica y religiosa. En este contexto, la génesis de una nueva comunidad se hizo evidente. El germen del berissense de hoy, a partir de un puñado de sal nativo y pan de centeno europeo, se hizo sabroso manjar, aderezado con los mejores ingredientes y salpimentado con ingenio y trajín.

Transcurrió el siglo XX entre avatares y sincretismos sociales. Cierta clepsidra -muy de antaño- se hizo digital, llevándose de igual modo a los hombres y su historial, sin pausa ni razones. Hasta arribar a nosotros para enrasarnos con su misma medida y tribulaciones. Los inmigrantes marcharon al silencio, al noble laurel de la nostalgia, dejándonos los avíos de su

alma, enseñanzas y el patrón genético de su raza. Herencia que aún hallamos en los semblantes, a pesar de la multitud y la vocinglería de nuestro tránsito mundano. Entonces, ¿cómo no reconocer en esa niña que juega, la rubicunda mejilla eslava y la tersa seda de su piel, propia de una lejana tierra de nieves? o ¿cómo ignorar en aquella adolescente la profundidad almendra de sus ojos -pintados a grandes rasgos sobre la pátina bruna de su cutis-, el atributo del terruño árabe...?. Tal vez, en la fornida y elevada estampa de aquel muchacho, ¿no observamos la milenaria nación lituana, serbia o eslovaca?. Acaso, en los rasgos de un perfil, ¿no intuimos el cálido hálito mediterráneo del italiano, griego o español...?. ¿No nos asombra admirar en la rubia cabellera de sus hijos dilectos al paciente pueblo polaco o en los rasgos delineados de una mirada adulta, atisbar los briosos jinetes cosacos del espíritu ucraniano?. Quizás, por el recorte fisonómico identifiquemos al pastoril abuelo búlgaro o a una tierna abuela armenia trenzando lana. Y..., ¿no es grato escrutar en su tez pecosa y pelirrojo pelo, la convicción de la estirpe hebrea...? o a través de la lozana juventud y humilde orgullo de una criatura de dorados rizos y pupilas añil, ¿no nos llega el recuerdo de una aldea alemana reposando en la pradera...?. ¡Hay mucho por mirar y tanto para reconocer!.

Berisso deja fluir con placidez de ancho río, la sangre multirracial de la cual se nutre. En sus retoños se renueva la presencia de los orígenes, la llama que prendió la hoguera de la identidad. La misma que hoy nos ilumina y que se refleja en los versos finales del libro LITUANOS EN BERISSO de Ana P. Semenas, Stella M. Borba y J.F.K:

Ellos ya no están. Se fueron por el tiempo
como flores de raro perfume que las horas
amenguan y los años olvidan.
Alguna vez caminaron juntos, siendo luz,
para buscar el horizonte.
Solo quedan juveniles risas
de piel muy blanca y lozana.
Cabelleras de trigo que mece
el viento al correr.
Pupilas que conservan
antiguas tradiciones.
Hijos que huelen a bosques.
La dulce espera de los nietos.
Semillas de patria
extranjera.

Y primero fue la semilla...

Era casi un acto reflejo o tal vez puro fervor deportivo. Y aún, compartía una dosis elevada de carácter místico, ivaya a saber de qué antigua y encriptada filosofía oriental!. Pero lo cierto fue que, a diario compartíamos similar ritual al término de la escuela, lejanos en el tiempo y la distancia de cualquier otra obligación en el hogar. Con veinte "guitas" lo comprábamos. Allí, en el quiosco de Lucas Skikas, en la vieja casa de chapa de Marino Rigo o bien, en cualquier expendio de golosinas cercano al cine Victoria, tras la matiné de aventuras que la niñez de Berisso supo vivir con pasión.

Invariablemente, el quiosquero abría el envase de chapa -ex galletitas Canale-, metía la mano con la medida adecuada y en un santiamén la extraía rebosante y apetitosa con aquel manjar crujiente y oleoso, panacea de nuestra edad y fortuna. Como previamente había

hecho con habilidad de años, un cucurucho con papel de diario, aquí derramaba con rumor de seca cascada, el fragante contenido atrapado en aquel arcón de la delicia. Nuestras manos temblaban de emoción y premura al recibirlo a cambio de las monedas. Luego,... a volar al rincón de nuestros deseos cumplidos.

Las semillas de girasol o simplemente "semillas" -no hubo necesidad de agregar el origen, ya que su abstracción era de todos conocida-, se constituyeron en una suerte de alimento imprescindible en el menú joven de cada jornada. Se consumía en insatisfechas cantidades con irrenunciable afán que todo lo transgredía: horarios, lugares y eventos. ¡A tal grado llegaban nuestros inflexibles hábitos de ingesta oleaginoso, que fuimos tildados de personas-no-gratas por los desechos generados a nuestro alrededor...!

Una vez compradas, podían ser ingeridas desde su envase en mano o bien ir a parar a cualquier bolsillo -siempre y cuando no tuviese un agujero-; en este caso, su utilidad era manifiesta al momento de tener que caminar o correr, toda vez que uno podía toparse con alguna barra rival en barriada ajena. En su forma pasiva, cualquier esquina era indicada, máxime si en ella había alguna casa amiga o institución con bordes de ventanales disponibles para apoyarse y así fungir por extensos lapsos, la buena e inocente amistad de un tiempo de pantalones cortos.

No obstante, fue menester la ocurrencia de cierta habilidad o "cancha" -casi una marca de identidad berissense- para comer con fluidez y pericia asombrosas cantidades de semillas, como era lo habitual en tales reuniones de amigos y compinches de cuadra. Dos técnicas eran las empleadas. Una, consistente en aproximar la semilla hasta los incisivos, manteniéndola entre el pulgar y el índice, para ejercer presión dental hasta producir la rotura de la cáscara; después, con la lengua "atrapar" el carozo para convertirlo en agradable pasta, tirando los restos al suelo. La otra forma era más compleja y propia de muchas "horas de calle" y "sabi-duría molar": la semilla era arrojada a la cavidad bucal con un trazo calculado a partir del hábil balanceo de la mano -repleta de ellas-; al ingresar, las muelas la atrapaban "al toque", manteniéndola vertical -el polo ancho arriba- con ayuda de la lengua. De inmediato, era estrujada con rápido y breve movimiento maxilar, dejándose oír un seco estallido al abrirse en dos valvas, las cuales eran expulsadas casi al mismo tiempo del ingreso de otra semilla. Vaivén, captura, apertura, molienda y salida, se ejecutaban sin solución de continuidad. Una perfecta combinación, una máquina de triturar maravillosamente "aceitada" que funcionaba acaso por horas, en tanto durase la provisión en cucurucho o bolsillo...

La quietud en la postura de los comensales, generaba al pié, una auténtica alfombra de cáscaras abatidas, con un hueco de limpieza allí donde reposara el "tractor mandibular"... Esta fue la razón por la cual era mal vista esta costumbre en los cines Victoria y Progreso. Se recuerda a los acomodadores e incluso a los mismos Leveratto, buscar, linterna en mano, a los autores de tales desmanes para echarlos del local. Ellos, en tanto, se habían cambiado de lugar para proseguir la masticación en las tinieblas más densas, riendo por lo bajo.

El pasar de los años y la aparición de nutrida variedad de golosinas, hizo que paulatinamente esta experiencia de consumir semillas de girasol cayera en el olvido. No obstante, desde el momento en que se "exportó" a La Plata y gran Buenos Aires -donde se las denomina "semillitas"- esta práctica de origen inmigrante, se instaló nuevamente, si bien adaptado a factores de comercialización modernos, entre ellos el agregado de sabor salado y distribución en bolsitas de polietileno selladas, con el adecuado registro de marca y autorización bromatológica.

Aquellos niños que alguna vez habitaron esquinas sembrando el piso con el rumiar de sus pensamientos golosos, hoy añoran risueños la buena ama de casa, que, escoba en mano, barría a la calle tantos proyectos y anhelos convertidos en cáscara.

Al fin y al cabo, solo simples sueños que el viento dispersó...

Ni Juan ni García...

Allá lejos y hace tiempo, hubo en la vieja y fraterna Escuela 88 -hoy N° 3-, un alumno bajito, regordete, pecoso y de inteligente mirada celeste, al que todos -incluyendo maestras, directora y secretaria- llamaban Antoñito. Si bien su apellido podría expresarse gráficamente como: Juaquiñesqui, pocas veces era mencionado como tal, salvo esporádicas situaciones en que oficialmente debía ser citado. Otra cosa era escribirlo correctamente, tal como el padre transmitiera por ley de herencia a su primogénito: Kwasniewski. ¡Menuda tarea para un docente, toda vez que debía decirlo y más ardua tarea aún, escribirlo!. Conocida es la frecuente anécdota propia de la época de los frigoríficos, cuando a los extranjeros con una particular extensión en sus nombres y dificultad por pronunciarlos, al momento de tomarlos como obreros, eran anotados como: Isidoro Perez, José García o Pedro Lopez...

Es tal la identidad local que se ha gestado con la corriente inmigratoria, que hoy en día, mencionar un patronímico curioso, suele remitir su procedencia a Berisso, cualquiera sea el lugar de la Gran La Plata y zona de influencia en que uno pueda encontrarlo. Y por lo general, no nos equivocaremos. Por otro lado y ahondando aún más en la trama de los apelativos, basta a cualquier morador de esta ciudad escuchar la declinación de los mismos para saber con exactitud su origen. Así, por ejemplo, la terminación ian, nos indicará su procedencia armenia; czuk o chuk, ucraniana; off, búlgara; wicz, polaca; iunas, auskas o incus, lituana; inos, idis o akis, griega; ewski, belarusa; escu, rumana y así con otras nacionalidades radicadas en nuestro medio. ¡Interesante compendio de geografía e historia universal, reflejado en un compacto núcleo humano de frente al río, puerta abierta y solidaria del mundo!. Han sido -y serán- muchos los relatos que tienen que ver con el sonido y la comprensión de los apellidos que arribaron a esta región. Quizás, tantos como su abundancia y diversidad. Cada uno de ellos es la síntesis de una larga genealogía, cuyo germen se pierde en la noche de los tiempos. En el silencio del misterio oral y en el secreto de su verdad escrita.

Mucho podría decirse sobre nombres raros y situaciones provocadas acerca de los mismos. Pero, puede mencionarse un caso emblemático y a la vez problemático por dilucidar, en virtud de lo que viene sucediendo a partir del año 1975 con un peculiar apellido de origen italiano, fácil de leer y recordar pero..., difícil de escribir. ¿Cómo es esto?. El mismo es, sencillamente: Gicolini y Jorge Oscar, la persona que lo ostenta, posee una abundante documentación que acredita fehacientemente tal aserto. Hurgando en ésta, comprobamos facturas de gas y de Rentas, sobres de correo postal, remitos, telegramas, mensajes personales, notas de comunicación interna fabril, impresos, carné de centro educativo, autorización de hospital, resumen de cuentas, certificado de confirmación parroquial, envío de panadería y documentación diversa de variado origen, donde se observan las más extravagantes formas de redactar tal apellido. Cada uno de ellos atesora una variante a cuál más extraña e incluso, inverosímil. Puestos en orden alfabético, estos son: Bicolini, Cicolini, Ciacolini, Ciccolini, Ciccollini, Cicolini, Cicolli, Cicollini, Ciculini, Cigolini, Cipolini, Chicolini, Chiccolini, Chigolini, Gecollini, Ghicolini, Giaccocini, Giacoline, Giacolini, Gicchini, Giccolini, Giccollini, Gicodini, Gicohini, Gicoilino, Gicolimi, Gicolina, Gicolino, Gicolivi, Gicoloni, Gicolpni, Gicolleni, Gicollini, Gicollinni, Gicorini, Giggolini, Gigolini, Gigollini, Giolini, Gioncollini, Guicolini, Jicolini, Necolini, Picolini, Shicolini, Sicolini y Yicolini.... ¡Cuarenta y siete y se siguen agregando en una prolongada lista que parece no tener fin!.

Ante tamaña variedad, uno puede preguntarse: ¿Por qué esto?, acaso, ¿no es enormemente más simple que escribir un mote centro europeo, por ejemplo, con sus z, w y k, intercalados con pocas vocales...?. Así son las cosas en nuestra errática interpretación de los hechos, circunstancias y también... palabras y equivalencias escritas.

Berisso es un excelente y maravilloso manojito de fuentes idiomáticas, producto de la inser-

ción de muy diferentes comunidades y etnias euroasiáticas. Un muestrario viviente, una torre de babel prolífica pero que curiosamente aglutina voluntades dispuestas a permanecer con las raíces intactas, más allá de su origen y las dificultades propuestas por la era contemporánea, hábil disociadora de tradiciones.

Además, ser portador de un apellido con "aires" de extranjería, es, sin duda alguna, una cédula de identidad honorífica que se exhibe con jerarquía ante propios y extraños, el sello carismático e inconfundible de nuestro pueblo, anclado al barro primordial, los sauces y el vuelo mágico de las gaviotas, por obra y gracia de forasteros soñadores que alguna vez decidieron probar fortuna en América.

Y se quedaron para crear una aldea global.

Orgullo de nosotros

Un pueblo es la cabal imagen de un cuerpo humano en cuanto a funcionamiento e intenciones. Sus instituciones son órganos que responden a necesidades primarias que aseguran la marcha correcta de tal colosal organismo. Sin embargo, cual torrente circulatorio que revitaliza cada uno de estos imprescindibles sistemas, es la propia gente quien asegura la continuidad de su salud y crecimiento, reinventándose a diario en el fragor de su pulso al inyectar a la sociedad la creatividad necesaria para persistir siempre joven y dinámica. Si bien hay fundadas percepciones de que existen comunidades que permanecen -¿o desean permanecer?- en una condescendencia con el anonimato o aún más, en la abulia de un círculo vicioso de pasado, conservadurismo y aquiescencia ignorante del porvenir, no es el caso de Berisso, tierra de fronteras abiertas, tanto para los que llegan a visitarnos o a quedarse, como para aquellos que por imperio de la vida emigran a otros cielos con la nostalgia prendida del nuestro, siempre orlado de nubes y perfume de río...

Y es que su historia es tan rica, su comunidad tan pintoresca y sus hombres y mujeres tan plenos de vivencias, que no podría ser mensurada de otra manera. Resulta imposible ignorar la diversidad de personas que la habitan, poseedores de la memoria, aún fragmentada, de sugestivos episodios que conformaron el mosaico social y político de nuestras calles, todavía con resabios del adoquinado primordial y la tierra apisonada donde corrió cierta infancia sin remilgos.

Más allá de la apoteosis de los tantos nombres de aquellos que lo acrecentaron y los otros que mantienen la entereza, puesta en valor y dignidad espiritual del Berisso contemporáneo, cabe hacer mención de las obras, objetos y elementos que nos representan y dignifican en el concierto de los pueblos, producto de la imaginación, ingenio y templanza de sus habitantes. Pueden ser tan magníficos como la Escuela Integral de Arte, en pleno Centro Cívico, núcleo educativo por excelencia de la provincia en el plano de la enseñanza estética en sus diversos matices o tan monumental en su recuerdo histórico y generacional como lo fueron los dos frigoríficos que alguna vez dieron cobijo a varios miles de trabajadores turnándose sin cesar, día y noche, para calmar el hambre en el mundo. ¿Cómo no alabar los benignos emparrados costeros donde se elabora la jugosa sangre de la uva, al solo tesón de sus viñateros, soñadores aún de un tiempo mejor? o ¿cómo olvidar la tradición itálica de los quinteros que decidieron, por amor propio, bendecir la tierra con sus manos callosas para hacer brotar infinitas hileras de rojos morrones, hinchidos tomates, chauchas, lechugas, calabazas y las mil y una verduras que Los Talas supo abastecer al país...?. ¿Y los vascos del mismo territorio que llenaron de ganado el pastizal silvestre para proveer de exquisita leche en horas de cruda madrugada, a la infancia de una aldea incipiente?.

Hay festivales que rebasan ya, los límites ejidales y comprometen el interés de muchos, tanto por la esencia de su valor antropológico-cultural, como por el colorido popu-

lar de su diseño: el Mes de los Inmigrantes y la Feria Artesanal del Vino de la Costa, ambos de profunda raigambre en nuestros más caros sentimientos de identidad. Dos museos se yerguen para rendir cuenta de la riqueza regional: la biodiversidad faunística del Plata a través del "Ornitológico Municipal" y el histórico-testimonial "1871", que refleja el quehacer dinámico de la población a través del tiempo. ¡Cuántos bellos trabajos de muralística asombran por su realidad, técnica y cromatismo, transportándonos a escenas oníricas, de crudo verismo o vuelo imaginativo...!. Acaso, ¿no han surgido del entorno familiar decenas de hombres de ciencia, profesionales, actores, poetas, narradores, documentalistas, plásticos, fotógrafos, músicos, cantantes, que trascendieron el escenario de las luminarias nacionales y más allá...?. ¿Es que debemos ignorar la multitud de curiosas instancias que podemos hallar a la vuelta de cada esquina, en cada ignoto rincón del mapa ribereño?. Son infinitas las oportunidades para descubrir cada día, cada hora, cada instante, una novedad, un rasgo vivencial, la pintura de época, una idea original, la voz del pasado, el gesto del mañana, las luces y sombras de cada estación, la costa bravía que nos sufre y la serena atmósfera que nos baña, aquella lancha que todavía lleva hortensias y el pescador que dibuja corvinas con su caña, el viento silbando en el talar y las gallinetas escondidas en el crespo pajonal, la luna que platea la avenida Montevideo en noches de invierno o la niña rubia con celular que pasea con su viejo abuelo, romántico del último tranvía que pasó y que sigue esperando...

Berisso es todo y mucho más. Solo hace falta levantar -sin temor- el velo mágico que nos impide ver, para descubrir la alegre y luminosa variedad de sus seres y obras, de sus anhelos y expectativas hechos realidad.

Animándonos a encontrarlos, podremos sentirnos más orgullosos aún, de nuestro pueblo, pequeño en la distancia, pero enormemente grande en el corazón...

Sabaleros, señores del río

Una de las bondades del sol, en su carácter de astro rey, es el de nacer allí donde convida a la platea del pueblo al que brinda luz, calor y energía vital. En nuestro caso, el vasto escenario desde el cual luce sus magníficos atributos, es una planicie esmerilada de suave tono marrón, que se derrama sobre una costa de junco y sauce de 22 kilómetros de extensión, al que gentil y cariñosamente tuteamos como "el río". Sin variaciones y por milenios, su relumbre dorado supo asomar, preciso y estoico, desde la eternidad del estuario para despertar la existencia de sus seres, moradores de gredas sin memoria y de heredades aún más antiguas. Sus orillas fueron testigos fieles de muchas generaciones de berissenses que dejaron sus episodios en la piel de la arena, en la corteza de la arboleda y en la fragua cordial de la amistad. En el cautivante parafraseo regional de los apelativos, sus playas resguardan -cual nombres verdes en la fronda de los umbríos cañaverales- el misterio elusivo de sus orígenes: Isla Paulino, Palo Blanco, 66, Bagliardi, Municipal, La Balandra..., ecos lejanos de leyendas, fantasmas, sucesos y sucedidos. De princesas rusas y Anastasias venidas a menos en la pira revolucionaria de un octubre rojo.

Jirones de costa que atesoran el testimonio de la huella inmigrante por su sílice barrosa. Tiempo de picnics tras el navegar de la lancha o el esfuerzo de la zorrilla sobre un carril de acero. Domingos de asado, cerveza, tambores con barras de hielo tapadas por bolsas de arpilleras, polcas y valeses, acordeones, coros tras la hortensia y risas bajo el techo de sauces llozones. Y a un paso de todo ese bagaje de recuerdos y transferencias de un pasado ubérrimo de sencillas pero gratisimas riquezas, el río, el jovial y temperamental Río de La Plata. Tierra líquida donde muchos aran con los botes sus anhelos de pesca y otros cosechan lo que la evolución biológica ha sembrado con gratuidad y paciencia de centurias: el Sábalo (*Prochilodus platensis*). Es éste un pez de cuerpo comprimido y alto, con dorso gris oscuro y

flancos plateados. Su boca es circular y de labios carnosos, proyectado hacia delante con numerosos dientes en forma de cilios móviles; por este motivo, funciona como un perfecto "chupador" continuo del barro con materia orgánica en descomposición, contenido en los sedimentos de los fondos ribereños (pez iliófago).

Este tipo de alimentación de los limos de la cuenca platense donde habita, es favorable a su especie, ya que llega a poseer buen tamaño -más de 70 cm de longitud-, con carne abundante y grasosa. Por dicho reciclado, se lo considera un eslabón clave en la cadena trófica de los peces de la región -los que tienen otro tipo de ingesta-, purificando las aguas contaminadas. Como recurso pesquero -en Entre Ríos, por ejemplo- su comercialización se realiza en fresco, congelado y ahumado, además de servir para la extracción de aceite y harina de pescado para forraje de ganado. Su captura, de carácter artesanal, se produce con mallones, trasmallos y redes agalleras. En la actualidad, se industrializa su cuero para fabricar zapatos, carteras y otros implementos de uso personal.

Hubo una época en la cual existieron masivas pesquerías en nuestras playas -particularmente en la Bagliardi-, donde una peculiar población a la que se denominó "sabaleros", moró la faja de saucedal colindante a las arenas del río, abocados al trabajo específico de extracción del Sábalo. Sus casas, de chapa y madera elevadas sobre altos "zancos" -a modo de palafitos-, destacaron con particular fisonomía en el paisaje agreste de mediados del siglo XX. Allí convivieron varias familias que supieron sobreponerse con tenacidad a la furia de las sudestadas, subsistiendo a fuerza de garra, empeño y práctica sabiduría montaraz. Dotados de un instintivo conocimiento de su entorno, lograron "caminar" las aguas playeras con típicos carros de grandes ruedas y baquianos caballos, arrastrando largas y pesadas redes de captura que conseguían encerrar ingentes cantidades de estos peces, los cuales eran destinados al consumo local de al menos dos establecimientos procesadores de aceite. ¡Era maravilloso observar la fortaleza desarrollada por bestias y hombres, en su rudo empeño por llevar a superficie sólida, aquellas masas palpitantes de escamas bregando por escapar de prisión, en borbollones parecidos a un fluido hirviente, todo luz, todo plata...!

Estos luchadores fueron los auténticos "peones del río", con su veteranía de años y bizarra imagen de músculos hinchidos, pantalones arremangados y camisas abiertas a la humedad del viento. Fueron ellos quienes gestaron la estampa que originó un nuevo prototipo humano: el sufrido pescador enfrentando a brazo partido, el oleaje león de un cauce generoso pero a menudo inclemente por su temperamento variable.



Fotografía en sepia del ayer de un Berisso signado por la fortaleza e integridad de cierta raza de habitantes, quienes aceptaron el reto de confrontar con la naturaleza, a expensas de su soledad, salud y existencia misma. Historia bravía de un terruño anclado al corazón del Plata, que supo ser el propio espíritu del agua, acaso enrojecida alguna vez por la pasión de su sangre indómita.

Las voces de la tinta

Toda forma de actividad posee punto de partida o inicio y un arribo o final. Inclusive, algo estático debe, necesariamente, haber tenido un momento de puesta o instalación, un período de estadía y posteriormente, su degradación y desaparición o al menos una transformación radical. En consecuencia, podemos suponer que la estabilidad es solo un reflejo temporal de la dinámica de las cosas y los hechos, lo cual nos llevaría a entender que todo es movimiento. En función de ese concepto, mantener un registro de veinticinco años de acontecimientos y episodios acerca de una comunidad, es haber resguardado una identidad sin máculas, no sin adversidades pero sí con logros constantes en su paso por los días y los quehaceres humanos.

El fundamento y razón de esta persistencia es la firme convicción de haber obrado con perseverancia y una interesante dosis de serenidad, indispensable para formular los objetivos necesarios a través del valle de pasiones que es todo grupo organizado de gente. La mente debe estar siempre fresca, las ideas claras; la imparcialidad, un criterio a sobrellevar entre la imposición del designio ajeno. La maleza debe dejarse a un costado, extrayendo únicamente las exquisitas mieses de la información para trasegar al público la justa medida de la verdad. La honorable causa periodística de transitar de continuo una senda ríspida pero sincera, a escasa distancia de grandes autopistas de fácil acceso y rápido desplazamiento, pero condicionadas por señales de advertencia a no transgredir y obedecer a ultranza la orden emanada por la autoridad de turno.

No es poca cosa llegar tras veinticinco años de marcha y después de forzar el temor del número uno. Pero, más formidable es el valor de no haberse tentado a llevar de la mano del huero facilismo, a no dejarse amedrentar por los avatares económicos y políticos, por los guiños siempre codiciosos de terceros con poder o un amarillismo trivial de rápida digestión pero de escaso aporte al metabolismo socio-cultural del pueblo. El 25 es de un oro bruñido, interesantemente creíble, la resultante de un arduo trabajo profesional desarrollado por un equipo anónimo en su conjunto, pero discernible en la calidad de su labor individual. La suma de siete días para renacer en semanario, siempre remozado y vigente. Eterno Ave Fénix que resurge, no ya de las cenizas, sino de la flama de toda novedad.

Una sociedad carente de palabra escrita, es un cuerpo mudo. El hueco silente donde son arrojadas las opiniones que no son y los hechos que no fueron. Por todo ello, ¡qué mérito conservar cinco lustros de diálogo con el público lector!, ¡qué pasión por sostener en alto el clamor de los humildes junto a la expresividad de los más letrados, al compartir el texto de una misma columna o ser rostros cercanos de imágenes lejanas...!.

De aquel origen modesto con ingenuo formato tabloide a la dinámica riqueza gráfica actual, mucha tinta ha corrido en el noble cauce de las gacetas. Por sus páginas ha pasado la flor y nata de la población de Berisso; hemos conocido de ellos sus vidas, anécdotas, memorias, acaso sus intimidades, sus penas y tristezas; su búsqueda de sangre y corazones de reemplazo; su necesidad de viajar al extranjero a recuperar la salud; de agradecer al santo de su devoción por tal o cual milagro cumplido; de soplar las velitas de infinidad de veranos o tan solo apagar el primero de una larga existencia; de vislumbrar cierta obra civil prometida en campaña electoral; de ofrecer una recompensa por aquella mascota querida pero

ausente; para reír con la estampa pintoresca e irónica del afable Belloro; para llorar con el recuerdo de aquel amigo que marchó a la tierra del nunca jamás; para soñar con verlo campeón a "la Villa"; para sentir la paz espiritual de los distintos credos religiosos; o leer la sana prédica sanitaria a cargo del Lic. Panayotón; o tal vez, saber de la aparición de un nuevo libro de algún poeta local; o quizás, saber quién es la nueva reina del Inmigrante y conocer su belleza; o aún, vender, comprar, permutar, regalar mil y un artefactos en los avisos clasificados; o enterarnos del turno de la farmacia, los profesionales que atienden tal o cual día y su especialidad; la búsqueda de personas extraviadas, los robos, crímenes de lesa humanidad, los gestos, sonrisas, lágrimas, fiestas, cumpleaños, eventos, el turismo de los abuelos o de los docentes jubilados; la foto de Carlitos Delleville portando la antorcha de los inmigrantes o recibiendo con orgullo propio y ajeno el premio a la calidad periodística... ¡Luces y reflejos de un semanario que es parte de la historia grande de la ciudad!.

En la soledad de la redacción, cuando las sombras de la noche se insinúan en la avenida Montevideo, el silencio baja al escritorio, envolviendo el calor apagado de las computadoras. En el dormir de la madrugada, suena un rumor bajo, una cadencia apenas de palabras tenues, de diálogos sueltos y fraseos enigmáticos. Son las ideas que se gestan, los nuevos artículos que suenan y se escriben. Son las voces de la tinta, el alma eterna de todo periódico. El duende mágico y sonriente que vive y bulle en cada línea y en toda ilustración.

El fin de semana, con sus noticias de papel, el Mundo de Berisso cruzará el vano de las puertas para despertar la inquietud. Para llenar un vacío o acercar la esperanza.

Para recordarnos que nuestro pueblo habla y su lenguaje es claro e inteligente.

Índice de temas

Título	Página
<i>Ilustradores</i>	7
<i>Prólogo</i>	8
<i>Introducción</i>	9
<i>Margarita de Bañado, la dama argentina</i>	11
<i>Carnaval en Berisso</i>	11
<i>La alegría del campo</i>	11
<i>¿Selva virgen?...</i>	12
<i>Hallazgos en la costa</i>	13
<i>El mes de las flores</i>	14
<i>Las visitas de siempre</i>	14
<i>Cuestión de aromas</i>	15
<i>De tu balcón sus nidos colgarán...</i>	16
<i>Nos fuimos al tacho</i>	16
<i>La bandera argentina</i>	17
<i>Veredas cochera</i>	18
<i>La hija menor de Berisso</i>	19
<i>A yuyo del suburbio</i>	19
<i>...y mas allá de la inundación</i>	20
<i>Pican sin disimulo</i>	21
<i>Otoño, el llamado del silencio</i>	22
<i>Nieve en Los Talas</i>	23
<i>Museos: puertas de la sabiduría</i>	24
<i>Cultura del piso</i>	26
<i>Las voces del mundo</i>	27
<i>Certificado de defunción</i>	28
<i>Caminar el invierno</i>	30
<i>Obreros del barro</i>	31
<i>Bibliotecas populares, llaves de la cultura</i>	32
<i>Calles de mi pueblo</i>	34
<i>Flor de seibo</i>	36
<i>Tribus urbanas</i>	37
<i>Sobre nosotros, las nubes</i>	38
<i>La consagración de la primavera</i>	40
<i>La batalla de las caras</i>	42
<i>Sembradores de sombras</i>	43
<i>Fumar, ¿es un placer?</i>	44
<i>En medio de la noche</i>	46
<i>Tribulaciones de un peatón en Berisso</i>	48
<i>En busca de los aromas perdidos</i>	49
<i>Un voraz enemigo</i>	50
<i>Santiago, tierra galana</i>	52
<i>A orillas de mi río</i>	53
<i>Virtudes del silencio</i>	55
<i>Vivir con altura</i>	56
<i>Preludio a la siesta de un pueblo</i>	57
<i>Las flores del bien</i>	59
<i>Fantasmas del ayer</i>	60

<i>Ratas: durmiendo con el enemigo</i>	61
<i>Habitantes del cemento</i>	63
<i>Romance de barrio</i>	64
<i>Caminante de la lluvia</i>	66
<i>Volantes callejeros, secretos y curiosidades</i>	67
<i>De escritores y escritos</i>	69
<i>Con el alma en el club</i>	70
<i>Cigarrillos eran los de antes</i>	72
<i>Un rostro en la muchedumbre</i>	73
<i>Y primero fue la semilla...</i>	74
<i>Ni Juan ni García...</i>	76
<i>Orgullo de nosotros</i>	77
<i>Sabaleros, señores del río</i>	78
<i>Las voces de la tinta</i>	80



NOVIEMBRE
de 2009



Berisso es tierra de búsqueda y encuentros.

Allí donde existan retazos de verdes en el corredor de su monte, ángulos de viejas chapas oxidándose en el tiempo inmigrante y ochavas marcando el rumbo a baldosas de crema y olvidados caminantes, habrá instantes para disfrutar nuestra marcha hacia el interior del pueblo.

Es este un libro de lugares, episodios y personajes. De almas que habitan los espacios que los años van relegando a la nostalgia.

Pero también, es la gozosa expectativa por el paisaje nuevo que propone el siglo entrante y su fresca juventud.

Invito, pues, a recorrer la melodía de sus páginas, abiertas a las luces y las sombras del pasado y del presente.

De los seres idos y los espíritus que llegan.

“Rincones” es la reunión con la cotidiana realidad de las calles, su gente y la acuarela de una típica comunidad ribereña, henchida de sueños cercanos al agua y a un cielo que mira al río, por encima de su vasta cabellera de sauces.

Con orgullo e identidad propia.